

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 02
Julio-Septiembre de 2006

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

"No se escribe porque se tenga algo que decir, sino porque se tienen ganas de decir algo."

E. M. Cioran. *Desgarraduras*, 1983

• Ensayo:

Análisis semiótico de "El árbol" de María Luisa Bombal, por Magda Díaz y Morales

Amor a vuelta de correo, por Dulce María González

La Trenza de Sor Juana: tributo al segundo oficio más antiguo del mundo, por Eve Gil

Dentro del hipertexto: analogías topológicas en narrativa, por Sofía González Calvo

• Relato:

Como cada mañana..., por Lorenzo Silva

El tiempo obscuro, por Rolando Gabrielli

Quiromancia, por Iván Humanes

Media distancia, por Luis Tamargo

El gesto de alguien que está en otra parte, por Cristina Rivera Garza

Teníamos los ojos tan bellos, por Sergio Llorens

Horacio Kustos y el editor que oyó, por Alberto Chimal

La mano que me toca en la noche, por Rosa Silverio

¿En qué piensas?, por Edilberto Aldán

Kayla, por Agustín Fest Salazar

Celebración de don Alonso Quijano, por Rogelio Guedea

Moscas, por Juan Carlos Márquez

Dar posada al peregrino, por Fernando Arrojo

Los felices años cuarenta, por Antonio Tausiet

El huérfano, por Carlos Castán

• Narradores: Carlos Castán

• Novedades editoriales

• Reseñas

• Noticias

Editores: Carlos Manzano – Magda Díaz y Morales

Colaboradores: Edilberto Aldán – Fernando Arrojo – Carlos Castán – Alfons Cervera – Alberto Chimal – Agustín Fest Salazar – Rolando Gabrielli – Eve Gil – Dulce Mª González – Sofía González Calvo – Rogelio Guedea – Iván Humanes – Sergio Llorens – Juan C. Márquez – Cristina Nuñez Pereira – Cristina Rivera Garza – Lorenzo Silva – Rosa Silverio – Luis Tamargo – Antonio Tausiet

<http://www.revistanarrativas.com> – narrativas@hotmail.com

Presentación

Ya está aquí el segundo número de **Narrativas**, cargado de numerosas y sustanciosas colaboraciones. Cuando iniciamos esta modesta aventura el pasado mes de abril, lo hacíamos con la sincera intención de aportar una mirada más al panorama literario en Internet, especialmente en lo que se refiere a la narrativa en castellano. Y también, cómo no, de promover el conocimiento de la obra de muchos narradores que no tienen fácil el acceso al mundo editorial en papel, inevitablemente sometido a las crueles e injustas leyes del mercado.

Sin embargo, con sólo un número en la red, **Narrativas** ha superado con creces las expectativas más favorables. Los correos recibidos felicitándonos por la iniciativa nos han llenado de satisfacción, y el total de visitas a nuestra página ha alcanzado con rapidez cifras de cuatro dígitos. Junto a todo esto, las colaboraciones enviadas han desbordado nuestras posibilidades de acogerlas a todas, y lamentablemente hemos tenido que rechazar algunas de ellas. Esta circunstancia, que en otras revistas podría considerarse un éxito, en nuestro caso nos ha supuesto una pequeña decepción, ya que nunca nos ha gustado establecer clases ni categorías, y estamos convencidos de que todo trabajo honesto merece cuando menos la oportunidad de ser ofrecido al público.

En este número se ha intentado dejar constancia del hecho narrativo en sus más variadas acepciones. A ello, por encima de todo, nos ha ayudado la disposición favorable de los diferentes escritores y ensayistas a quienes hemos solicitado su colaboración. Y también la facilidad con que otros medios se han hecho eco del nacimiento de este nuevo proyecto literario. Gracias una vez más a todos, porque sois vosotros realmente los que hacéis posible la continuidad de esta iniciativa literaria. Sólo nos queda desear que sea por muchos números más.

SUMARIO - núm 2

<i>Análisis semiótico de "El Árbol" de María Luisa Bombal</i> , por Magda Díaz y Morales	3	<i>Teníamos los ojos tan bellos</i> , por Sergio Llorens	37
<i>Amor a vuelta de correo</i> , por Dulce Mª González	12	<i>Horacio Kustos y el editor que oyó</i> , por A. Chimal	40
<i>La Trenza de Sor Juana: tributo al segundo oficio más antiguo del mundo</i> , por Eve Gil	16	<i>La mano que me toca en la noche</i> , por Rosa Silverio ..	43
<i>Dentro del hipertexto: analogías topológicas en Narrativa</i> , por Sofía González Calvo	20	<i>¿En qué piensas?</i> , por Edilberto Aldán	46
<i>Como cada mañana...</i> , por Lorenzo Silva	25	<i>Kayla</i> , por Agustín Fest Salazar	49
<i>El tiempo obscuro</i> , por Rolando Gabrielli	28	<i>Celebración de don Alonso Quijano</i> , por R. Guedea ..	49
<i>Quiromancia</i> , por Iván Humanes	30	<i>Moscas</i> , por Juan Carlos Márquez	50
<i>Media distancia</i> , por Luis Tamargo	33	<i>Dar posada al peregrino</i> , por Fernando Arrojo.....	53
<i>El gesto de alguien que está en otra parte</i> , por Cristina Ribera Garza	34	<i>Los felices años cuarenta</i> , por Antonio Tausiet	57
		Narradores: Carlos Castán	58
		Novedades editoriales	63
		Reseñas	68
		Noticias	76

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

ANÁLISIS SEMIÓTICO DE "EL ÁRBOL" DE MARÍA LUISA BOMBAL

por Magda Díaz y Morales

María Luisa Bombal nace en Viña del Mar, Chile, el 8 de junio de 1910. A los doce años, tras la muerte de su padre, viaja a París. Realiza sus estudios universitarios en La Sorbona. En 1933 reside en Buenos Aires viviendo dos años en la casa de Pablo Neruda, a la vez que establece contacto con la revista *Sur*. En 1940 contrae matrimonio con el conde Raphael Saint-Phalle y pasa a residir en Estados Unidos a la muerte de su esposo en 1970, fecha en que regresa a Chile. Muere el 6 de mayo de 1980.

Entre sus publicaciones se encuentran las novelas *La última niebla*¹ y *La amortajada* y los cuentos «Las islas nuevas», «El árbol», «Mar, cielo y tierra», «Lo secreto», «Las trenzas» y «La historia de María Griselda». El *corpus* elegido en esta oportunidad, «El árbol»² ha sido uno de los cuentos más difundidos de María Luisa Bombal, reproducido, además, en la antología del cuento hispanoamericano de Seymour Menton.³

El cuento describe las luces mortecinas y la atmósfera cerrada de una sala de conciertos donde Brígida, la protagonista, escucha la música y entra en un estado semihipnótico mientras va recordando los acontecimientos fundamentales de su vida, recuerdos que se rompen abruptamente por tres circunstancias coincidentes: la caída del árbol (el gomero), la toma de conciencia de Brígida y el final del concierto. La visión sobre la mujer que la narrativa de Bombal presenta es muy interesante, siempre mostrando esas situaciones de alienación femenina provocadas por la presión social y familiar que sobre ella se ha ejercido: mujeres aisladas en casonas, muy desgraciadas, que compensan su no fortuna a través de sueños (*La última niebla*), la muerte (*La amortajada*) y del símbolo configurado como en «El árbol» y «las islas nuevas». Esta es para mí la importancia intrínseca del cuento: Brígida es la única protagonista en la obra de Bombal, que logra transgredir el orden establecido impuesto por la cultura.

La semiótica se propone resolver qué es lo que hace posible la significación manifestada por los textos y los discursos, busca explorar las condiciones de la significación teniendo como objeto el examen de la articulación del sentido. Llevaremos a cabo en esta oportunidad, de manera somera, un análisis semiótico de este cuento para explicitar las condiciones de la aprehensión y producción del sentido del texto. Para ello, describiremos las acciones (fábula e intriga), los programas narrativos (las sucesiones de estados y transformaciones que se encadenan sobre la base de la relación Sujeto→Objeto y de su transformación) y el cuadrado semiótico (entendido como un conjunto organizado de relaciones capaz de dar cuenta de las articulaciones de la significación. El cuadrado semiótico nos permitirá señalar qué oposiciones y qué relaciones son pertinentes y cómo se instaura el funcionamiento de estas oposiciones y de estas relaciones).

LAS ACCIONES

Daremos comienzo a nuestro análisis con la descripción de la *fábula* y la *intriga*,⁴ es decir, las acciones. La fábula –serie de acciones ordenadas bajo un criterio lógico temporal– es alterada por la intriga –alteración de la fábula en el discurso– de «El árbol» que establece su propio orden narrativo

¹ Esta novela, en 1971, formó parte de una antología que fue publicada en Cuba por el Instituto Cubano del Libro al lado de Unamuno, Joyce, Tanizaki, Green, entre otros.

² "El árbol" en: María Luisa Bombal, *La última niebla, la amortajada*, (Barcelona: Seix Barral, 1984).

³ Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano*, (México: FCE, 1980), pp. 322-333.

⁴ Teóricamente, como sabemos, estas categorías obedecen a los aportes de los formalistas rusos, su justificación es metodológica pues gracias a esta descripción previa se puede tener la base formal para poder postular los programas narrativos.

para modalizar ciertos valores de sentido con respecto a la integración de las acciones en los personajes y la significación global del relato.

LA FÁBULA

Se presenta de la siguiente manera:

1. Brígida reclama lecciones de piano (niña)
2. Brígida abandona los estudios de piano
3. Brígida es declarada retardada mental por su padre (adolescente)
4. Brígida se casa con Luis (adulta)
5. Brígida tiene «conflictos» con Luis
6. Brígida decide irse de la casa
7. Brígida se «refugia con»⁵ el árbol (por dolor)
8. Brígida se queda en la casa
9. Brígida se «resigna» con su vida
10. Brígida se «refugia con» el árbol (por soledad)
11. Brígida se separa de Luis sin saber por qué lo hace
12. Brígida asiste a una sala de conciertos
13. Brígida escucha el concierto (Mozart)
14. Brígida rememora (su niñez al lado de su padre y hermanas)
15. Brígida escucha el concierto (Beethoven)
16. Brígida rememora (su vida matrimonial al lado de Luis y la aparición del árbol)
17. Brígida escucha el concierto (Chopin)
18. Brígida «rompe» abruptamente la remembranza:

- | | | |
|------------------------------|-------------------------------|---|
| 18a. Brígida toma conciencia | 18b. El árbol ha sido abatido | 18c. Brígida presencia el final del concierto |
|------------------------------|-------------------------------|---|

Quisiera destacar que las acciones 2, 3 y 6 equivalen a tres fracasos muy importantes en la vida de la protagonista:

- a) la número 2, «Brígida abandona los estudios de piano». Aquí se trataba de lograr el aprecio o reconocimiento del padre, sin embargo no lo logra;
- b) la número 3, «Brígida es declarada retardada mental por su padre». Equivale a otro fracaso ya que no tiene la apreciación o afecto de su padre y la identidad que esto le podría otorgar;
- c) la número 6, «Brígida decide irse de la casa». Connota que su matrimonio no fue la solución a sus conflictos, por el contrario, fue un fracaso más.

En cuanto ordenada cronológicamente, este es el eje central de la fábula. Estas secuencias adquieren su sentido en la relación estrecha con la alteración de la fábula por la intriga, o sea tal como se presenta en el texto:

LA INTRIGA

- A. Brígida asiste a una sala de conciertos
- B. Brígida escucha el concierto (Mozart)
- C. Brígida rememora:
 - C.1. Brígida reclama lecciones de piano
 - C.2. Brígida abandona los estudios de piano
 - C.3. Brígida es declarada retardada mental por su padre (adolescente)
 - C.4. Brígida se casa con Luis (adulta)
 - C.5. Brígida se separa de Luis sin saber por qué lo hace
- B. Brígida escucha el concierto

⁵ "Refugia con": "con" en lugar de "en" porque la segunda preposición indica lugar, posición, tiempo, en cambio "con" es una preposición que indica unión, compañía.

- D. Brígida rememora:
 - D.1. Brígida tiene conflictos con Luis
 - D.2. Brígida decide irse de la casa
 - D.3. Brígida se «refugia con» el árbol (por dolor)
 - D.4. Brígida se queda en la casa
- B. Brígida escucha el concierto (Chopin)
- E. Brígida rememora:
 - E.1. Brígida se «resigna» con su vida
 - E.2. Brígida se «refugia con» el árbol (por soledad)
- F. Brígida «rompe» abruptamente la remembranza:

Fa. Brígida toma	Fb. El árbol ha sido	Fc. Brígida presencia el final
Conciencia	abatido	del concierto

La intriga de «El árbol» presenta la fábula mediante un procedimiento muy interesante:

1. Brígida escucha el concierto.
2. Brígida rememora.

La situación inicial es aprovechada por el narrador –implícito o no marcado pues no es asumido por un «yo»– para establecer el presente narrativo (que en el nivel pragmático corresponde al momento de la enunciación) que, gracias a los mecanismos de la retrospección (analepsis), será utilizada para darnos el pasado de esta situación inicial (reconstrucción de la fábula) y el pasado de los actores en acciones o secuencias que manifiestan la selección intencional del narrador que quiere, de este modo, configurar la tipología de sus personajes; estas retrospecciones sirven para caracterizar a los personajes. La intriga termina, como hemos constatado, con una situación de paralelismo temporal.

PROGRAMAS NARRATIVOS

El programa narrativo es un sintagma elemental de la sintaxis narrativa de superficie, constituido por un enunciado de hacer que rige un enunciado de estado (Greimas y Courtés, 1982: 320). El Programa narrativo general será llamado PN de base y los programas narrativos presupuestos y necesarios serán llamados PN de uso. En «El árbol» encontramos tres programas narrativos, dos de base y uno de uso. El primero de base lo hemos llamado «Autoridad» donde la sociedad y su sistema patriarcal es el Destinador que lleva al padre de Brígida, Destinatario, a actuar no como proveedor de afecto, sino como autócrata al hacerle entender su función de manera equivocada. El padre confunde paternidad con propiedad y a su hija Brígida con un simple objeto que debe doblegarse a su voluntad estableciendo relaciones jerárquicas, imposiciones, formas de vida, distribución de papeles definidos; en una palabra, exige a Brígida cumpla con el orden establecido por él.

Brígida es la hija menor de seis niñas en una familia en fase de desintegración por la ausencia de la madre. La falta de la madre se ve así reforzada por la presencia continua del padre, una presencia castradora que sólo tiene como objeto imponer su voluntad. Pero la rebeldía implícita de Brígida obstaculiza la realización del programa del padre, rebeldía que la lleva a jugar a los 16 años con muñecas y a oír cuentos de ánimas con la servidumbre. Brígida rechaza los papeles establecidos por el padre y la identificación (el ser como) que la ideología paterna le exige:

*De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano;
nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas (45)*

El no-poder-hacer hace surgir la impotencia en el padre, impotencia que vuelca en Brígida en forma de indignación cuando percibe que su hija no se ajusta a sus reglas instauradas. Su pensamiento, colmado de esa necesidad de poder característica en la sociedad patriarcal, decide las acciones a seguir: anular a su hija y así lograr la dominación. Veamos:

*Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón
de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa; jamás*

había conseguido aprender la llave de Fa, jamás. "No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de sol" (45)

Aunque como ya mencionamos Brígida rechaza los papeles y reglas impuestos por el padre, necesita lograr la apreciación y reconocimiento de éste, por ello su interés por aprender música⁶ pero no lo logra y abandona los estudios y es entonces cuando:

¡La indignación de su padre! "¡A cualquiera le doy esta carga de un infeliz viudo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura" (45)

La degradación, el rótulo desmerecedor. Brígida, que deseaba ser percibida asumiendo lo que es (identidad), se gana la condenación de retardada mental:

[...] el padre [...] prefería simplificarse el día declarándola retardada (46)

El padre logra su objeto: la dominación, que involucra la degradación de Brígida quien la acepta porque está acostumbrada a sujetarse a los dictados paternos por irracionales e injustos que estos sean. Brígida nos ofrece su sanción cognitiva reflexiva que consiste esencialmente en una aserción de su propio ser a partir de la aserción del ser del padre: «Su padre tenía razón al declararla retardada» (50). (Esta sanción está narrada en estilo indirecto libre, cuya forma directa sería: Brígida pensó: «mi padre tiene razón, soy una retardada»).

La protagonista, pues, se encuentra atrapada entre lo que debería-ser y lo que no-puede-ser. Sin embargo, tiene un inherente querer-ser que la impulsa a buscar esa identidad no hallada con el padre; querer-ser que la conduce a un querer-hacer y así es como lleva a cabo un programa narrativo de uso que hemos denominado «Matrimonio» (casarse con Luis).

Brígida ha vivido desde niña en la opresión e incomprensión y ello le ha provocado un estado de tensión constante impidiéndole emplear sus impulsos primarios en otra cosa y de otro modo. Inicia su vida, por un lado, ausente de la relación madre-hija (la identificación: el ser como) y, por otro, para su padre no es alguien «satisfactorio» dañando con esto su identidad (el-ser-en-sí), esa identidad que sólo podría habérsela dado él puesto que la fusión-complementariedad es una posición psíquica necesaria. El padre constituye el otro polo de la alternativa sexual de la pareja parental, es entonces buscado como el que podría apreciar en su hija ese comienzo de feminidad y en lugar de ello, el padre primero le impone, después por simplificarse la declara retardada para por fin abandonarla a su suerte.

El componente evaluativo del concepto de sí misma que tiene la protagonista ante la valoración del padre, le crea un problema profundo: la dependencia y el sometimiento para ser aceptada y es consecuente que Brígida acepte la degradación:

¡Que agradable es ser ignorante! [...] Su padre tenía razón al declararla retardada (50)

La inseguridad acerca de ella misma, su autoestimación negativa, etc., lesionan su independencia e individualidad, en una palabra su identidad cuya búsqueda será el segundo programa narrativo de base (que hemos llamado «Identidad» y que describiremos posteriormente). De ahí en adelante Brígida será conducida a pagar cualquier precio con tal de no apartarse, o de no abandonar jamás, la órbita del deseo masculino y se sujetará a su posición de «objeto deseado» que le jugará muchas malas pasadas y sobre todo la hará presa ideal de todas las ideologías que su pareja fabrique:

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente, durante la noche entera, perseguía a su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una

⁶ Esta situación es muy importante ya que el fracaso de este deseo le hace ganar el estatuto de /inferioridad/ (es *retardada* según la calificación del padre) y perder la identidad que el padre podría darle en ese momento.

planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un clima propicio (48)

Con esta configuración personal y con todos estos pensamientos dados y heredados, se casa con Luis, poseyendo la esperanza y el deseo de encontrar el amor reparador junto con la aprobación del hombre:

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre [...] no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta (47)

Pero:

1. *antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde (48)*
2. *Por las mañanas, cuando la mucama abría las ventanas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros (48)*
3. *"Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo Luis (48)*
4. *"Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho qué hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, sí, estoy en el club. Un compromiso. Come y acuéstate... No, no sé, más vale que no me esperes Brígida (49)*
5. *Mañana te contaré. Tengo sueño Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz (48)*

Nuestra protagonista se enfrenta a un matrimonio paternalista, Luis es sustituto del padre quien al igual que éste tiene la misma ideología patriarcal, así que su vida al lado de Luis es una continuación de ésta al lado de su padre. Luis, que además es el mejor amigo de su padre, es también viejo, convencional, administrador del orden, y mantiene a la protagonista en los espacios previstos para ella: el hogar. Luis, al igual que el padre, la abandona y la rechaza:

Y de noche, ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se había casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre (49)

A Brígida le es sumamente difícil enfrentar que es una mujer casada, sí, pero en realidad sin pareja, sin su homólogo, y paga el precio de esta guerra en la que se ve mezclada. Ella es deseada según la siguiente escala de valores: Retardada e ignorante (46), es tan tonta como linda (46), «collar de pájaros» (47), el cuerpo más liviano y gracioso del mundo (46), juguetona y perezosa (47), ojos de venadito asustado (48). Y desesperada por invocar de continuo la mirada del otro sin éxito: «se echaba sobre su marido y lo cubría de besos llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...» (50) y Brígida que buscaba el amor reparador, va a caer, nuevamente, a otro amor castrador:

*—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano [...] Por qué no te vas a la estancia con tu padre?
—¿Sola?
—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.
Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar (50)*

Cualquiera que sea el aspecto adoptado por la pareja, ésta es siempre el lugar donde la mujer quiere hacerse reconocer por quien no puede darle un reconocimiento sin experimentar un peligro, de ahí la sordera de Luis ante las recriminaciones:

Ella se había levantado atónita, temblando de indignación por tanta injusticia. "Y yo, y yo –murmura desorientada—, yo que durante casi un año, cuando por primera vez me permito un reproche... (51)

EL ÁRBOL. LA SUBLIMACIÓN

Es transparente que Luis y el padre son el polo negativo del sistema falocrático o patriarcal que hemos venido mencionando y que ha conjuntado a Brígida con los valores: /degradación/, /marginación/, /imposición/, /rechazo/, /agresividad/, culpabilidad/. La protagonista, para compensar su existencia (equilibrio), crea el polo positivo y es así como surge el árbol como símbolo, el árbol como sublimación y que equivale a conjuntarse con los siguientes valores: /naturaleza/, /refugio/, /protección/, /bienestar/, /tranquilidad/, /imagen paterna/, /compañía/:

	Polo positivo = el árbol
Sistema patriarcal	_____
	Polo negativo = padre-esposo

Brígida se evade sigilosamente del mundo negativo en el que vive para buscar su pareja, la que puede ser como ella y a la que sólo le falta la palabra que ella le dará, ese árbol que será su catarsis fundamental; le es preciso rechazar en medida suficiente lo negativo de su historia y elaborar imaginariamente lo positivo para alcanzar la simbiosis soñada:

Fue entonces cuando alguien o algo golpeó en los cristales de la ventana. Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde afuera (51)

Eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquilo y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno, muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, como algo definitivo, irremediable (53)

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par [...]. Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia (52)

Hasta que Brígida supere los dos polos del sistema opresivo patriarcal en el que ha vivido, se hará libre. Necesita estar libre de la sublimación que le ofrece el árbol y, obviamente, de la dependencia dañina con Luis y su padre. En la dimensión pragmática tiene un «adelanto instintivo» respecto a la superación del polo negativo, cuando se separa de Luis como veremos adelante, y decimos «instinto» ya que ignora las razones (hacer cognitivo) que la conducen a realizar su hacer pragmático. Este es el primer indicio de superación que logrará completamente cuando el logro sea también cognitivo, pero el bienestar que el polo positivo hasta ese momento le ofrece, obstaculiza la superación.

EL RECONOCIMIENTO: LA INSTAURACIÓN DE LA IDENTIDAD

Una noche de soledad y nostalgia, Brígida decide ir a una sala de conciertos. Mientras escucha los acordes de la música sufre un desplazamiento reflexivo, rememora acontecimientos importantes de su vida. Esta remembranza va ejerciendo en su mente una interpretación deductiva –lo que nosotros entendemos por hacer persuasivo– de su propia existencia y la lleva poco a poco a caer en una situación límite tal, que está lista para tomar conciencia. La adquisición del poder-hacer en su paso de lo *virtual* a lo *actualizado* se halla en correlación con la acción ejercida sobre Brígida por un agente

exterior: la música. La música es la expresión figurativa que da la base para la instauración de la identidad. Este paso de lo virtual a lo actualizado del poder-hacer se da en forma gradual. Veamos:

Parte primera:

música: Brígida escucha los acordes de la música de Mozart
rememora: Su infancia. La anulación del padre
situación: Pérdida de la identidad

Parte segunda:

música: Brígida escucha los acordes de la música de Beethoven
rememora: su casamiento con Luis. La aparición del árbol
situación: Conflictos matrimoniales. Separación de Luis.

Parte tercera:

música: Brígida escucha los acordes de la música de Chopin
rememora: Se rompe abruptamente la remembranza
situación: El abatimiento del árbol. La toma de conciencia. El final del concierto

Los contenidos axiológicos, en principio virtuales, han sido actualizados y Brígida enfrenta la realidad. A través del amor de Luis trató de reunir al «sujeto estimable» con el «objeto deseable», buscando sentirse una persona y ser por primera vez alguien que satisface a alguien. Para lograrlo, pasa por toda clase de demandas destinadas a que la unidad se mantuviera mientras que Luis se escapaba cada vez más, lo que le provocaba desesperación hasta hacerla caer en un devorar el vacío:

*Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir
del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz
blanca aterradora.*

*[...] Puede que la verdadera felicidad esté en la
convicción de que se ha perdido irremediamente la felicidad.
Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni
miedos (54-55)*

El desequilibrio fue acentuándose a medida que la vida transcurría y a pesar de buscar cierto equilibrio con la sublimación del árbol, las ilusiones se apagaron y nuestra protagonista, que vive deshabitada de sí misma, desalojada de su propio deseo, retornó a lo que realmente era y dejó caer las máscaras: «Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos [...] Le habían quitado su intimidad, su secreto» (55). Brígida razonó por fin, se da cuenta que Luis no fue elegido como niño sino como compañero afectivo y es cuando decide marcharse:

*—Pero Brígida, ¿Por qué te vas?
¿por qué te quedabas?— Había preguntado Luis*

*Ahora habría sabido contestarle:
—¡El árbol, Luis el árbol! Han derribado el gomero (56)*

El reconocimiento consiste en la cesación de un estado cognitivo que podemos caracterizar, en este caso, como auto-decepción: Brígida se desengaña tanto en el plano interior concerniente a su certeza sobre su soledad, como en el plano exterior sobre la concreción de su vida. Pasa del estado de la ilusión al de la realidad o de la verdad.

Habíamos antes comentado que la superación de los dos polos del sistema patriarcal se conseguiría completamente, cuando el logro fuera también cognitivo. Pues bien, este es el momento del logro, el momento del *reconocimiento*: el árbol es derribado pues Brígida no necesita más ayuda:

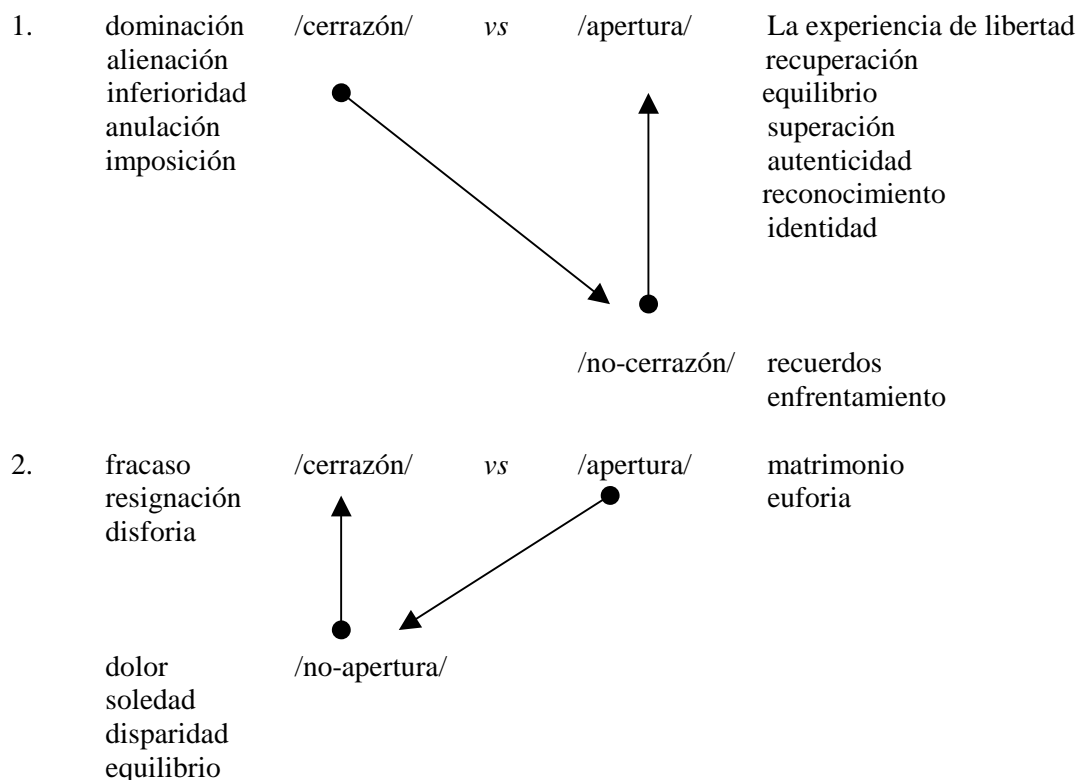
*Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la hecha
hacia atrás toda temblorosa.*

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe. Lo habían abatido de un solo hachazo [...] Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz [...]
Le habían quitado su intimidad, su secreto (55)

En esta toma de conciencia Brígida sale de su culpabilidad personal al dejar de creer en el mayor valor del otro con respecto al suyo. Se da cuenta que buscó su existencia con quien sólo pudo negársela y este razonamiento la lleva a pensar en su identidad: «¡Mentiras! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, si amor y viajes y locuras, y amor, amor...» (56). Y nuestra protagonista al dejar de estar referida a la ley del «otro» comienza a salir de la historia, a emerger de su alienación y comienza a existir en función de su deseo propio y no le importa si esto coincide o no con el sueño o la fantasía de su padre o de Luis. Se desborda en un momento, cuando enfrenta la realidad, sabe que Luis la quiere, si, pero prescribiéndola; la acepta pero si ella lo obedece y a condición de que renuncie a toda libertad.

CUADRADO SEMIÓTICO

El nivel profundo organiza las relaciones entre los valores mínimos con la ayuda de la estructura: el cuadrado semiótico. Dicho cuadrado debe ser entendido como un conjunto organizado de relaciones capaz de dar cuenta de las articulaciones de la significación. El cuadrado semiótico nos permite señalar qué oposiciones y qué relaciones son pertinentes y cómo se instaura el funcionamiento de estas oposiciones y de estas relaciones. Para «El árbol» proponemos dos cuadrados:



POST FACIO

Es indiscutible que la literatura latinoamericana escrita por mujeres ha colaborado con su obra a enfrentar las paradojas y contradicciones de la historia que ha hecho de la mujer un mito. Su palabra

escrita no sólo ha desarticulado los valores ancestrales, sino –y además– ha cultivado como consecuencia, el proceso de cambio de la condición femenina y una nueva concepción del mundo.

En los años sesentas surge el feminismo⁷ como un movimiento que devela y encara estas categorías del pensamiento normativo y las muestra carentes de estructura racional, pasando por hacer ostentosas las exigencias ridículas y sin sentido que impone toda esta tradición a la mujer. Una década antes, la literatura mexicana a través del discurso hermenéutico de Rosario Castellanos, ya había revelado claramente la inutilidad y ausencia de seriedad de las normas rígidas y arbitrarias así como los valores estereotipados de la visión ontológica patriarcal. Cabe mencionar, por ejemplo, que es hasta 1953 que se concede el voto a la mujer en México, esto denota claramente la marginalidad política, social, económica y cultural que ha vivido la mujer en el país y en general las mujeres en Latinoamérica, ya que pocos años más o pocos años menos, también dicho voto les fue concedido. Sin embargo, esto no impidió que muchas escritoras mujeres lucharan, desde mucho tiempo atrás, para manifestarse. En Chile, una precursora muy importante fue María Luisa Bombal. Sus reflexiones sobre la tradición, a ese «lenguaje que habla por sí mismo como lo hace un tú»,⁸ son una exhortación no sólo para que enfrentemos la historia de la mujer, sino implican la proposición básica que obliga a actuar sobre los prejuicios establecidos y su efecto y edifiquemos un saber compartido e igualitario. «El que se sale reflexivamente de la relación vital con la tradición, destruye el verdadero sentido de ésta [...]. Y para ello es necesario estar abierto, en la apertura a la experiencia que caracteriza al hombre experimentado frente al dogmático»,⁹ tendremos acceso a la adquisición de verdad.

© Magda Díaz y Morales

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Bombal María Luisa, *La última niebla, La amortajada*, Barcelona: Seix Barral, 1984.
Caruso Igor, *La separación de los amantes, una fenomenología de la muerte*, México: Siglo XXI, 1982.
Gadamer Hans-George, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca: Sígueme, 1991.
Greimas, A.J., *Semiótica, Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos, 1982.
Hjelmslev Luis, *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid: Gredos, 1972.
Kierkegaard Soren, *Estética del matrimonio*, Buenos Aires: La pleyade, 1972.
Latella Graciela, *Metodología y teoría semiótica*, Argentina: Ed. Hachette, 1985.
Ricoeur Paul, *Tiempo y narración*, I,II,III, México: Siglo XXI, 1995.
Teoría de la interpretación, México: Siglo XXI, 1995
Sartre Jean-Paul, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid: Alianza editorial, 1983.

La autora:

Magda Díaz y Morales es Doctora en literatura, Académica del Instituto de Investigaciones Lingüístico Literarias de la Universidad Veracruzana, Vicepresidenta de la Asociación Mexicana de Semiótica Visual y del Espacio (AMSVE). Su página personal es "Apostillas literarias": <http://apostillasnotas.blogspot.com>

⁷ Entiendo por *Feminista* la intención de lograr y fortalecer condiciones homólogas, solidarias, libres y dignas entre los seres humanos, y concretamente entre la pareja: mujer y hombre.

⁸ Hans-George Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica* (Salamanca: Sígueme, 1991), 434.

⁹ *idem*, 437.

AMOR A VUELTA DE CORREO

por Dulce María González

Para C M, mi muso

En su prólogo a «La tarjeta postal» (Ed. Siglo XXI, 1986), Jacques Derrida advierte al lector que se trata de un libro que nunca escribió. Este libro no escrito, y que sin embargo tenemos entre las manos, hubiera estado dedicado, dice Derrida, a «lo que va de lo postal al psicoanálisis». Se trata, dice, «de remitir un acontecimiento singular, el psicoanálisis freudiano, a una historia y una tecnología de lo postal, a cierta teoría general del envío y de todo aquello que pretende destinarse, independientemente de la telecomunicación a la que se recurra».

¿Y qué hay en el lugar de ese libro no escrito? Cartas, cartas de amor, literatura epistolar, poemas de un trovador a su Señora, envíos. Lo que hizo Derrida, entonces, fue transcribir, tal cual, una serie de mensajes destinados a su amada y en los cuales reflexiona, precisamente, acerca de la relación entre ellos y de las cartas mismas. «Una correspondencia», comenta Derrida, «es mucho decir o poco decir. Quizá no lo fue (pero sí más o menos) ni correspondió mucho». Y más adelante: «...tuve que ceder, y a ustedes les corresponde decirme por qué. A ti, para empezar: sólo espero una respuesta y a ti te toca».

¿A quién le habla Derrida?, ¿de quién pide una respuesta?, ¿a quién me dirijo yo con este texto? A partir de la poética del apóstrofe, figura retórica por medio de la cual la palabra se dirige a la o el único, y a través de la cual el discurso se desvía o se interrumpe para hablar a alguien, para dirigirse a un destinatario específico, a través de este recurso, decía, Derrida señala el lugar al que está destinada la escritura. Sin embargo, y aquí entramos ya, supongo, a terrenos de la poesía, «que los firmantes y destinatarios no sean siempre visible y necesariamente idénticos de un envío a otro», dice Derrida, «que los firmantes no se confundan necesariamente con los remitentes ni los destinatarios con los receptores, ni siquiera con los lectores (tú, por ejemplo)» establece un vínculo «con algo de tragedia», ya que «le impide a uno ajustar las distancias, tomarlas o perderlas».

En su discurso del Castillo de Elmau, Baviera, en julio de 1999, Peter Sloterdijk, acaso evitando remitirse a Derrida o, en última instancia a Lacan, inicia citando al poeta Jean Paul, para quien los libros son cartas que enviamos a amigos que se encuentran lejos en el tiempo y la distancia. Siempre escribimos para alguien cercano, dice a su vez Barthes, pero Sloterdijk prefiere acudir a la imagen histórica, puesto que está a punto de responder a la carta de un muerto. Los destinatarios, dice Sloterdijk, firman acuse de recibo valiéndose de palabras que responden o corresponden al envío y que, a su vez, significan un envío a responder. En su conjunto, estas cartas forman una cadena, dice Sloterdijk, que en realidad es una red, dice Deleuze, un sistema de correspondencia, dice Derrida, o que en realidad es una construcción orgánica, siempre en movimiento, a la que llamamos Literatura. Eso lo dije yo, ahora mismo.

Mi imagen al respecto es la de un enorme océano de botellas con sus mensajes dentro. Cartas dirigidas a alguien que sin embargo fueron arrojadas a las olas de los miles de ojos, y de corazones, de la humanidad; en tanto ésta siga habitando el planeta y, sobre todo, en tanto sigamos con esta necesidad de leernos unos a los otros y responder, una y otra vez, nuestras respectivas cartas.

«Desde que existe la filosofía como género literario», señala Sloterdijk, «recluta ella a sus adeptos por este medio, escribiendo de modo contagioso sobre el amor y la amistad. No se trata sólo de un discurso sobre el amor a la sabiduría, sino también de conmover a otros y moverlos a este amor». De acuerdo a este autor, la primera carta fue escrita por los griegos; los romanos, como buenos carteros, la hicieron llegar hasta nosotros. «Si los romanos no hubieran entrado en juego con su receptividad sobresaliente», dice, «las comunicaciones griegas no habrían alcanzado nunca el espacio occidental».

22 años antes, en una de sus cartas de amor, Derrida había escrito a su amada lo siguiente: «Platón vía Sócrates, vía todos los destinatarios que se hallan sobre el camino de occidente, los relevos, los

recaderos, los lectores, los copistas, los archivistas, los guardianes, los profesores, los escritores, pues; Platón cuelga su pancarta y Freud la trae en la espalda, ya no puede deshacerse de ella».

«La escritura», dice Sloterdijk, «no sólo efectúa un arco telecomunicativo entre amigos probados, que para la época del envío viven a una distancia espacial el uno del otro, sino que pone en marcha una operación hacia lo improbable, lanza una seducción a la lejanía». El caso es que, a Sloterdijk, todo este cuento de cartas y carteros, remitentes y destinatarios pirateado a Derrida, para decirlo en lengua vulgar, le sirve para, colocándose en el lugar del destinatario, responder a la «Carta sobre el humanismo», de Heidegger, y, firmando acuse de recibo, arrojar su propia carta-con-mensaje al mar. Sin embargo, esto es algo que no nos interesa por el momento. Lo que nos interesa, en todo caso, al menos para no soltar el hilito de la correspondencia, es la primera carta griega. Y es aquí donde regresamos a la «Tarjeta postal».

De acuerdo a Jacques Derrida, la primera carta fue escrita por los griegos como habíamos dicho antes, específicamente, por Platón. Y en ella, en el texto mismo de esta carta, está implicado el amor. No cualquier amor, sino aquél que fue (es) construido de (con) palabras y a manera de diálogo. Hablamos de la elaboración de un texto entre dos; un texto que, siendo diálogo en sí mismo, siendo amor, es enviado a través de los mares de la humanidad en busca de diálogo, de amor, de correspondencia. Una operación a dos niveles, correspondencia que reproduce el diálogo del texto una y otra vez; a partir, dice Derrida, de «representaciones particulares cada vez más estrechas, secuencias cada vez más cortas de la worldwide connection».

¿Y para qué?, me pregunto. O bien: ¿qué es eso que mueve la escritura? O esta otra pregunta: ¿Por qué siempre estoy escribiendo para ti? Aquello que une la poesía y el erotismo, dice Octavio Paz, es que ambos buscan algo que se encuentra situado más allá del cuerpo o la palabra. ¿Y qué cosa es ese algo? O bien: ¿Y a quién encuentro en realidad, Muso, C, cuando te encuentro en mis textos? O, dicho en palabras de Derrida: ¿qué será nuestra correspondencia y su secreto, lo indescifrable, en ese archivo aterrador?

En el número 36 de la revista *Litoral*, correspondiente al mes de julio del 2005, Mayette Viltard anota lo siguiente: «Lacan aplica Arnaut Daniel y su trompeta al mito de la flauta poética de Pan. Persiguiendo a la ninfa Siringe, que se le escapa entre las cañas, Pan corta enojado las cañas en tubos desiguales que se convierten en una flauta y Siringe, transformada, es el tubo de la flauta. Soplar la flauta o tocar la trompeta son equivalentes, dice Lacan, es una práctica del significante, un vacío central en torno al que se ordena aquello a través de lo cual se sublima el deseo». En este caso, según entendí a partir de la lectura de los artículos que se refieren a este poema de Arnaut Daniel, el vacío en torno al cual se teje la escritura, oh sorpresa, abre a un nuevo vacío. De manera que la presencia a convocar en el texto, ésa que supuestamente nos librará del vacío, llega a decirnos: soy vacío. Aterrorizante.

En todo caso se borda esa ausencia y algo resulta de ello, un lugar de encuentro. Mientras el encuentro no muestre su propia nada, estamos bien. Suspiramos, respiramos la santa paz del texto; no dura tanto esa paz, nada es suficiente y enseguida escribiremos el próximo poema, la siguiente carta de amor. Pero hela allí. La de hoy. Qué dicha.

«En el campo del arte es donde se produce el encuentro del uso del lenguaje y la sublimación», dice Martínez Malo en la revista *Litoral*, «eso es la creación en tanto el objeto creado cumple ‘la función de no evitar la Cosa como significante, le permite representarla en tanto ese objeto es creado’. La respuesta de Lacan en la época de ‘La ética’, dice a su vez Mayette Viltard, consiste en señalar que, cuanto más se ejerce la sublimación por parte del arte poético, en mayor medida actúan los términos sexuales más crudos. Así define el erotismo como el resorte de la ética que permite darle a lo que llama “el objeto femenino” el valor de representación de la Cosa, una labor que el hombre realiza más con sus manos que con su alma».

Mi amiga Nancy lo dice así: «El poeta se acerca lo más que puede a la Cosa, presentifica de alguna manera lo que está perdido como tal, lo hace utilizando la palabra de otra forma». Después, citando a Eduardo Chirinos, dice: «Es el silencio en la palabra». Y yo le digo: «claro, Nancy, es eso», y enseguida acudo a una nota a pie de página en la que encuentro la imagen que confirma el supuesto entendimiento: es la «demostración del jarrón de cerámica que el alfarero tornea alrededor del vacío».

¿Significa eso que tú, Muso, eres mi «objeto femenino» y que tienes el valor de representación de lo perdido para siempre?, ¿significa que al tomar el lugar de la Señora, de la dama, estás en el lugar del vacío en torno al cual ordeno mi escritura?, ¿Significa esto que el texto mismo, lo escrito por mí, es nuestro único lugar de diálogo, de encuentro?, ¿Significa que nunca te voy a tener de otra manera que no sea con palabras, que no me tendrás sino de palabras?, ¿significa esto que tú no eres tú ni yo soy yo en el texto?

Respóndeme.

Dante escribe una larga carta a Beatriz. El encuentro de ambos es imposible y sin embargo ocurre en el texto. El destinatario de la carta de Dante es un vacío que de pronto adquiere presencia en el poema mismo. Pero, ¿es realmente Beatriz la destinataria de tal poema?, ¿es Dante el remitente?

«Cuando te llamo amor mío», dice Derrida a su Beatriz, «¿acaso te llamo a ti, acaso te digo mi amor? Y cuando te digo mi amor ¿acaso te declaro mi amor o acaso te digo a ti, mi amor y que eres mi amor? Quisiera decirte tanto.» Meses más tarde le escribe lo siguiente: «En ocasiones me digo que eres mi amor: entonces no es más que mi amor, me digo, llamándote así. Y entonces ya no existes, estás muerta (...) y mi literatura se torna posible.»

La primera propuesta de Jaques Derrida en relación al proceso de escritura es la siguiente: Sócrates escribe. A sus espaldas, Platón ordena en ambos sentidos: da la orden y pone orden a las palabras. Por otro lado, Platón hace escribir a Sócrates lo que quiere fingiendo o haciendo la ficción de que lo recibe de él. En una carta fechada el mismo día en que propone el modelo descrito arriba, Derrida escribe a su amada colocándose a todas luces en el lugar de Sócrates y lo hace de la siguiente manera: «Me das las palabras, las liberas, una por una concedidas, las mías, volviéndolas hacia ti y dirigiéndotelas». Más adelante dice a su amada lo siguiente: «Eres tú quien escribe la historia, eres tú quien dicta aunque yo me esmere sacando la lengua, letra tras letra, sin jamás darme la vuelta». ¿Está proponiendo Derrida que es la dama quien en realidad escribe en el sentido de ordenar, de dictar la escritura? Al referirse a lo comentado por Lacan en torno a las «Cortes de amor», Martínez Malo comenta que es ahí donde las damas ejercen su potestad, «como si ellas tuvieran un ‘saber’ e incluso un ‘poder’ sobre los temas del amor y sus actos, de los cuales carecieran los hombres».

Me viene a la mente la novela *El turno del escriba*, de Ema Wolf y Graciela Montes, texto que ganara el Premio Alfaguara de Novela 2005 y el cual se presentó recientemente en la ciudad. En esta novela, escrita a cuatro manos (¿quién escribió y quién dictó?, me pregunto), Wolf y Montes reproducen el acto de escritura de los viajes de Marco Polo, en el cual Marco Polo dicta su historia al escriba Rustichello de Pisa durante su estancia en la cárcel de Génova. Lo que desea Rustichello, que fue quien tuvo la idea, es conseguir su libertad por medio del libro, salvarse de la prisión que comparte con Polo al ofrecerlo a algún príncipe.

Sin embargo, le sucede lo que comenta Martínez Malo en su artículo de la revista *Litoral* en relación a los caprichos que los copistas medievales se permitían al transcribir textos: llega el momento en que Rustichello cae en la cuenta de que se encuentra realizando una verdadera «reproducción», puesto que ha modificado y cambiado lo dictado por Marco Polo; a tal grado, que ni el mismo Marco Polo puede ya reconocer sus propias historias. Curiosamente, Rustichello se da cuenta en ese momento justo de que el libro mismo es su salvación, puesto que ha construido un lugar de libertad, por lo que su libertad física pierde importancia. «La reversibilidad se desata», dice Jacques Derrida, «se vuelve loca».

El segundo caso que me viene a la mente es el de Marguerite Yourcenar. La veo ahora mismo escribiendo «Fuegos», un libro cargado de erotismo, candente. Yourcenar declaró más tarde que lo escribió para su editor, un hombre inaccesible para ella y de quien estaba enamorada. En este caso, el editor es su muso, su Señora, y le pone una docena de seudónimos o «señas», puesto que en cada relato de amor incluido en el libro, ya sea histórico o mítico, él adopta un personaje diferente a adorar. Por supuesto que la Yourcenar acierta al crear un lugar de encuentro, dada la hermosura de los relatos. No obstante, me pregunto, ¿dónde está la reversibilidad?

De pronto, al releer el artículo de Martínez Malo, vuelvo a caer en el asunto de las modificaciones realizadas por los copistas. Entonces me doy cuenta de que el muso de la Yourcenar no es un muso cualquiera, sino un editor, alguien que da la orden de escritura (puesto que hay un contrato de por

medio) y pone orden las palabras (ya que revisará, modificará y tal vez reestructurará el texto enviado a él por la Yourcenar). He ahí la cadena de cartas en la que se alternan lugares.

«La condición para que no renuncie a nada y que mi amor me pertenezca», dice Derrida, «es que estés ahí, allá, perfectamente viva fuera de mí. Fuera de alcance.» Pero enseguida agrega: «Y que me devuelvas».

Hablamos de la creación a partir del diálogo. De ahí la importancia, desde mi punto de vista, absolutamente literario, aclaro, de que Platón y Sócrates cambien puestos, de manera que se encuentren o lleguen a encontrarse en el mismo nivel de discusión; en la desigualdad entre trovador y dama dentro del texto que se envía, pero también en el acuse de recibo de un nuevo texto donde se invierten los papeles.

¿Basta una sonrisa de la dama como respuesta?, ¿basta un regalo? ¿Le bastaba a Rustichello escribir las palabras de Marco Polo para convertirse en creador?, ¿las historias que la Yourcenar envió a su editor eran suficientes? La idea simple del trovador, en la cual la dama es elevada a objeto de representación de la Cosa y en la que ella es Platón, ella quien, con su dedo en alto, como un fallo, dicta las palabras y pone la escritura en orden, se completa en cuanto el envío cae en sus manos y ella, convertida en Sócrates, debe escribir su acuse de recibo al Platón que espera su respuesta.

«Si una mañana Sócrates hubiera hablado en nombre de Platón», dice Derrida, «si a Platón su destinatario le hubiera dirigido algún mensaje, eso significaría también que Platón hubiera tenido que recibir, esperar, desear (...) hubiera llamado de alguna manera lo que Sócrates le hubiera dicho; por consiguiente, lo que Sócrates, tomando dictado, finge inventar, [en realidad] escribe.»

Sucede que el editor de Marguerite Yourcenar hizo cambios, cambió palabras en el original, acaso frases enteras, y esas intervenciones están incluidas en el texto que conocemos. Sucede que las aventuras de Marco Polo no son precisamente las que éste narró, sino resultado de lo que el escriba modificó antes de su envío. Y sucede que en el «cochino debate» del que habla Martínez Malo hay una serie de envíos, remitentes y destinatarios, una red de diálogos que lo complica y lo problematiza todo.

Limitándonos al diálogo entre Sócrates y Platón, quizá Arnaut Daniel recibió la orden de su dama en un primer momento; escribió y envió, como todo buen Sócrates. Sin embargo, en el poema citado se ha convertido en el Platón que ha recibido las palabras en respuesta por parte de su dama, una petición específica, una prueba. Lo interesante es que él, a su vez, transcribe este acuse de recibo de sus poemas: «si bien me corna aquí, yo os haré mi amante leal», etcétera, vaya usted a saber si modificando las palabras de la dama o acaso reproduciéndolas a partir de su estado de ánimo y su evidente intención de sacrificarlo todo: la poesía, la sublimación, la representación de la Cosa.

Posdata:

Lo curioso, Muso, es la manera como nos levantamos de nuevo después de cada caída. Acaso diciéndonos mentiras, o ante el deseo de continuar la cadena en la cual todo es posible en lo imposible. Siempre estoy escribiendo para ti, te digo, y tú regresas la frase por correo electrónico. Recibido, dices, y con ello me obligas a reenviar lo escrito. Es este oficio mío de imaginar quién eres y saber que me imaginas. Es, continuamente, mi apuesta: con los dedos de mi mano adelantarme a tu movida y enseguida ver tus dedos señalando el otro número que, acaso, me sorprenderá. Entonces anotar la sumatoria y enviártela. Y esperar toda la vida si es necesario a que me regreses la tuya, tu propia sumatoria a vuelta de correo, Muso, mi Platón y mi Sócrates.

© Dulce María González

La autora:

Dulce María González (México, 1958). Narradora y ensayista. Estudió Letras Españolas, ha sido coordinadora de talleres literarios y maestra de Literatura en la UDEM y en la Escuela de Teatro de la FFyL de la UANL, Coordinadora el Centro de Escritores de Nuevo León. Es Maestra de Apreciación de las Artes y columnista de la sección "Arte" del periódico "El Norte". Ha escrito: Ensayo: *Gestus*, Narrativa: *Detrás de la máscara, Donde habiten los dioses, Crepúsculos de la ciudad, Ojos de santa, Elogio del triángulo, Los Cincuenta y Mercedes luminosa*.

«LA TRENZA DE SOR JUANA»

TRIBUTO AL SEGUNDO OFICIO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO

por Eve Gil

Muchas cosas se dicen sobre la escritura de la mujer para simplificar algo que puede ser tan similar a la escritura patriarcal y sin embargo tan sutilmente diferente.

Luisa Valenzuela,
Peligrosas palabras

Si alguien tiene un destino, se trata de un hombre, si alguien consigue un destino, se trata de una mujer.

Elfriede Jelinek
Las amantes

El verdadero origen de mi columna «La trenza de Sor Juana», del suplemento dominical *Arena* de *Excélsior*, no tuvo lugar el 31 de diciembre de 2001, sino mucho, mucho antes. La fecha exacta no la sé, pero recuerdo nítidamente aquel verano de 1990, de 45 grados a la sombra, en que advertí, no sin sorpresa, que el programa de estudios de la licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad de Sonora no incluía a ninguna mujer, excepto a Sor Juana (el colmo hubiera sido que no) y acudí ante el académico responsable de diseñar dicho programa para comentarle lo que creí una omisión accidental. El profesor en cuestión rió ante lo que juzgó, además de un arrebató feminista, una exhibición de ignorancia, ¿es que acaso no sabía yo que eran poquísimas las escritoras en el mundo, y, de entre esas excepciones, la mayoría malísimas? No tenía caso, pues, perder el tiempo estudiándolas.

Por aquel entonces, mi ignorancia en este rubro era grande, probablemente superior a la de ese profesor que, en ese instante, exhibió apenas un destello de la misoginia que lo caracterizaría el resto del curso. Realmente pensaba que las únicas escritoras en el mundo eran Rosario Castellanos (cuyo libro, *Mujer que sabe latín...*, que por entonces hallé revoloteando en la mesa de saldo de una de las tres librerías de Hermosillo, manchado de café, lleva conmigo veintidós años y otras tantas relecturas), las Hermanas Brontë, Elena Garro, Isabel Allende, Laura Esquivel, Sara Sefchovich y Agatha Christie. Nunca localicé a las autoras que analiza Rosario en *Mujer que sabe latín...*: (Isak Dinesen, Virginia Woolf, Mary McCarthy, Simone De Beauvoir, Lillian Hellman, Ulalume González de León, Violette Leduc, Simone Weil o Yvie Compton-Burnett); en ninguna de las dos bibliotecas de Hermosillo habían escuchado hablar de ellas siquiera. Un par de años más tarde, una amiga feminista (de esos exóticos especímenes que en Hermosillo no se dan precisamente en maceta) me introdujo en la lectura de Virginia Woolf, Simone De Beauvoir y Erica Jong que ejercieron sobre mí un deslumbramiento difícil de describir. Puedo suponer que fue como engancharse a una droga o a una secta secreta, porque mi lectura de estas maravillosas escritoras azuzó mi necesidad de enviar más señales de humo y convocar a otras tantas. Una de las pocas maestras que quebrantaban la atmósfera bohemia (en el mal sentido de la palabra) y excluyente de la escuela de Letras, Josefina de Ávila Cervantes, puso en mis manos a Igor Caruso (que no es mujer pero fue como leer a una, por lo bien que nos conoce), a Susan Sontag y a Sylvia Plath. Posteriormente, un doctor en Letras Españolas que fue invitado a impartir un curso de Literatura Latinoamericana, Rubén Sandoval, hizo engordar a la planta carnívora al fotocopiar me libros enteros de Luisa Valenzuela, Alejandra Pizarnik, Carmen Boullosa, Inés Arredondo, Ana María Matute y Francesca Gargallo (que, nunca imaginé, se convertiría, a la vuelta de

unos cuantos años, en mi más entrañable amiga), contribuyendo a armarme para lo que parecía una empresa quijotesca: demostrar que había decenas, acaso cientos y miles de magníficas escritoras. Empecé entonces a desafiar ostensiblemente al «programa» de estudios de la escuela de Letras, especializándome en escritoras.

Sin embargo, contrario a lo que pudieran suponer los escasos pero fieles lectores de mi columna, no creo en una «literatura femenina» porque ello implicaría la existencia, peor aún, la preeminencia de otra «masculina», aunque, como bien señala Laura Freixas en su libro *Literatura y mujeres*, decir que «la literatura es una sola y se divide en buena y mala», desprende ya cierto tufillo a cliché. No obstante, las autoras continúan viéndose en la necesidad de repetirlo como un mantra ante la insistencia de quienes formulan, a decir de Rosa Montero, la primer pregunta de rigor en toda entrevista a una escritora: ¿Existe una literatura de mujeres? Virginia Woolf responde: «Hasta en un hombre, la parte femenina del cerebro deje ejercer influencia; y tampoco la mujer debe rehuir contacto con el hombre que hay en ella. Esa tal vez fue la intención de Coleridge cuando dijo que una gran inteligencia es andrógina (...) Quizá una mente del todo masculina no puede crear, así como tampoco una mente del todo femenina (...)». Existen, es cierto, un punto de vista masculino y otro femenino. Autores que han escrito espléndidamente desde el femenino han sido Tolstoi, Flaubert, Wilde, García Ponce, Millás, el exquisito Álvaro Pombo, de quien dice Laura Restrepo, «escribió la mejor novela femenina, *Entre las mujeres*». El escritor mexicano, Alberto Ruy Sánchez, describe con sibarítica belleza las sensaciones de una mujer embarazada: «(...) Todos los sabores de los alimentos parecían multiplicar su intensidad para ella. Hasta el agua le sabía mucho mejor. Su piel era más sensible en más puntos insospechados del cuerpo como si el tacto hubiera decidido reinar entre los sentidos y el paso secreto de la hormiga que incendia los labios del sexo le caminara de pronto hasta las rodillas (...)». De entre los más jóvenes, Antonio Tenorio (México, 1966) ha sorprendido a la crítica con una hermosa novela, *El permanente estado de las cosas*, narrada no por una, sino por tres mujeres pertenecientes a distintas generaciones de una misma familia, lo que implica no sólo recurrir a una perspectiva femenina sino recuperar las voces de las mujeres que nunca hablaron. «Las mujeres –dice Tenorio– son las depositarias de la tradición y quienes la transmiten de una generación a otra. Son quienes nos enseñan las palabras, y nuestra forma de estar en el mundo es a través del lenguaje. Y lo hacen en el acto de enseñarnos a hablar, pero también en el de enseñarnos a recordar: las madres, las abuelas, las tías. Luego, la novela es, en la figura de sus mujeres, a este pilar de la cultura que es la transmisión de lo que somos y hemos sido a través de las mujeres.»

Mujeres como Marguerite Yourcenar, Josefina Vicens, Cristina Peri Rossi, Francesca Gargallo, Cristina Rivera Garza, Mayra Santos-Febres, Ana García Bergua, Donna Tartt y Zadie Smith, han escrito, con fortuna, desde el punto de vista masculino. Cito de nuevo a Rosa Montero: «Lo más probable es que yo tenga mucho más que ver con un autor español, varón, de mi misma edad y nacido en una gran ciudad, que con una escritora negra, sudafricana y de ochenta años que haya vivido el apartheid (...)». Ya no existen terrenos ni tópicos exclusivamente masculinos o femeninos. Vemos hombres escribiendo sobre amor y cocina; mujeres que escriben sobre guerra y política. Estoy muy de acuerdo con Fabienne Bradu cuando señala que «Tan condenable sería el crítico que pretendiera establecer una relación artificial y forzada entre la escritura femenina y la emancipación social de la mujer, como la escritora que pretendiera expresar un “nosotras, mujeres” que sólo existe en los panfletos ideológicos.»

Soy feminista. Tuve que convertirme en una para sobrevivir en un medio tan hostil como el antes descrito. Como tal leo a teóricas feministas, aunque no sea mi intención aplicar dichas teorías a la elaboración de mis semblanzas de escritoras que llamo «trenzas», por ser mi aportación mucho más apegada al campo de lo periodístico que de lo académico. Agradezco sin embargo se le preste una especial atención a la literatura escrita por mujeres: tantos siglos de marginación y subestima no se

resuelven en un mes, ni en un año... ni siquiera en un siglo. Posiblemente nuestras bisnietas puedan leer y ser leídas por lectores y lectoras que no tengan tan presente que detrás hay «una mujer que escribe», y por tanto ya no sea menester decir cosas como estas, y aún entonces continuará el rescate de todas esas artistas notables (literatas, músicas, artistas plásticas, etc) que se han tragado la incompreensión, el olvido y la misoginia, labor actualmente asumida por notables rastreadoras, investigadoras y restauradoras de textos escritos por mujeres durante los período del medioevo y el barroco europeo y el siglo XIX latinoamericano, como las españolas Evangelina Rodríguez Cuadros y María Haro Cortés , o las mexicanas Ana Rosa Domenella, Gloria Prado, Luz Elena Zamudio y en general las integrantes del «Taller de Teoría y Crítica Literaria Diana Morán». Parafraseo a Elizabeth A. Johnson, monja feminista, uno de mis más notables hallazgos: «(...) la opción de establecer una conexión con los antepasados, como ha señalado sabiamente Adrienne Rich, tiene el carácter de un acto de responsabilidad moral».

Me propuse, pues, abordar exclusivamente escritoras porque es un hecho que la literatura escrita por mujeres no ha sido lo suficientemente valorada, más aún, se desconoce fuera de círculos muy especializados; porque si bien Susan Sontag, Margaret Atwood, Doris Lessing, Fleur Jaeggy o Luisa Valenzuela gozan de los mismos méritos de genio y talento que José Saramago, Gunther Grass, Imre Kertész y J.M Cotzee, por nombrar a los Nóbel más recientes, es muy probable que tal Premio no se les conceda nunca: Sólo nueve mujeres han sido distinguidas entre 1901 y 2003, descontando los cinco años de la Segunda Guerra Mundial en que el premio no fue otorgado: Selma Lagerllof, Nelly Sachs, Grazia Deledda, Sigrid Undset, Pearl S. Buck, Gabriela Mistral, Toni Morrison, Nadine Gordimer, Wislawa Symborska y muy recientemente a Elfriede Jelinek, cuyo nombramiento suscitó una enorme polémica: ¿Por qué no Thomas Bernhard? ¿Por qué no Peter Handke?, se preguntaron críticos y estudiosos de la literatura alemana que ni siquiera habían leído a Jelinek.

Cuando Miguel Barberena, director de *Arena*, me preguntó que título me gustaría para mi columna, «La trenza de Sor Juana» brotó espontáneamente de mis labios, no sólo por lo que Sor Juana significa para mí, sino porque justo en ese momento recordé lo parafraseado por Octavio Paz en *Las trampas de la fe* acerca de la trenza que ella cercenó para, simbólicamente, librarse de un peso que le impedía pensar. Como la propia Sor Juana explica a Sor Filotea, que pasaría a ser metáfora de la oblación del intelecto femenino a manos de los patriarcas (Sor Filotea, lo sabemos, era en realidad un varón), consideraba que por estar «vestida de cabellos cabeza estaba tan desnuda de noticias». Pero esa trenza que Sor Juana sacrificó en nombre del intelecto, al considerarse la feminidad impedimento para acceder al conocimiento, es hoy nuestra reliquia, recordatorio de ese sacrificio mucho más amplio que cortarse el pelo, por lo que el título sugiere asimismo continuidad: las que preceden a la Monja Jerónima, si bien he hecho excepciones con tres autoras muy anteriores a Sor Juana que no podía dejar fuera: Hipatia de Alejandría, la renacentista, pionera del feminismo, Christina de Pizan y Santa Teresa de Ávila.

No importa si son poetas, narradoras, ensayistas dramaturgas, filósofas, periodistas, académicas, historiadoras, teólogas, o un poco de todo, que las hay. La única restricción que me impongo tiene que ver con la calidad literaria. Ocasionalmente relajo mi implacable juicio y cedo ante autoras que aporten una obra interesante, peculiar, original; o cuya historia de vida represente de algún modo la rebeldía de escritoras que defienden su vocación en circunstancias adversas como pertenecer a sociedades fundamentalistas, ser madres abandonadas o sojuzgadas, estar inmersas en alguna lucha social, padecer algún tipo de persecución política o religiosa, haber escrito un libro que, como en el caso de la china Wei Hui, haya sido quemado en una plaza pública; o contar con alguna característica sobresaliente y, ¿por qué no?, divertida: el rango de edad de las autoras vivas que he comentado va desde los 15 de la siciliana Melissa Panarello, hasta los 106 años de la alemana, nacionalizada mexicana, Mariana Frenk-Westheim, recientemente fallecida: escritoras noveles ambas.

Es necesario entender, por otro lado, que la literatura escrita por mujeres no es algo que empezó en los años ochenta del siglo XX, donde los libros escritos por y para mujeres se vendían junto con los cosméticos y otros artículos suntuarios, sino que lleva siglos y siglos gestándose en la intimidad de los hogares, ante los peroles y la labor de costura; desde Eukheduana, la primera escritora conocida en el planeta, que hacia el 22000 a.C. escribió sobre una tabla sumeria los suficientes himnos a la terrible diosa de la escritura, Inanna como para que su padre, Sargón de Akkad consagrara una biblioteca entera a los escritos de su hija, pasando por la presunta inventora del género novelístico en 1010, la japonesa Murasaki Shikibu; la griega Safo, las escritoras del romanticismo, las del barroco, las que desafiaron al modernismo y al llamado «boom» latinoamericano, imponiéndose a pesar de la brutal marginación disfrazada de paternalismo. Mostrar, por otra parte, que magníficas escritoras las hay lo mismo en México, España e Inglaterra, que en Egipto, Austria, Perú, la India, Israel, Suecia, Dinamarca, Nueva Zelanda, Vietnam, Escocia, El Salvador, Grecia, Québec, Checoslovaquia... hasta en Kenia y en Belice, y en los regímenes fundamentalistas. En los países latinoamericanos y regiones conservadoras de España, Asia, Oriente Medio y Europa Oriental, las escritoras pueden relatar vivencias semejantes a las de principios del siglo XIX, que se veían obligadas a pedir permiso a un intelectual varón. Robert Southey respondió a una carta de Charlotte Brontë de la siguiente manera: «Una mujer no puede ni debe hacer de la literatura la razón de su vida. Cuanto más se consagre a sus propios deberes, menos tiempo tendrá para ella, sea como objetivo o esparcimiento. A esos deberes no ha sido llamada, y cuando lo sea tendrá menos ansia de celebridad. No buscará la emoción en la imaginación, pues ya traerán demasiada las vicisitudes de esta vida y las angustias de las que no ha de esperar quedar exenta, sea cual fuere su estado», a lo que Charlotte arguyó graciosamente: «Si la perfección cristiana es necesaria para salvarse, yo nunca me salvaré; mi corazón es un semillero de pensamientos pecaminosos (...)». Dice Silvina Bullrich en su ensayo de 1956, «La mujer en la novela femenina»: «¿Qué mujer no ha oído estupefacta de boca de hombres amablemente mediocres ese reiterado pedido de “la gran obra”, esa exigencia de talento?». Sin embargo, no puedo pasar por alto el más atesorable consejo de un escritor a una escritora, atribuido por la novelista estadounidense Frances Sherwood al filósofo y sociólogo Richard Price, amigo y mentor de Mary Wollstoncraft: «Cuando escribo mis sermones no siempre escribo acerca de lo que soy en aquel preciso momento, ni de lo que sé que es verdad en aquel momento, ni de lo que sé en general que es verdadero o falso. Oh, no. Sólo raras veces. Escribo un deseo y una esperanza, y un deseo de ser, de llegar a ser, de comprender».

Para concluir, me permito destacar un detalle curioso: casi todos mis lectores son varones. Esto lo sé por el conteo de mails que a propósito de mi columna recibo eventualmente. Noto con alegría que ese prejuicio de los lectores varones contra la literatura escrita por mujeres ha pasado de la curiosidad a la más franca admiración. No gracias a mí, desde luego, aunque ellos me atribuyan algunos maravillosos hallazgos, a la vez que yo les agradezco invaluables sugerencias. Hacer excelentes amigos y amigas y contradecir a aquel profesor que aseguró que no existían escritoras suficientes, ni lo suficientemente buenas, ha sido la mayor satisfacción que me ha aportado «La trenza de Sor Juana».

© Eve Gil

La autora:

Eve Gil (México, 1968). Narradora, ensayista y periodista. Ha escrito las novelas *Hombres necios*, *El suplicio de Adán*, *Réquiem por una muñeca rota* y *Cenotafio de Beatriz*. Está por publicar la segunda edición de *Réquiem por una muñeca rota*. Su obra ha obtenido varias menciones honoríficas y en 1994 fue distinguida con el “Premio Nacional de Periodismo Fernando Benítez”. Su página personal: http://www.geocities.com/violeta_b_j/EVE_GIL.HTML

DENTRO DEL HIPERTEXTO: ANALOGÍAS TOPOLÓGICAS EN NARRATIVA

por Sofía González Calvo

Con agradecimiento a Sandra Santana y Guillermo López Gallego por sus utilísimos comentarios y sugerencias.

«...todo el pensamiento de la Razón, desde Grecia hasta la ciencia decimonónica, se propuso como pensamiento de una Ley o de un orden que debía reducir la complejidad del Laberinto. Mientras el laberinto lo evocaba la imaginación, el Pensamiento de la Razón procuraba eliminarlo, más la imaginación mística —o lo que es lo mismo, el Pensamiento del Misterio— lo reformulaba, y la historia del pensamiento hermético, desde la Cábala y el Renacimiento hasta nuestros días, está ahí para demostrarlo».

Umberto Eco¹

Oí decir a George Steiner en una conferencia que un intelectual es un «lector con un lápiz». Acaso eso sólo signifique que cualquier lector está realizando la misma labor de relación, con sus propias fuentes, que aquellos que después han de reflexionar acerca de los laberintos intertextuales. «Intelectuales sin lápiz» o no, lo cierto es que el revoloteo de imágenes e ideas que desencadena la lectura es inherente al propio hecho de leer, aunque no siempre se sienta la tentación de fijar en un escrito estos «enlaces».

Cada vez que, al leer, levantamos la vista del libro, y cerramos los ojos o dejamos la mirada perdida para generar asociaciones personales, estamos «hipertextuando».

Para cualquier tipo de lectura necesitamos todos los recursos lingüísticos del idioma en que leemos, pero en el caso de la literatura, además, necesitamos llevar en la mente una biblioteca cultural que nos permita comprender connotaciones y situaciones complejas. No se refiere a otra cosa Italo Calvino cuando habla de la multiplicidad² como una de las cualidades ideales de la literatura del milenio en que vivimos: multiplicidad semántica y sensorial, multiplicidad de puntos de fuga y de puntos de vista. Pliegues, como explica Deleuze en su interpretación de Leibniz,³ en el sentido del fenómeno artístico que va cobrando conciencia de sí mismo, de su propia estructura: páginas que se repliegan una sobre otra una sobre otra, configurando figuras topológicas de complejidad creciente.

Bajtín propone el «cronotopo» del camino como emblema y clave estructural fundamental de gran parte de las narraciones occidentales, de la «novela» propiamente dicha: el héroe recorre un sendero con determinada intención, a lo largo del cual van surgiendo determinadas situaciones favorables o desfavorables, que se amoldan al ritmo del paso del héroe: «*Todos los momentos del tiempo infinito de la aventura están dirigidos por una sola fuerza: el suceso. Pues, como se ha visto, todo ese tiempo está compuesto de simultaneidades y no simultaneidades causales*».⁴

Así pues, narrar es trazar el camino del héroe, y del lector: construir un camino predeterminado, inevitable, que no se bifurca: un laberinto primordial (o pseudolaberinto, según Santarcangeli, ya que no «*plantea dudas ni impone alternativas*».⁵

¹ Umberto Eco, prólogo a Santarcangeli, *El libro de los laberintos*, p. 16.

² Italo Calvino, *Seis propuestas para el nuevo milenio*, Madrid, Siruela, 1998.

³ Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Paidós, Buenos aires, 1989.

⁴ Mijail Bajtín, *Teoría y estética...* p. 247.

⁵ Paolo Santarcangeli, *El libro de los laberintos*, p. 53.



El interesante libro de Sig Lonegren al respecto habla de la historia universal de este tipo de dibujos en Europa, África y América, desde el neolítico. Este es el laberinto intuitivo, en el que una vía única adopta una forma plegada sobre sí misma de manera que posee dos centros: el final del camino, que ha sido fagocitado por la construcción hasta su interior, y el habitual enclave en que se cruzan los muros. Este no es funcionalmente necesario (cualquier espiral lo demuestra), y sin embargo sí muy recurrente.

Aprovechemos la circunstancia de que en Gales y otros lugares de Gran Bretaña estos dibujos son llamados «castillos de Troya» o «ciudades de Troya»: del mismo modo, la narración primordial, tal y como nos la presentó Homero, participa de ciertas complicaciones topológicas que nos hacen más agradable su lectura: el comienzo «*in media res*», las digresiones, la sutil multiplicidad de los puntos de vista, la elipsis. Y, del mismo modo, podemos hablar de un «centro» o objetivo cumplido por el héroe (final del camino), y de un «centro» estructural de la narración, un enclave principal de las fuerzas del *suceso*: en el caso de la Homero, probablemente, las figuras divinas.

Así pues, narrar es un camino, sí, pero un camino replegado sobre sí mismo en mayor o menor grado. Suele decirse que el viaje exploratorio a su propio interior de Proust, *En busca del tiempo perdido*, tiene una estructura espiral, donde se avanza y se retrocede simultáneamente, en este caso se trata de los desdoblamientos de una sola memoria, en la que los sucesos han quedado detenidos. Por otra parte existen libros circulares, en los que «todos los puntos están a la misma distancia del centro», en palabras del autor, como *El mapa de las aguas*, de Ángel García Galiano.

(¿Pueden existir novelas triangulares, poligonales poliédricas? Sin duda podemos describir *Las olas* como una novela hexagonal o cúbica (6 caras), y como cuadrangular o tetraédrica *El cuarteto de Alejandría*, etc...) .

Pero un laberinto puede complicarse mucho más que eso.

Una de las posibles clasificaciones de los tipos de laberintos es ésta, que los distingue según el número de entradas y salidas del que están compuestos. En las columnas inferiores, se busca el equivalente textual y se proponen algunos ejemplos (los hipertextos informáticos aparecen en cursiva):

1 entrada 1 salida	N entradas 1 salida	1 entrada N salidas	N entradas N salidas	
ARQUETIPO	EMBUDO	ARBOL	RIZOMA	RED
Digresiones y estrategias de despiste.	Varias historias se suman para configurar el todo.	Sigue un tipo de jerarquía (de sentido, temporal, etc...)	Todas las partes pesan lo mismo.	Existen varias manera de entrar en el texto, y muchos finales.
–Tristram Shandy –Novela policíaca	–Si una noche de invierno un viajero –Una (simple) historia de amor –¿ <i>Quién es Luis Durán?</i>	–Las mil y una noches –Decamerón –La historia interminable –Game-books – <i>Mentiras</i>	–Diccionario jázaro –Rayuela –La colmena –Manhattan transfer – <i>Heartbeat</i>	–El castillo de los destinos cruzados –Internet –Fanfiction

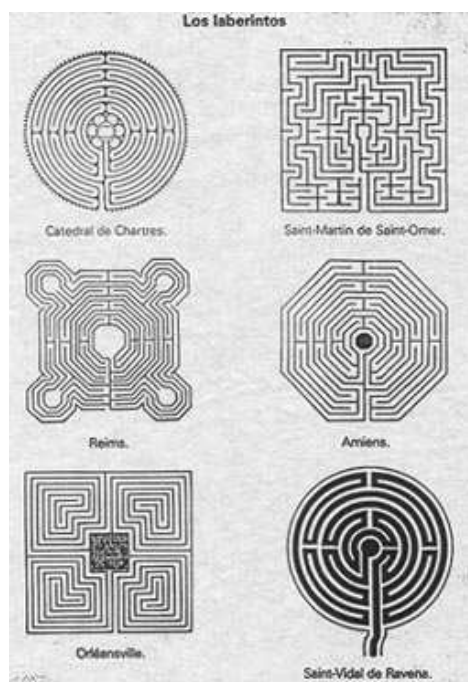
El laberinto de tipo «embudo» es uno en el que hay que entrar varias veces para conocerlo por completo, pero que sólo tiene una posible salida o final. Los libros con esta forma son aquellos en los que diferentes historias, más o menos independientes, comparten información, y un mismo punto final. Es el caso de las historias narradas desde diferentes puntos de vista, que se encuentran como en un crisol del que se extraen las conclusiones.

El siguiente caso, en el que el laberinto sólo tiene una entrada pero varias salidas, es el del «hipertexto» literario tal y como empieza a ser generado. Distinguimos dos clases dentro de él: el hipertexto jerárquico, y aquel que no lo es.

Por último, nos encontramos con el laberinto inabarcable: el que tiene múltiples entradas, y numerosas salidas. Existe un emblema de este tipo de laberinto dentro de la historia interminable del borgiano escritor Michael Ende:

*«Cada puerta –prosiguió el león–, cada puerta de Fantasía entera, hasta una puerta completamente corriente de establo o de cocina, incluso la puerta de un armario, puede ser, en un momento determinado, la entrada al Templo de las Mil Puertas. Si el momento pasa, la puerta vuelve a ser lo que era. Por eso nadie puede entrar una segunda vez por la misma puerta. Y ninguna de las mil puertas conduce otra vez al lugar de donde se vino. No hay vuelta atrás».*⁶

Internet es el ejemplo característico de este tipo de laberinto. Sin embargo, virtualmente, todo libro es susceptible de ser entendido como un laberinto de tipo red, pues por su propia configuración como objeto tenemos la libertad de abrirlo por cualquier parte y de abandonarlo cuando queramos. Así pues, todo libro puede tener tantos principios como páginas y tantos finales como párrafos...



A su vez, estas categorías son susceptibles de ser subdivididas en las siguientes, que clasifican al laberinto según su número de centros:

Acéntricos	Monocéntricos	Policéntricos
No existe un suceso vertebral.	Unidad de suceso. Un acontecimiento central domina centrípetamente la estructura.	Diversos sucesos se entrelazan.
–La celosía –Modelo para armar	–La metamorfosis –Ejercicios de estilo	–La vida, instrucciones de uso. –Las olas –El jarama

⁶ Michael Ende, *La historia interminable*, p. 218.

Entendiendo el suceso como centro, esta categorización encuentra tantos matices como la anterior: es una característica de la ficción literaria, precisamente el fingimiento. Así, encontramos libros como *La vida enmascarada del señor Musashi*, en la que lo que una y otra vez se presenta como centro de la narración resulta no serlo, *El Maestro y Margarita*, de Bulgakov, que comienza con una indagación histórica para luego curvarse inesperadamente sobre el escritor que la formuló, o la maravillosa *Ciudad* de Clifford D. Simak, auténtica pirueta estructural. Por otra parte, *El hombre sin atributos* es la constante, inacabable búsqueda de un centro.

Hay libros que se van desprendiendo de capas de «supuestas realidades» en el suceso según avanza la acción: es el caso de *El doctor Hofmann y las maravillosas máquinas del deseo*, de *Congreso de futurología*, de *Cero absoluto*. La narrativa de ficción científica o especulativa ha producido gran número de estos textos, en los que la vida parece sueño.

Por tanto: lo que convierte un camino en laberinto son diferentes factores, como el grado de plegamiento sobre sí mismo, el tipo y densidad de bifurcaciones, el número y variedad de puntos de vista y de sucesos vertebrales que en él se hallan. A la hora de analizar un texto complejo, pueden emplearse estos recursos relativos al laberinto a modo de esquema analítico (y analógico).

Existen más categorías de laberintos, más exploraciones de la multiplicidad y del texto genético, pero son otra historia, y deberán ser propuestas en otra ocasión.

© Sofía González Calvo

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. Taurus, Madrid, 1989.
 Calvino, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Siruela, Madrid, 2000.
 Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Paidós, Buenos aires, 1989.
 Lönegren, Sig. *El poder mágico de los laberintos*. Martínez Roca, Barcelona, 1993.
 Muntañola, Josep. *Retórica y arquitectura*. Hermann Blume, Madrid, 1990.
 Santarcangeli, Paolo. *El libro de los laberintos*. Siruela, Madrid, 1997.

LIBROS AL BORDE DEL LABERINTO

- Ballard, J.G. *Exhibición de atrocidades*. Minotauro, Madrid, 2002.
 Borges, Jorge Luis. "El jardín de los senderos que se bifurcan", en *Ficciones*, Madrid, Alianza,
 Bulgakov, Mijail. *El maestro y Margarita*. Debolsillo, Barcelona, 2003.
 Burroughs, William. *Expreso Nova*, Minotauro, Madrid, 1989
 Calvino, Italo. *El castillo de los destinos cruzados*. Siruela, Madrid, 2000.
 Calvino, Italo. *Si una noche de invierno un viajero...* Siruela, Madrid, 2000.
 Carter, Angela.
 Cortázar, Julio. *Rayuela*. Alca XX, Madrid, 1996.
 Modelo para armar.
 Durell, Lawrence. *El cuarteto de Alejandría*. Edhasa, Barcelona, 1998.
 Ende, Michael. *La historia interminable*. Círculo, Barcelona, 1988.
 Fernández, Javier. *Cero absoluto*. Berenice, Córdoba, 2005.
 García Galiano, Angel. *El mapa de las aguas*. Mondadori, Barcelona, 1998
 Kafka, Franz. *La metamorfosis*. Akal, Madrid, 2005.
 Lem, Stanislaw. *Congreso de futurología*. Alianza, Madrid, 2005.
 London, Jack. *Martin Eden*. Akal, Madrid, 2003.
 Musil, Robert. *El hombre sin atributos*. Seix Barral, Barcelona, 1983.
 Nabokov, Vladimir. *Pálido fuego*. Anagrama, Madrid, 1986.
 Pavić, Milorad. *Diccionario jázaro (femenino)*. Anagrama, Madrid, 1989.
 Pavić, Milorad. *Diccionario jázaro (masculino)*. Anagrama, Madrid, 1989.
 Perec, Georges. *La vida, instrucciones de uso*. Anagrama, Madrid, 2003.
 Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido*. Losada, Buenos Aires, 2004.
 Robbe-Grillet, Alain. *La celosía*. Seix Barral, Barcelona, 1965
 Sánchez Ferlosio, Rafael. *El jarama*. Espasa, Madrid, 2006.
 Sierra y Fabra, Jordi. *Una (simple) historia de amor*, Espasa, Madrid, 2001.
 Simak, Clifford D. *Ciudad*. Minotauro, Barcelona, 2022.

Sterne, Laurence. *Tristram Shandy*. Cátedra, Madrid, 1985.
Tanizaki, Junichiro. *La vida enmascarada del señor Musashi*. Edhasa, Barcelona, 1989.
Wolf, Virginia. *Las olas*. Cátedra, Madrid, 1994.

HIPERTEXTOS VIRTUALES EN CASTELLANO:

- *Bacterias argentinas*
<http://moebio.com/santiago/bacterias/>
- *Condiciones extremas (sistema de elección dinámica ofrecido por I.A.)*
<http://www.condicioneextremas.com/src/Initium.aspx?lng=HISPANIA>
- *Como el cielo en los ojos*
<http://www.badosa.com/bin/obra.pl?id=n052>
- *Gabriella Infinita*
http://www.javeriana.edu.co/gabriella_infinita/principal.htm
- *Heartbeat (obra interactiva de la artista Dora García)*
<http://aleph-arts.org/art/heartbeat/index.html#>
- *La muerte y la brújula (basado en el cuento de Borges)*
<http://www.galeon.com/rosebud/>
- *Mentiras (Original: LIES, a HyperFiction Short Story, Copyright 1994, Richard L. Pryll Jr. Versión oficial española: José Luis Orihuela; traducción de Laura Jiménez Gómez)*
<http://mccd.udc.es/orihuela/lies/>
- *monpetitlezard (literatura dinámica)*
<http://monpetitlezard.com>
- *Nada tiene sentido (ficción falsificadora de apariencias cotidianas del usuario informático)*
http://www.unav.es/digilab/proyectosenl/2002/nada_tiene_sentido/
- *¿Quién es Luis Durán? (Hipertexto policiaco)*
<http://www.unav.es/digilab/proyectosenl/0001/final/luisduran/>
- *Pentagonal*
<http://www.ucm.es/info/especulo/hipertul/pentagonal/index.htm>
- *Puntos de vista*
<http://www.unav.es/digilab/proyectosenl/2002/puntosdevista/>
- *Generador de laberintos*
<http://www.glassgiant.com/maze/>

RECURSOS TEÓRICOS EN LA RED

- *Conceptos y definiciones del hipertexto, por Adelaide Bianchini.*
<http://www.ldc.usb.ve/~abianc/hipertexto.html>
- *Franco Espinosa, Carolina, y García Rueda, José Jesús. Narrativa hipermediática: los nuevos contenidos para el ciber mundo.*
http://www.cibersociedad.net/congres2004/grups/fitxacom_publica2.php?grup=60&id=508&idioma=es
- *Hermeneia (Hipertexto y estudios literarios, nuevas formas de producción y recepción en la red, e-literatura)*
<http://www.uoc.edu/in3/hermeneia/cast/cibermapa.htm>
- *¿Qué fue del hipertexto?, por Susana Pajares Tosca*
<http://jamillan.com/celtos.htm>

La autora:

Sofía González Calvo. Estudiante de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid y poeta, ha participado en diversos festivales españoles de creación contemporánea (Actual, Poesía última, Cosmopoética), ha publicado su trabajo en revistas como Casatomada, Alhucema, etc., y *Las flores de Alcohol* en La bella Varsovia. Su página personal, "Desórdenes serenos":
<http://monpetitlezard.com/>

COMO CADA MAÑANA...

por Lorenzo Silva

Como cada mañana, la primera sensación que obtengo al despertar es el olor acre que sube desde mis axilas. Es el lado malo de llevar tanto tiempo sin lavarse, aunque también he descubierto, cosa que no imaginaba al principio, que la circunstancia, en todo caso ajena a mi elección, tiene algunos efectos beneficiosos. Desde que mi piel no recibe más que de vez en cuando el agasajo del agua y el jabón, los eczemas que antaño me atormentaban han mejorado mucho. Eso puede ser una razón para concluir que cada forma de vida tiene sus contraprestaciones, y que no necesariamente la privación, como uno tiende a creer, representa una calamidad que deteriore la existencia. Pero siempre que mi cerebro produce razonamientos de este tipo, acaba asaltándome la misma sospecha: estoy buscando consolarme. El hombre es una máquina de encontrar consuelo, no importa cuál sea la circunstancia.

Esta mañana hace frío. He aprendido a valorar la trascendencia de la temperatura exterior. Dispongo de mantas y ropa de abrigo, pero ahora me doy cuenta de qué pobre es esa defensa. Las mantas exigen inmovilidad, y la ropa de abrigo estorba para muchas acciones necesarias. Pienso en una de ellas. Si quiero tomar un desayuno caliente, tendré que ir a buscar leña. Puedo tirar de lo que me queda de madera dentro de la casa, como he hecho en alguna otra ocasión, por comodidad, pero ya he entregado a la hoguera los enseres más o menos superfluos y soy consciente de lo estúpido de ponerme a astillar la mesa en la que como, la silla en la que me siento o el aparador donde guardo los víveres. Así pues, me abrigo, pese a la pereza, y salgo a la intemperie.

«Esta mañana hace frío. He aprendido a valorar la trascendencia de la temperatura exterior. Dispongo de mantas y ropa de abrigo, pero ahora me doy cuenta de qué pobre es esa defensa.»

El bosque no está cerca. Tampoco está lejos. Pero ambos conceptos han pasado a tener dimensiones diferentes y en todo caso desfavorables. La cercanía supone tiempos y caminatas antaño desconocidas. La lejanía, pura y simplemente, imposibilidad. A veces pienso en los contornos de mi mundo, ahora. Los confines de la normalidad abarcan un radio de unos cinco o seis kilómetros, que es lo que puedo recorrer en una hora de ida y otra de vuelta. Los días extraordinarios puedo ampliar ese radio hasta los quince o

veinte kilómetros, siempre suponiendo que disponga de agua y comida en cantidades por encima de lo habitual. El extremo de mi intrepidez, asumiendo un cierto riesgo de pérdida de todo cuanto tengo, este lugar para vivir y los medios para prolongar mi existencia, no supera los cuarenta kilómetros. Pero sólo he asumido una vez una expedición de esa magnitud. Confieso mi miedo a lo que implica: un día de ida y otro de vuelta, un agotamiento que me haría más vulnerable y dormir una noche en paraje ajeno y por tanto peligroso. En cuanto a lo que hay más allá, fuera de ese círculo de cuarenta kilómetros, sencillamente no existe. Es como Marte o la galaxia de Andrómeda, algo que puede preocuparme en un nivel especulativo, pero que no forma parte de la realidad que me es dado vivir. A veces vienen de allí seres y contratiempos, pero su llegada no me transporta a esa realidad inasequible. Simplemente tuerce (o en contados casos ameniza) mi propia realidad, lo único que he aprendido a aceptar que me importe, porque la supervivencia impone tales restricciones. En estos años, la práctica de la abstracción es algo que he abandonado casi por completo. Ha dejado de ser rentable, y mis recursos vitales son exiguos. No puedo dilapidarlos en esfuerzos sin un fruto claro e inmediato.

El paseo hasta el bosque es uno de los esfuerzos admisibles. Me lleva veintidós minutos de ida y veintiuno de vuelta (el regreso es cuesta abajo). Ahora ya no puedo medirlo con tanta exactitud, pero me acostumbré a hacerlo, con este trayecto como con los demás que solía hacer, cuando aún duraba la pila de mi reloj. Supuse que me sería útil contar con esas referencias, para administrar mi tiempo y mis fuerzas en el futuro próximo. Y lo es, pero sólo hasta cierto punto. Debo suponer, por razones astronómicas difícilmente mudables, que los días siguen durando veinticuatro horas. Pero mi

percepción actual les confiere una extensión más difusa, y está además supeditada al ir y venir de las estaciones. Lo que ahora cuenta para mí es el lapso de longitud variable que abarcan las horas de sol. La noche me sirve para muy pocas cosas, como no sea para dormir (ocupación conveniente) y pensar o recordar (ocupaciones crecientemente inconvenientes). Antes me forzaba a leer, pero mi vista se ha ido deteriorando más de lo deseable para seguir descifrando renglones a la luz de las velas. Por otra parte la reserva de éstas con que aún cuento resulta escasa, y la verdad es que no me apetece mucho la lectura. Tampoco mi biblioteca es ya lo que era: más de una mañana y más de una noche (de nuevo la pereza de caminar hasta el bosque) el fuego lo alimentaron los libros que no consideraba indispensables y que acabaron siendo casi todos. Los tres que me quedan, *El proceso* de Kafka, los poemas de Cavafis y *Toda la belleza del mundo*, de Seifert, me los sé ya casi de memoria, y de hecho sólo me conforta releer el último. Las memorias fragmentarias de ese anciano que se resiste a perder la sonrisa han sido en muchas noches y muchos días oscuros un buen tablón al que agarrarse en el naufragio que, mirándolo mal, es ahora mi vida, sin que me quepa ni siquiera el paliativo de la singularidad, porque náufragos son todos aquellos con los que me encuentro, y con los que con frecuencia luchó. O quizá debería decir, *me encontraba y luchaba*. Hace ya muchas semanas que no viene nadie. La epidemia debió de ser demoledora.

Al pensar en esto, en la lucha y en la epidemia, mientras sostengo la brazada de leña en mis brazos y camino de vuelta hacia la casa donde él ya no está, no puedo evitar acordarme de Rashid. Hoy hace un mes que lo enterré en el jardín. La verdad es que no deja de ser una ironía que fuera yo quien lo sepultara, y no al revés. Siempre se burlaba de mi torpeza para las muchas tareas que bajo las nuevas reglas exigía y exige la supervivencia, y en las que él era ducho porque había sido educado desde pequeño en la carencia y la astucia y la abnegación para paliarla. Por el contrario a mí me habían formado en la disponibilidad y la ambición de disponibilidades mayores, favorecida por el hábito de consumir recursos ilimitados. Mientras le recuerdo, con su mirada penetrante, su sonrisa de zorro, su sentimentalismo desbordado y su apasionamiento que la soledad y la piedad me llevaron a dejarle desahogar, comprendo que sin él, sin su destreza en el combate, de inestimable valor a la hora de enfrentar y abatir a los saqueadores, y sin sus conocimientos sobre cómo movilizar a favor de uno a la naturaleza inerte e indiferente, no habría vivido hasta este día gris que se ilumina poco a poco sobre mi cabeza. Un día gris como tantos otros, pero tan milagroso y distinto de los que viví durante mis primeros cuarenta años de existencia.

«Al pensar en esto, en la lucha y en la epidemia, mientras sostengo la brazada de leña en mis brazos y camino de vuelta hacia la casa donde él ya no está, no puedo evitar acordarme de Rashid. Hoy hace un mes que lo enterré en el jardín.»

Fue el mejor trato de mi vida: cuando apareció al otro lado de la cerca, con mirada de animal asustado, y en lugar de dispararle, como fue mi impulso primero y tantas veces hice, antes y después, con otros hombres, le dejé acercarse. No lo hice por un arrebato de comprensión, sino por los dos bidones de gasolina que traía consigo, robados Dios sabe dónde. Con mutuo recelo arreglamos un intercambio de comida por combustible, que ejecutamos sin que yo dejara de vigilarle y apuntarle con mi arma. Aún no sé cómo advirtió y aprovechó mi mínimo descuido. Su instinto de animal acuciado desde chico, supongo. El caso es que de pronto me vi en el suelo y le vi a él apuntándome. Todo podría haberse acabado ahí, pero Rashid, entonces, empezó a explicarme el otro trato que me proponía, el que iba más allá de la comida y los bidones de líquido inflamable, y que yo tenía a la sazón pocos argumentos para rechazar. Lo acepté entonces, para salvar el pellejo a corto plazo, y lo honré en lo sucesivo para seguirlo salvando en un horizonte temporal más dilatado aunque necesariamente incierto. Cuando le dije que estaba de acuerdo, Rashid me devolvió el rifle, en gesto de buena voluntad. Por fortuna, no supe ser ruin y valirme de la ventaja que me restituía. Desde ese día estuvimos juntos para compartir esfuerzos, recursos, habilidades y esperanzas de salir adelante. Vino oportunamente, porque en las semanas siguientes se me fueron agotando las reservas de todo lo que había conseguido cargar en el coche, cuando decidí abandonar la ciudad y venirme a mi solitario y apartado refugio del campo.

Rashid me lo enseñó todo. A hacer fuego y mantenerlo, a buscar comida y a cultivarla, a reutilizar cualquier desperdicio, comenzando por mis propios excrementos. Yo tenía una idea vaga de que eso

podía hacerse, claro, como cualquiera, pero lo que de pronto necesitaba no eran ideas, sino técnicas concretas. Fue providencial que él viniera para enseñármelas, aunque me tocara soportar su ironía, y su ingenua interpretación de que aquello era la justicia de Alá, que nos condenaba a los infieles a vivir en la privación en que habíamos mantenido durante décadas a millones de personas en el resto del mundo, pero sin el aprendizaje de la vida que servía para sobrellevarla. Yo siempre le respondía que la teología y la política internacional de antaño no iban a ayudarnos mucho en aquel contexto, con independencia de lo que hubiera pasado entre los pueblos y las religiones en épocas pasadas, y él se reía y acababa admitiendo que yo tenía razón y que ya no había ni Alá ni infieles, porque con la muerte del hombre antiguo habían muerto todas sus categorías. Rashid se descolgaba a veces con frases como ésa para recordarme que aunque había nacido entre cabras había llegado a estudiar Filosofía en París con una beca del gobierno francés. Filosofía, becas, París, gobierno, francés. Conceptos que se habían vuelto tan irreales y fabulosos como los dragones y los genios de las lámparas. Pero también él tenía derecho a la nostalgia de su ayer. Como todos.

«Llego a casa, hago fuego y me preparo el brebaje de achicoria tostada que Rashid me enseñó a apreciar como sustitutivo del imposible café. Como muchas otras mañanas, me lo tomo mientras veo amanecer desde el asiento del conductor de mi Volvo.»

Rashid. Al final, después de combatir y salir adelante juntos tantas veces, lo abatieron las fiebres que a mí me respetaron misteriosamente. Pero me dio tiempo a aprender con él lo que significa la verdadera hermandad, la que nace de ser consciente de que la suerte de uno es la de los dos. Aquello que ni él, ni yo, ni tantos otros como él y como yo, habíamos acertado a sentir antes de que el mundo se volviera tan estrecho y difícil como lo es ahora para todos. Quiero decir, para los que sobrevivan. Cerca de dos meses ya sin que aparezca nadie. ¿Seré el último?

Llego a casa, hago fuego y me preparo el brebaje de achicoria tostada que Rashid me enseñó a apreciar como sustitutivo del imposible café. Como muchas otras mañanas, me lo tomo mientras veo amanecer desde el asiento del conductor de mi Volvo. Cómo me sigue gustando sentarme ahí, incluso ahora que las cuatro ruedas están pinchadas (por obra de merodeadores rencorosos a los que una vez repelimos), el depósito vacío y el motor irremediadamente muerto. También, aunque supongo que quien me viera lo encontraría estúpido y patético, me gusta coger mi ordenador portátil y apretarlo contra mi regazo. En su disco duro que ya nadie despertará, yace y permanece gran parte de lo que fui, el trabajo de tantos años. Esfuerzos, ilusiones, pesares, fantasías. En otra época yo fui escritor, y por eso cuento y me cuento, aunque ya no tenga donde apuntarlo ni nadie que me pueda o me quiera leer.

Acabo de darme cuenta. Hoy hace justamente un año. Un año que los enchufes dejaron de dar calambre. Hoy es 16 de noviembre de dos mil... Qué importa. A lo mejor soy el último hombre y mi vida ya no puede durar mucho. Daría todo lo que me queda por disfrutar, antes de que mi muerte termine de cumplirse, de una última ducha caliente.

© Lorenzo Silva

El autor:

Lorenzo Silva (Madrid, España, 1966). Ha sido finalista del Premio Nadal 1997 con la novela *La flaqueza del bolchevique*; Premio Ojo Crítico en 1998 con *El lejano país de los estanques*; Premio Nadal en 2000 con *El alquimista impaciente*; finalista del Premio Ciudad de Cartagena de Novela Histórica en 2002 con *El nombre de los nuestros*; Premio Destino Infantil-Apel.les Mestres 2002-2003 con el álbum *Laura y el corazón de las cosas* (ilustrado por Jordi Sábá); y Premio Primavera de Novela en 2004 con *Carta Blanca*. Entre otras muchas obras, y además de los premios referidos, ha publicado las novelas *El urinario* (Pre-Textos, Valencia, 1999); *La lluvia de París* (Anaya, Espacio Abierto, Madrid, 2000); *La isla del fin de la suerte* (Círculo de Lectores, Barcelona, 2001, y Booket, Barcelona, 2002); *La niebla y la doncella* (Ed. Destino, Barcelona, 2002 y Booket, Barcelona, 2003 y 2004); *Los amores lunáticos* (Anaya, Espacio Abierto, Madrid, 2002); *La reina sin espejo* (Ed. Destino, Barcelona, 2005). Asimismo, colabora habitualmente en prensa y revistas con reportajes, artículos literarios, de viajes y de opinión. <http://www.lorenzo-silva.com>

EL TIEMPO OBSCENO

por Rolando Gabrielli

Sobre mis hombros succionaban rosadas sonrientes primaverales jugosas, con la irreverencia del insomnio, las muy ventosas acariciaban mis pómulos junto a unos dóciles muslos providenciales, feroces, sin fatiga, sin más razón que el olvido. Sobresalían las narices sobre la humedad y la lluvia, y la escena quedaba aislada como una pequeña arca sin rumbo, en la miniatura del temporal, sofocado por el deseo. Era una corrupción compartida. Alegre, todo hermosamente irresponsable. La prosa muda recorría el cuarto firmado en terracota, como si un ángel rojo lo habitara. Volví a vivir la escena del paraguíta bajo una tormenta fenomenal. Me vi en Roma entre ruinas, un amor de película, hojas de un otoño real, un vodka en la mano para repetir los silencios de humo, dos manos retenidas sobre la cubierta de la pequeña mesa de noche, en el paisaje primario de un nuevo comienzo. Lo real en la oscuridad, es dos veces real, y los viejos árboles de la sabiduría tiemblan por nosotros, hacen posible adivinar algo más que el parpadeo, yo veía el muro, la imagen ensangrentada de un prisionero barrido frente a un pelotón lleno de pólvora. No nacía más el ave de su pecho rojo. A nadie le importaba esa muerte. El océano Pacífico parecía inagotable en su desdén, con su boca ancha, deja correr todas las

«Me vi en Roma entre ruinas, un amor de película, hojas de un otoño real, un vodka en la mano para repetir los silencios de humo, dos manos retenidas sobre la cubierta de la pequeña mesa de noche, en el paisaje primario de un nuevo comienzo.»

aguas que se vienen lentas y no tan pacíficas, a veces. El tiempo se torna parapléjico, inútil, sin fuerzas, descansa cabizbajo, ensimismado, es asfixia y no lo sabe. La marea estaba baja esa noche, exagerada por la luz de la luna. El mismo paisaje de los vigías españoles. Nosotros, viejos actores secundarios, entre las ruinas y una playa abandonada. Recorrí de memoria lo que quedaba de

la noche y del cuerpo. No había tiempo en este paisaje. Ya no estaba allí. Sólo tomaba algunas notas sin papel. No había ninguna razón para contaminar palabras con palabras. El agujero se hace más grande repitiendo las palabras. El lugar común, el más común de los sentidos, solía decir un español, visitado por las fantasías, cuyos fantasmas de la imaginación le anclaban pesadillas recurrentes. Aventura y embuste, una estantería completa. Le esperaba un león domesticado a los pies de cama y un caballo hacía su recorrido de memoria en Castilla, cuando visitaba el viejo mapa español. El engaño no hace daño, cuando se relata en abstracto. Aprendí a verlo en sus ojos, ávidos de sueños remotos. El león vivía un retiro y no se sentía rey, sino súbdito de una jubilación anticipada. Mantenía un sable oxidado, tal usado en Las cruzadas, a la entrada de su dormitorio, como esa espada de doble filo que todos alguna vez alzamos. Una empuñadura de bronce opaco presidía la mudez de un oficio ya inútil. Una de sus batallas inventadas en la chatarra mohosa que algún vendedor le apropió como parte de su historia. Algún secreto que no pudo revelarme contenía esa empuñadura de bronce. Fue el día del simulacro de las pizzas. Alzó el teléfono y las solicitó junto con unas cervezas frías para una noche de trópico. Nunca llegaron, aunque la norma es media hora, después que el muchacho se sube a la moto y cruza la ciudad. Sospecho que hablaba consigo mismo en una de sus fabulaciones, mientras alzaba una ceja y sonreía. Todo era un gran invento de la noche. Pegajoso el cristal de la ventana y nosotros con la espada muerta, sin enemigo, en tiempos de dudas. Imaginé o vi la pizza flotando sobre el ventanal y el motorista pasaba de largo como si la cola de un cometa lo lanzara al mar. ¿Nos contagiaba el fabulador o la espada tenía algún encantamiento? La ciudad patinaba en un aceite gastado, refrito de

«La ciudad patinaba en un aceite gastado, refrito de Mc Donalds. Olía a tabaco el cuarto. La noche se veía no tan simple, se presentaba como un zapato chino.»

Mc Donalds. Olía a tabaco el cuarto. La noche se veía no tan simple, se presentaba como un zapato chino. El sable ondulado como un pie de sultán, no representaba aparentemente peligro. Lo suyo estaba en la historia que no se atrevía a relatar. Algún muerto cristiano de linaje o simplemente el viento de Oriente en el filo de su memoria. La noche de Bizancio, en sus rojas amapolas, cúpulas doradas, entraba por ausencia sobre nuestros cuerpos del siglo XXI, aceitunados en la media noche libertina. El español dejó caer su filosa humanidad sobre un pedazo de Castilla y renunció a las pizzas, a cualquier melodía que no fueran sus relatos fantásticos. Después de todo, hace más de 500 años aquí

*«Yo estaba en Córdoba,
triunfante, el paso de los cascos
sobre la yerba, mi empuñadura
sintetizaba todas las largas
jornadas, el viento de la derrota
ululante era un mero eco, pero le
pertenecía al enemigo.»*

habían decapitado al descubridor del Mar del Sur. De alguna manera sentí cómo alguien ponía sus nudillos sobre la puerta. Eran dedos demasiado condescendientes con la madera. El español miraba el cielorraso como si esperara una estrella del cielo. Estiré la mano para sentir la empuñadura del sable por última vez. Sabía de mis antepasados andaluces, moros por añadidura. Sentí el lomo de la cabalgadura. Entré a Córdoba. Un cielo gris,

acerado, perdía a la ciudad de antemano. No tuve compasión, el sueño debía cumplirse. Una espada por más olvidada, reclama una victoria. Ya nadie sería dueño ni de su miedo. La bestia me reclamaba impacientemente finalizar antes que llegara la noche. La luna sería grande esa noche, para iluminar la derrota entera. Salió al paso sólo un viento lacrimoso. Al parecer nadie se levantaría ese día. Polvo, el mar de la memoria se divisaba como un plato de lentejas. El español bajó los ojos del cielorraso y los puso frente a la puerta. Estaba detrás de los nudillos mágicos. Sólo él los conocía. Un tembloroso efecto en sus labios, el cuerpo más ágil que de costumbre, envuelto en un suave humo el rostro, sólo miró con cara de deseo. El gesto lo decía todo. Pero no estaba sólo, así que suspendió la voz. Fue la primera vez que sentí entrar la noche por la ventana. La calle había olvidado los ruidos del mediodía y del atardecer. Varias veces sentimos pasar la improvisada moto del muchacho de la pizza. estrellarse al final de la ruta. Y ver su cuerpo retratado entre

*«Dejaría que la bahía flotara
con tu ausencia y la mía,
porque el pasado debe
compartirse como si fuera un
presente sin futuro.»*

los hierros retorcidos en una primera plana de horror, se pierde moto y su acompañante. La fuerza del mercado es superior a todo sentimiento. Sentí tibia la noche, a pesar del aire acondicionado. Yo estaba en Córdoba, triunfante, el paso de los cascos sobre la yerba, mi empuñadura sintetizaba todas las largas jornadas, el viento de la derrota ululante era un mero eco, pero le pertenecía al enemigo. El español tiene los ojos chispeantes, habían transcurrido tantos siglos, y su película era este nuevo instante, la espada arrinconada por la noche ya pertenecía al pasado en su memoria. Lo más real era la ausencia de la pizza, la ciudad semivacía, le pasaría una pasta de tomate, rosearía con queso parmesano y me la comería con unos hongos, aceitunas, frente al mar. Dejaría que la bahía flotara con tu ausencia y la mía, porque el pasado debe compartirse como si fuera un presente sin futuro. La pasta mezclaba los sueños, un tiempo reducido a un ánfora que cruzaba el Dardanelos, la mixtura de un estrecho maravilloso, comunicante, tú, en otro espacio, me recibías ya sin la necesidad de una conquista. ¿Eran tus nudos sobre la puerta? Eso tal vez nunca lo sabré.

© 2006 Rolando Gabrielli

El autor:

Rolando Gabrielli. Escritor y Periodista chileno inédito, residenciado en Panamá, con dos novelas en proceso, varios libros de poesía escritos, uno de cuento, ensayos, crónicas y premiado en Chile, México y Panamá. Algunos de sus textos se conocen en Internet en Estados Unidos, España, Argentina, Chile, Venezuela, México, Suecia, Colombia y Canadá, entre otros países.

QUIROMANCIA

por Iván Humanes

«El destino baraja, y nosotros jugamos»
Arthur Schopenhauer

Algunos disparos se escucharon lejanos, más allá de la alameda, y las esposas de varios coroneles del III Reich se asustaron y dieron un saltito en sus asientos. En ese abrir y cerrar de ojos sobresaltado, Malpartida echó un vistazo a las líneas de su mano, sonrió seguro, cambió la carta por la que tenía escondida en la muñeca izquierda y acabó su número. Los aplausos en el teatro silenciaron a los fusiles. Pero la tranquilidad no duró mucho tiempo.

—¡Es imposible que ya estén aquí! —gritaron por las últimas filas.

El jefe de sala señalaba su reloj, el final de la actuación, pero el mago continuó, extendió los brazos y se subió las mangas. Siguió jugando al engaño y se concentró en ases, tréboles, comodines. Bajó las escaleras del escenario, iluminado con azules y con tan sólo una silla, una mesa y un gramófono. Las mujeres lucían collares, los hombres adornaban sus solapas con esvásticas y cruces negras. Y Malpartida miró la palma de su mano, las líneas cambiaban sin avisar; de un día a otro se había alargado la del destino, atravesaba la palma verticalmente de arriba abajo y había rayado una división enérgica.

—¿Quién es este loco? —escuchó preguntar.

Los disparos vinieron rebotando por el camino de la alameda y sonaron tan cercanos que los asistentes se levantaron de sus asientos y comenzaron a inquietarse en exceso. El mago tuvo que llamarles la atención, gritar al orden. Regresó al escenario y les convenció con un alemán descarado que los disparos no eran nada diferentes a los que siempre habían escuchado, porque el país en el que estaban era guerrero, amante de la lucha, y siguió con que la entrada al teatro estaba rodeada por agentes y tanques, todo el camino desde la carretera hasta allí, y que si las sirenas no habían sonado era porque no había peligro alguno.

El gramófono comenzó a funcionar. Picas y corazones luchaban en las manos de Malpartida para hacer de ese discurso delirante un juego. O quizás al revés, porque a veces Malpartida tenía la oscura sensación de adentrarse en una zona de pleno delirio, donde las cartas abandonaban sus caras juguetonas confirmando una historia imposible, un juego de abismales proporciones.

«Los disparos vinieron rebotando por el camino de la alameda y sonaron tan cercanos que los asistentes se levantaron de sus asientos y comenzaron a inquietarse en exceso.»

Con la cantante de ópera tirando del espíritu alemán hacia arriba, se quedaron amarrados al espectáculo y olvidaron los disparos. Por la mente del mago pasó la estrechez de las calles de su ciudad, repleta de enanas esperando en los portales y clubes abiertos para acoger entre luces rojas espectáculos asombrosos, hasta que chillaban las salvas de los antiaéreos y la guerra despertaba con su miedo, sus muertos y sus portales incendiados. Los dedos corrían entre las cartas, cogió tres, tiró el resto. Las señoras afinaron la vista, atentas.

—Jesús también fue un ilusionista, como yo lo soy, como cualquiera de ustedes puede serlo —explicaba Malpartida, y añadió lo de la multiplicación de los panes y los peces como ejemplo para que el público se diera gusto buscando alternativas simbólicas entre panes, peces y otras baratijas de la realidad.

Enseñó las cartas que tenía y volvió a contarlas: una, dos, tres. Sopló en ellas y, quién sabe cómo, comenzó a sacar y sacar cada vez más, las multiplicó, triplicó, y las lanzó al auditorio ganándose a los coroneles y sus esposas.

—¡Silencio!

Paró la música, no había nada más que el movimiento de las piezas de oro y los galones de los asistentes. Se contuvieron los gritos y las muecas. El auditorio miraba al techo. Tan sólo el dorado y grana de la decoración de la marquesina. La espera duró unos instantes. Después llegó el tam-tam, como un tableteo de disparos, tambores de guerra acercándose por la alameda. Tras ello el revuelo y el refregar de trajes nervioso, algunos señores levantados de sus asientos, con los anteojos caídos y llevando la mano instintivamente a sus pistolas. Cada vez era más cercano el sonido, el tam-tam entrando por cualquier agujero de la puerta de la entrada, colándose en el teatro y rebotando entre columnas, el tam-tam insistiendo.

«El jefe de la sala revoloteaba por el anfiteatro, no sabía qué hacer. Miraba su reloj impaciente, a los ojos vidriosos del público, paseaba adelante y atrás, una y otra vez, hasta que su ayudante fue y le susurró algo en el oído; entonces miró a Malpartida y le hizo un gesto claro: el espectáculo debía acabar.»

El jefe de la sala revoloteaba por el anfiteatro, no sabía qué hacer. Miraba su reloj impaciente, a los ojos vidriosos del público, paseaba adelante y atrás, una y otra vez, hasta que su ayudante fue y le susurró algo en el oído; entonces miró a Malpartida y le hizo un gesto claro: el espectáculo debía acabar. El mago alzó los brazos. Les animó a levantarse de los asientos y elevar los brazos al cielo. Los más reticentes tardaron, pero al final la corriente de brazos en alto comenzó en las primeras filas. Fue un capitán el que inició el

movimiento, extendiéndose a los demás por temor a no hacer lo mismo que un oficial... Los altos mandos, sus esposas, y más atrás soldados privilegiados y operarios formaron una montaña de brazos.

—El alemán siempre fue un gran pueblo, poderoso. No hay que temer nada —les convenció Malpartida.

En un número fantástico, dijo que allá arriba había un diablo que sabía hacer bien las cosas y que miraran sus manos porque él —y mientras lo proclamaba ejecutaba la trampa— había recibido el regalo de dos cartas, y bajó las manos y las enseñó. Los demás hicieron lo mismo pero no encontraron nada en sus manos, y el malestar gruñó en las bocas de los asistentes. El mago hizo un gesto al ayudante del jefe de sala y éste tiró de una palanca. Cayeron miles de cartas desde el techo, junto a las cartas lo hicieron esvásticas de papel que revolotearon por las cabezas de una forma peculiar, en espiral, bautizando al público. Entonces las risas y los aplausos.

—Ahora miren la palma sus manos, ¡ya! —insistió el mago.

Los que lo hicieron vieron unos surcos ininteligibles. Los demás se sentaron en los asientos cansados de tanta pantomima, aguardando. Malpartida revivió el sonido de los aviones repasando su ciudad, un sonido punzante que se instalaba en el oído y penetraba poco a poco con una insistencia permanente, horadando y horadando, hasta que se montaba sobre los recuerdos. Después, el retumbo de los motores, las bombas y el correr precipitado, las cartas cayéndose en un charco y el mismo agujero de siempre para ocultarse hasta que pasara el tiempo necesario, la espera. Los asistentes miraron al techo.

«—Un último truco —anunció a voz pelada. La cantante de ópera mientras tanto rompía las cuerdas vocales en un afinado inaudito.»

—¡Bombarderos! —gritaron.

El mago escuchó los motores en el cielo, y no pudo evitar agacharse en un instinto bien aprendido desde hacía tiempo. Un instante tan sólo, después se levantó de un salto y puso de nuevo el gramófono a sonar. La diva alemana más alta que nunca subía sus graves, chillaba, se mezclaban con los gritos del mago.

El público ya había abandonado su localidad y vagaba por el anfiteatro alarmado, insultando y vigilando que las pistolas estuviesen cargadas por si acaso, miraban fijamente la puerta de entrada. Los más atrevidos: soldados, coroneles, capitanes y tenientes, formaron una línea que se situó delante de la puerta; los demás esperaban a los pies del escenario agarrados con pasión a sus mujeres y chocando de

vez en cuando, para afirmar su valía, sus talones con fuerza en el suelo. Mientras tanto, Malpartida, había buscado algún despistado con pistola y lo había encontrado.

Le abordó y comenzó a estirar el arma del cinto de ese teniente, simulando una broma, hasta conseguirla. Con ella en la mano derecha, hizo que todos callaran y mirasen al escenario, rompiendo el orden que desde un principio algunos ingenuos intentaron crear. Les gritó que escuchasen bien, que no sabían lo que decían ni había nada para alarmarse más arriba del techo porque «los otros» nunca llegarían allí. Pistola arriba, pistola abajo, seguía sosteniendo que no eran bombarderos, motores de aviones quizás, pero no bombarderos, aviones sin más. Porque ellos no lo podían saber, solamente presumían, y por esa regla de tres podían ser miles de nubes rugiendo, o miles de demonios, pero nada de bombarderos, porque no había nada de bombas, eso estaba claro. De forma brusca, llegó la calma. El mago se arrodilló y llevó la pistola a su cabeza.

—Un último truco —anunció a voz pelada. La cantante de ópera mientras tanto rompía las cuerdas vocales en un afinado inaudito.

El tam-tam regresó más fuerte que nunca, acercándose por el camino de la alameda un sonido ronco, continuo. Pero nadie se arriesgó a moverse, seguían controlando los movimientos del mago, el último número. Les hizo levantar de nuevo los brazos, la diva chillando, el tam-tam, el toc-toc de las ametralladoras comenzando a retumbar allá afuera y quitándole poco a poco yeso a la pared, al techo, cayendo la pintura con cada golpe, tam-tam y disparos, los grillos cantando en la noche y raspando sus patas en sus alas, el rugir de los mil demonios acercándose violentamente, caminando impasible por el camino que llevaba al teatro, eliminando con una llama violenta a todos los agentes que guardan el camino, cada vez más cerca.

«El tam-tam regresó más fuerte que nunca, acercándose por el camino de la alameda un sonido ronco, continuo. Pero nadie se arriesgó a moverse, seguían controlando los movimientos del mago, el último número.»

Agarró con fuerza la pistola y apuntó al gramófono. Antes de que decidieran los coroneles y oficiales que lo importante no estaba allí sino fuera, apretó el gatillo. Una vez, otra y otra. Una vez, otra y otra. Entre disparo y disparo esperó unos segundos que parecieron vidas infinitas para un público embobado. Hizo callar la ópera. Y cuando creaba la tensión precisa, el tiempo necesario de espera, volvía a apretar. Así hasta repasar todo el cargador.

—Ahora miren la palma de sus manos —les dijo riendo al acabar.

En aquel momento, la puerta de la entrada derribada. Militares americanos entrando en el teatro. La sorpresa paralizando al III Reich allí reunido. Más metralletas de más soldados americanos entrando por la puerta, refulgiendo, encañonando el aire viciado del teatro. El mago saludando a los americanos. Los americanos golpeando a los alemanes y llevándolos con los brazos en la espalda. Los americanos estrechando la mano de Malpartida, celebrándolo, dándole de fumar, repartiendo cigarros: uno para ti, otro para mí, mientras Malpartida aceptaba, algo cansado y burlón.

Algún alemán atrevido, ya en retirada, se miró la palma de la mano. Y vio como la línea de la vida se acortaba en un juego siniestro.

© Iván Humanes

El autor:

Iván Humanes Bespín (Barcelona, España, 1976). Licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona. Ganador del XVI Premio de narraciones cortas "Ciudad de Jerez" y del XIII Premio "El Fungible", ha publicado en diversas obras colectivas. Ha participado en la antología *Nueva poesía Hispanoamericana*, y es colaborador de la revista *Escribir y Publicar* y de la página electrónica *Literaturas.com*. En 2005 publicó el libro de relatos *La memoria del laberinto* (Biblioteca CyH) y en breve saldrá publicado el ensayo "Malditos. La biblioteca olvidada", del que es coautor.

MEDIA DISTANCIA

por Luis Tamargo

La noche tiene nombre de calle en cualquier lugar del mundo, y, en aquella ciudad, una tenue sombra alargada hacía las veces de guía, entre un laberinto de misterios presentidos. De sus años de navegación, había aprendido a mantener tenso el resorte que envuelve los recuerdos y, ahora, se sentía capaz de pulsar el hilo invisible que los aviva. Fue, tal vez, por eso, tal vez, por el rastro inconfundible que el salitre proveniente del puerto dejó a su paso por lo que penetró en la atmósfera calma de la calle, un río de luces que ascendía, con sus orillas salpicadas de locales nocturnos, ávidos de otra dosis más de bullicio. La música de los bares salía al encuentro, para invitar al instante, sin apenas transeúntes; se podía distinguir del espectáculo solo por la cadencia o lo estridente del ruido. Aventuró sus pasos tras la cortina de humo, que daba la bienvenida entre sonos del trópico, orquestados y rítmicos, y ocupó el lugar donde la barra se curvaba, esquivando una columna para observar mejor la pista de baile. Un tumulto de cuerpos seguía el compás –danzar era imposible– con movimientos sinuosos y, en las mesas bajas, las parejas solazaban sus conversaciones de besos y abrazos fundidos. Por segundos, se caldeaba el ambiente y, a los pocos minutos, no podía evitarse formar parte de aquella vorágine, frugal y embaucadora, de atractivas promesas, a cual más tentadora. Bellas mujeres paseaban su estilizada figura en busca del galán perdido; otras esperaban y, mientras, soñaban con lo que hablar, incluso con bailar. Ellos, en grupo, apostando atrevimientos sin conseguir desafiar su naturalidad, porque era su fiesta de alcohol, otra de tantas: voces, griterío, salto, contorsión... En la esquina, una guapa muchacha lloraba el asedio, corrida la pintura de sus ojos, hasta que una amiga llegó al rescate y ambas huyeron hacia el aseo, con el gesto acostumbrado de la diversión maltratada.

No tardaron en acercarse, no pudo observar si salieron del mismo nudo del tumulto o si, a modo de espejismo calculado, coordinaron su cómplice estrategia, pero enseguida supo que venían hacia él... Tampoco le pasó desapercibido el aroma de sus hermosos cuerpos, mientras coqueteaban con el acicalado joven que tenía al lado, junto al mostrador, algo amanerado, quizás o, al menos, eso le pareció a él. Ante la dificultad para escucharse, los tres optaron por alejarse de los altavoces, hacia el fondo, al amparo de la penumbra. Luego, cuando parecía que la melodía iba a reemplazar el halo embriagador impuesto por el ritmo, le distrajo el forcejeo dentro de la pista. Un par de mozos de seguridad se abrieron paso hasta el lugar de la pelea: gritos, chillidos, alguno histérico, y puños en alto que ensanchaban más aún el escenario del incidente, casi anunciando el final obligado de la velada.

En la calle, le pareció vislumbrar el rostro de alguien conocido, pero, al fijarse con más detenimiento, comprobó el desliz de su intuición. En otros viajes, aquel sexto sentido le había servido de gran utilidad para conocer nuevas gentes y vivir originales experiencias, inusuales y arriesgadas, incluso, pero, ahora, era un veterano que no buscaba nada, casi se conformaba tan sólo con vagar y respirar, junto al deleite mismo de la aventura. Todo en aquella empinada cuesta le resultaba demasiado familiar, y encaró las escalerillas que, por una transversal, abandonaban la iluminación de la calle. Cada peldaño, cada rincón, cada paso que daba era el mismo camino de siempre; cada fachada, cada balcón, parecían hablarle, contarle secretas confidencias de otro tiempo... Él también reconoció el portal, la madera arañada del pasamanos en el rellano de la escalera, los marmóreos escalones con bordes desgastados de tantas idas y venidas, las macetas descoloridas del descansillo y el olor a vegetal, denso. Giró despacio la manecilla al abrir, y entró en silencio, intentando evitar el tablón flojo del pasillo que rechinaba. Pasó de puntillas delante de la habitación de los niños, como si todavía durmiesen ahí, como si no tuvieran su propia casa. Antes de entrar al dormitorio, se acercó al despacho y posó la chaqueta doblada sobre la silla y, durante breves instantes, contempló la foto de su jubilación y la placa que le regalaron en la despedida... Luego, entró al cuarto donde dormía su esposa, se desvistió y, sentado en la cama, se descalzó para acostarse con cuidado, para no despertarla, aunque ella ya le había oído llegar. Ella sabía que después de tanto trabajar le gustaba darse un garbeo y, sobre todo ahora, después de toda una vida de viajes, se conformaba con sentirse cerca del lugar que amaba. Ella sabía que le gustaba acercarse a visitar la calle donde nació. Era su viaje de media distancia, el único que le quedaba.

© Luis Tamargo

El autor:

Luis Tamargo (Santander, España). Cursó estudios de Filología Hispánica. Ha publicado *Escritos Para Vivir* (1998), su primer libro de poemas; *Era Un Bosque* (2004), de relatos breves; y *A Media Distancia*, también de narrativa breve y que recientemente se acaba de publicar. Su página personal: <http://leetamargo.blogia.com/>

EL GESTO DE ALGUIEN QUE ESTÁ EN OTRA PARTE

por Cristina Rivera Garza

* * *

In situ

Es en el sexo.

Es dentro de los espasmos de la respiración entrecortada, sedienta, inmisericorde.

Es en el alrededor de la forma. En el ocaso de la luz.

Hay un cuerpo dentro de otro.

Hay un cuerpo alrededor de otro.

Es el momento en que dos callan y nadie dice la verdad.

Afuera: el mundo.

Adentro: un vendaval.

(el *vendaval* es eso que otros menos afectados por la idiosincrasia hipnótica del lenguaje estarían tentados a llamar «un desastre natural»)

Todo esto ocurre en el sexo.

Dentro.

* * *

la sonrisa oblicua

Me lo recordaba el dolor en el culo. El ardor. La dificultad para sentarme. En esos dos días *posteriores* cada vez que pensaba en la frase «sexo salvaje» me descubría una sonrisa idiota en el reflejo de las ventanillas. Mi cara de ciudad. Fue al inicio del tercer día que finalmente escribí la oración completa: el hombre se aproxima.

* * *

un golpe que había resistido el paso del tiempo

El tercer día me despertó un golpe que recibí en sueños justo sobre mi costado derecho. Supuse que se trataba del mismo golpe que le había fracturado dos costillas a una mujer 16 años antes. En otro sitio. Se trataba, deduje, de un golpe que había resistido el paso del tiempo, el cansancio del viaje, la geografía.

* * *

uno de los cinco sentidos

El dolor en el culo no era insoportable, pero lo tenía que notar. Un solo día, es cierto, pero el ardor me recordaba sus manos delgadísimas. Sus dedos alargados. Me la traía a la mente la frase *el hombre penetrado*. El titubeo. La oscilación.

* * *

suyo de él; suyo de ella

Se trataba de un tipo desagradable. Un hombre capaz de besar con infinita ternura y en la frente. Después.

Se trataba de una tipa sola. Una mujer con la costumbre de cerrar la puerta del baño con llave para evitar la conversación. El tacto. La intimidad. Después.

* * *

historia

Lo que le quebró dos costillas a la mujer del hace-mucho-tiempo fue una patada.

* * *

el poder del yo

El hombre se aproxima en esta oración. El hombre la penetra. El hombre huele la sangre, el semen, la saliva. El hombre pronuncia la palabra placer. Y luego, de inmediato, la palabra yo. El hombre sonríe.

* * *

doble penetración

Le dijo eso precisamente. Le dijo que había presenciado su placer; que lo había provocado. Le dijo que, a pesar de la oscuridad, lo había visto. Eso. Sus ojos cerrados. Su boca entreabierta. El rictus. El gesto de alguien que está en otra parte. La palabra *ida*. Le dijo que lo había visto todo con ayuda de la resolana del alumbrado público que penetraba la ventana.

* * *

dos ensayos sobre el placer

Cuando la mujer cierra los ojos sabe que el hombre nunca ha experimentado el placer como una derrota privada.

Una caída.

Una capitulación.

Una catástrofe.

Cuando el hombre eleva los ojos, lentamente, encontrando en el aire la presencia de algo divino, sabe que la mujer no conoce *el cariño*.

Una cierta forma de vivir en paz.

La mansedumbre.

La suavidad.

* * *

imbricación

Al golpe en las costillas le siguió otro en la cara que le reventó el labio superior. El olor a sangre. La respiración entrecortada.

* * *

arte abstracto

–Te gustó –aseguró–. Yo vi que te gustó –repitió un par de veces más. Luego depositó un beso dulcísimo en la frente y se dispuso a preparar café.

La mujer yacía sobre sábanas teñidas de manchas rojizas. Expresionismo. Arte abstracto.

* * *

el segundo y tercero de los cinco sentidos

El olor a sangre. La palabra agri dulce. El color rojo profundo. Rojo triste. Rojo roto. La sensación que me despertó el tercer día fue de algo roto. El residuo del placer. La cosa que perdura. La cosa perdurable.

* * *

la cita

–Me gustaría verte otra vez –le susurró al oído.

–Me gustaría matarte otra vez –escuchó ella. Y le dio un largo trago a la taza del café.

Sonriendo.

* * *

recordatorio

Todo esto ocurre en el sexo.

Todo esto es una imbricación.

Todo esto es in situ.

Desde un punto de vista ajeno nada de todo esto sucede.

Ese gesto. Alguien ido.

* * *

lo que ocurre en sueños

Cuando el golpe se aproxima –cuando la historia corre aprisa y alcanza su propio presente– la mujer cierra los ojos. El sonido. El aroma del miedo. La adrenalina. Y el sueño ése en que se sueña como una mujer entre colores. El ruido de un diente roto.

* * *

el deseo se aproxima.

© Cristina Rivera Garza

La autora:

Cristina Rivera Garza (México, 1964). Doctora en Historia Latinoamericana, Profesora de Historia Mexicana en San Diego State University. Autora de los libros de relatos *La guerra no importa* y *Ningún reloj cuenta esto*, del libro de poemas *La más mía*, y de las novelas *Desconocer*, *Nadie me verá llorar*, *Cruzar el Atlántico con los ojos vendados*, *La cresta de Ilíón* y *Lo anterior*. Su obra se ha hecho acreedora de varias distinciones: "Premio nacional de cuento", "Premio Nacional de Novela a *Nadie me verá llorar*", "Premio Sor Juana Inés de la Cruz", entre muchos otros. Su página personal es "No hay tal lugar": <http://www.cristinariveragarza.blogspot.com/>

TENÍAMOS LOS OJOS TAN BELLOS (Trífero)

por Sergio Llorens

A lo lejos, probablemente, vi una luz. Mi pelo estaba lleno de agua, me dolían las rodillas y tenía las manos moradas. Al llegar a la casa, me di cuenta de que había varios zapatos cerca de la puerta, amontonados, junto a un cartel que decía: *Los sueños no se ensucian*. Me quité mis zapatillas y las dejé junto al resto.

Nada más entrar me vino a saludar una niña. Muy bajita para su edad, descalza, y con mariposas en el pelo. Tenía las palmas en alto y una fina sonrisa.

—Hola, soy Julia. ¿Sabes a qué huelen mis manos?

No supe qué decir.

—A lluvia —me dijo.

Le acaricié la cabeza, me fijé en las mariposas, eran amarillas y tenían las alas llenas de palabras. Me senté a la barra. Junto a mí había un tipo encorvado, agarraba entre sus dedos un vaso vacío. En los nudillos de su mano izquierda tenía tatuado un nombre, Elvis. Su mirada estaba fija en el vaso. Se lo acercaba una y otra vez a los labios, bebía aire. Después lo dejaba en el mármol y decía:

—Ya nunca podré ser Elvis.

Se giró y me miró. Su mirada era ausente, como si no estuviera allí, o como si no tuviera mirada. En sus ojos no había nada, sólo eso, ojos. Aquel hombre sin mirada tenía razón, ya nunca podría ser Elvis, al menos con aquellos ojos. El tatuaje se le agrandaba y empequeñecía al cerrar y abrir las manos. Me quedé en silencio, esperando al camarero. Me miré el dorso de mi mano izquierda, los nudillos, la piel sonrosada. Costó mucho pero quedó bien. Fue un tatuaje capricho, un sueño de adolescente, algo sin importancia, ¿y quién no quiso ser alguna vez Elvis?

«Le acaricié la cabeza, me fijé en las mariposas, eran amarillas y tenían las alas llenas de palabras.»

Sentí unos pasos cortos detrás de mí, era Julia, que se le acercaba al hombre del tatuaje.

—Papá, no te preocupes. Huele mis manos. A que huelen bien, ¿eh? —y Julia le puso las manos sobre la nariz. Y él se sintió mejor.

Llegó el camarero. Era demasiado viejo para ser camarero. Todos sus movimientos eran lentos. Cada vez que se movía hacía un verdadero esfuerzo. Sus ojos eran azules, de un azul desgastado, sin intensidad. En el bolsillo de la camisa tenía una libreta. Cuando se acercó para servirme, pude ver lo que había escrito en la tapa. *Cuentos*. Estaba subrayado varias veces. Cuando sacó la libreta para apuntarse lo que le pedí, una copa de ron, vi que no tenía páginas. Los ojos del viejo, cada vez menos azules, miraban inquietos donde sólo había cartón. Después me miró y me dijo:

—Discúlpeme, no tengo papel para apuntar su ron.

—No importa —le dije—. No creo que se le olvide.

—Bueno, mejor que no lo apunte. Las cosas cuando se escriben desaparecen. Como los sueños. Abren sus alas y vuelan lejos de nosotros.

—¿Es usted escritor?

–Lo fui.

–Entonces, ¿en esa libreta había cuentos, no?

–Sueños. Tan sólo eso, sueños, que por las noches volaban lejos. Muy lejos de mí.

Cuando puso la copa vacía en el mármol, se me quedó mirando. Su mirada era menos azul que hacía un segundo. Se dio la vuelta, cogió el ron y llenó la copa. De aire.

–Perdone, ¿y el ron? –le dije.

El viejo cogió la copa, se la puso cerca de los ojos. Asintió.

–Tiene razón. Le pondré un poco más.

Y lo hizo.

–Beba –me dijo–. Bébase sus sueños.

El hombre que quería ser Elvis me dijo que lo hiciera, que le diera un trago a ese magnífico ron. Cogí la copa, me la puse entre los labios, miré al hombre del tatuaje, luego al camarero, y bebí aquel aire. De un trago. Un calor insoportable me entró por la garganta, me llegó al estómago. Todo me ardía ¿Cómo era posible? Después de toser varias veces, me levanté de la barra. Necesitaba lavarme un poco la cara. Despejarme.

Aquel lugar era inmenso. El viejo me dijo que fuera todo recto a la izquierda. La única luz era la de las velas. Se respiraba un intenso olor a cera. Después de atravesar aquel pasillo llegó otro, luego otro y otro y llegué a una esquina donde pude girar a la izquierda. Allí había una puerta que decía: *Antiguos sueños*. La puerta era de madera, estaba muy sucia, con mucho polvo. La abrí. Lo hice con lentitud, uno no sabía lo que podía encontrarse.

Allí sólo encontré oscuridad, campo. Sentí la noche en mi cara. Llovía. A gotas lentas. Tajos fríos. Condensados. La luna parecía lejana, artificial, igual que la de un decorado con bajo presupuesto. El viento movía los árboles, de un lado a otro, agitándolos, como cuando un padre regaña a su hijo. A lo lejos, escuché algo, o al menos creí escucharlo. Eran voces, murmullos de una pareja. Salí a la noche, me acerqué a ellos. Estaban subidos a la copa de un árbol. Ella tenía sus rodillas dobladas, pegadas al pecho. Parecía que él le contaba algo. Pude ver, o creí ver, que en los nudillos de su mano izquierda tenía escritas unas letras. Borrosas a mi distancia. Tal vez decían, Elvis.

«Aquel lugar era inmenso. El viejo me dijo que fuera todo recto a la izquierda. La única luz era la de las velas. Se respiraba un intenso olor a cera.»

Ella lo escuchaba con atención. Y yo, sin apenas mirarla, la recordaba. Sus ojos eran de un verde profundo, intenso y tenían la certeza de ver convertido en escritor a aquel camarero de ojos azules. Cuando terminó de leer, arrancó el papel de una libreta. Lo dobló varias veces hasta convertirlo en una mariposa, que puso entre las palmas abiertas de ella. De Laura, porque probablemente, se llamaba Laura. Juntos la soplaron e intentó volar en medio de la noche. Después se abrazaron, se besaron, durante mucho rato.

Volví hacia la casa, pensé en aquellos cuentos, que sólo habían sido eso, mariposas arrancadas de una libreta. También pensé en aquella hija que soñábamos tener Laura y yo. Recordé que discutíamos sobre su nombre, a mí me gustaba Julia y a Laura, Lluvia. Pero todo quedó en eso, en un aleteo de papel. Porque todos quisimos alguna vez, de alguna manera, poder llegar a ser como Elvis, poder alcanzar nuestros sueños.

En el bar ya no había nadie. El viejo había desaparecido. El hombre que quería ser Elvis, también, con su hija Julia. Los llamé varias veces. Busqué en cada rincón, pero nada. Entré en la barra, así al menos

tomaría una copa. De Ron. Fui directo a él. Cogí la botella vacía entre las manos, le di un buen trago. No me quemaba. Con la botella me senté a la barra. Me gustaba el ron, sabía a sueños. Vaya, ya hablaba como el viejo. Después del segundo trago me miré en el espejo de la barra. Y allí estaba el viejo camarero. Dejé la botella en el mármol y me acerque más. Era él, era yo, el viejo de los ojos azules. En el bolsillo de mi camisa asomaba la libreta de los Cuentos.

«Una débil luna iluminaba la noche. El viento olía a agua. Me giré y me pareció que la casa ya no estaba. Seguí andando. Con las manos en los bolsillos.»

Sería todo un efecto del ron. Me miré las manos, no había nada en ellas, eran las mías. Pero en el espejo, en los nudillos de mi mano izquierda, había escrito un nombre. Elvis. De nuevo el tatuaje. Ahora era yo el hombre que nunca podría ser Elvis. O quizá siempre lo había sido. Alguien me tocó por detrás, era Julia. Fue directa al espejo. Tocó la mano tatuada, después me ofreció las suyas, seguían oliendo a lluvia. Siempre le olerían así, al menos en aquella casa. Me

sentí mejor al olerlas. Julia desapareció por el largo pasillo. Decidí seguirla. Quería saber adónde iba. Aunque supongo que buscaba su vida. Aquella *posible* vida que tuvo en mi imaginación hacía ya tantos años. Ella era un sueño, y lo sabía. Por eso buscaba su momento: cuando la imaginamos Laura y yo, en aquella copa de árbol.

En aquel instante, me sentí responsable. De aquel sueño. De aquella niña con mariposas en el pelo. Pero cuando puse un pie en el pasillo, escuché una voz. Me giré, era el viejo:

—¿Adónde va?

—Me preocupa Julia.

—Acérquese.

Sus ojos eran de un azul pálido. Iban camino de quedarse blancos.

—Aquí no tiene nada que hacer. Es mejor que coja sus zapatillas y se vaya. Pero póngaselas fuera. Los sueños no se ensucian.

—Pero, ¿y la niña?

—Déjela. Envejecerá aquí, con nosotros. Es un sueño antiguo. Como yo, como Laura, como los cuentos, como el hombre que quería ser Elvis. Mire, le voy a pedir un favor. Deje ya de soñar. O al menos persiga sus sueños hasta que se cumplan. Porque usted sueña y abandona. Y sus sueños quedamos aquí, atrapados en mundos imaginarios. Y encima me dice que se siente responsable. A buenas horas. Márchese, se lo ruego. Déjenos. A medida que pase el tiempo iremos perdiendo vida, color. Ve mis ojos. Palidecen. Los sueños también perdemos la ilusión de convertirnos en realidad. El paso del tiempo lo desgasta todo. Incluso los sueños más bellos. En fin, demasiadas decepciones en un momento, ¿no?

Una débil luna iluminaba la noche. El viento olía a agua. Me giré y me pareció que la casa ya no estaba. Seguí andando. Con las manos en los bolsillos. De repente sentí un cosquilleo en una mano. Como un aleteo. Extendí la palma. Reconocí mi letra en sus alas. Mis cuentos. La acerqué a mi boca, soplé y esta vez voló alto. Miré su dirección, hacia atrás, hacia la casa. Julia abrió una ventana y la mariposa se posó en su pelo, formaba parte de aquellos sueños. Y yo no.

© Sergio Llorens

El autor:

Sergio Llorens (Valencia, 1972). Licenciado en Filología Hispánica. Ha publicado su primer libro llamado *De lo canalla, del amor y de lo absurdo* en Brosquil Edicions.

HORACIO KUSTOS Y EL EDITOR QUE OYÓ (Texto con apéndice)

por Alberto Chimal

En sus correrías por el mundo, Horacio Kustos ha encontrado muchas maravillas: hechos, lugares, seres extraordinarios en los que nadie más ha creído. Nunca.

—Puede que —dice un experto— falten efectos especiales en sus narraciones. Puede que falten discursos religiosos o productos que vender al final. Puede que Kustos sea feo. O pobre. Puede que diga mentiras absurdas y ultrajantes. ¿Yo cómo voy a saber? ¡Soy experto en mecánica de suelos!

Un día, abrumado entre archivos y cuadernos de notas, angustiado de manera informe y negra, Kustos decidió «sacrificarlo todo» a las modas y el comercialismo imperantes, y fue a proponer a un editor una columna: en ella difundiría todos sus hallazgos relacionados con unos pocos temas sensacionales y de venta segura, y allí quedarían, entre otros,

«El editor le preguntó a Kustos si acaso creía que su revista era el Semanario de lo Insólito. Luego lo insultó y mandó que lo maltrataran (antes de expulsarlo de las oficinas) dos guardias fornidos y violentos.»

- a) la pareja de Coventry que rompió violentamente al saber ella que él también era ella (!), tras un cambio de sexo (!!)
- b) la cofradía de Agboville, compuesta por botes de pintura en aerosol y de ideología fundamentalista, que se dejaba vender a personas de izquierda para rociarles los ojos y llenas sus paredes de consignas, y
- c) los múltiples casos de equipos raros de fútbol, que convertían al juego del hombre —sin negar la pasión la energía la emoción etcétera— en pródiga fuente de asombros.

El editor le preguntó a Kustos si acaso creía que su revista era el *Semanario de lo Insólito*. Luego lo insultó y mandó que lo maltrataran (antes de expulsarlo de las oficinas) dos guardias fornidos y violentos. Y luego pasó semanas de angustia informe y negra, pensando si el loco ese no habría sido un «correo», con mensaje en clave de sus amigos políticos, o sus enemigos políticos, o sus amigos del narcotráfico o sus enemigos del narcotráfico. Entre tanto rebumbio, además, la carpeta de textos que Kustos le había entregado ya no se encontró, y el editor no pudo ni siquiera leerlos (para ver si en verdad había mandatos o amenazas entre líneas) y por ello sus semanas de angustia se volvieron meses, y soñaba con botes de pintura que cambiaban de sexo en estadios enormes, y el timbre del teléfono le parecía la sirena que avisaba de los ataques en Berlín en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial,¹ y cuando la tensión se volvió insoportable el editor dio un grito que se volvió famoso,² gritando salió de su oficina, gritando dio una vuelta por todos los pasillos, gritando alcanzó la recepción y chocó, con fuerza y velocidad tremendas, con Horacio Kustos, quien había estado yendo al edificio sin para, un día sí y un día no, con la esperanza de una nueva audiencia. Y tanto lo había rechazado la recepcionista, tanto más lo habían maltratado los guardias, que ni una ni otros podían ya más y ahora eran todos excelentes amigos, cómplices³ en el empeño del loco ese que ahora volaba,

¹ ¡Y aquella era una ciudad segundona en un país de quinta del siglo XX!

² La película *El grito del editor* (1947) de Corazón Sansánchez se basa en el episodio, aunque la cinta —como observó la connotada crítica Pauline Kael— está llena de encubiertos discursos religiosos, difunde mentiras absurdas y ultrajantes, y apenas tiene efectos especiales.

³ Se sabe que le daban café y galletitas, que nada más lo insultaban en voz baja y al hacerlo le palmeaban la espalda, que lo alentaban a volver cuando se iba, y también a buscarse una novia.

patas arriba en grácil voltereta para caer al suelo entre papeles (de su carpeta, que se había llevado tras su primera y pésima entrevista).

—Cuando estuvo en el suelo y los papeles le cayeron encima, así como lluvia —contó luego el editor, en rarísima visita de cortesía, a uno de sus amigos del narcotráfico—, yo sentí...

—¿Como lluvia?

—De papeles. Mire, la verdad... Es que sentí como una epifanía, don J*****...

—Ja. Mi hijo el que estudió carrera dice las mismas m*****...

—Sentí como un ritmo.

—¿Qué te habías fumado, c*****?

—No, no, de verdad, fue como una especie de algo... Subyacente, en esa caída... como escucha alguien que contaba...

—¿Ah, p***** g***, qué z***** tan q*****! —dijo el capo, quien se sabía hombre de acción y de respeto, y nadie sabe si se ofendió, si se indignó o si algo informe y negro se le asentó en el alma, pero éste era el hombre que (algún tiempo más tarde) adelantaría no poco la fecha de muerte del editor, aunque no falta quien diga que lo hizo por otros motivos, más sórdidos.

«Largas horas pasaron él y el editor, juntos, leyendo, hasta que el segundo comprobó que nada había en los textos salvo su propia locura o maravilla o ya él (por lo menos) no podía saber qué.»

En todo caso, no nos adelantemos: alelado, mudo, fijos los ojos en Horacio Kustos, oyendo aún el ritmo misterioso, el editor lo ayudó a levantarse y a recoger sus cosas.

—Oiga, licenciado —dijo la recepcionista—, ya sí recíballo, ¿no?

Entonces el licenciado dejó de gritar, y lo recibió, y Kustos (quien había insistido tanto por desesperación y vacío vital, para tener algo a que aferrarse y no cometer suicidio entre

sus notas de tantos años) se sintió feliz.

Largas horas pasaron él y el editor, juntos, leyendo, hasta que el segundo comprobó que nada había en los textos salvo su propia locura o maravilla o ya él (por lo menos) no podía saber qué. Y Horacio Kustos vislumbró la posibilidad de que ahora sí, por fin, alguien lo leería y llegaría a creer en sus palabras: a ver (o sospechar, por lo menos, para no ser ilusos ni exigentes) el mundo como un territorio vastísimo, espantable y a la vez incitante, en el que cuanto era dable enunciar tenía su asiento y su hora, y todo lo que no había sido dicho, fotografiado, fingido aún, esperaba, solamente.

Al final no se publicó nada, porque era época de elecciones y los amigos y enemigos del editor tenían ya reglas precisas para el contenido de todos los números de la revista hasta bien entrado el año siguiente. Pero por mucho tiempo (o poco: mientras vivió el editor, pero no más ha de decirse aquí, por si él escucha —oh lo inexplicable— este relato de sus aventuras). Horacio Kustos conoció la alegría que sigue: que cuatro amigos (pues al editor se unieron, por supuesto, la recepcionista y los dos guardias fornidos y violentos, todos llenos de buenas intenciones: todos hermanos en no se ve bien qué forma de la piedad) lo recibieran, un día no y otro sí, con café y galletitas, para leer un poco más de los relatos de sus viajes extraños, y comentarlos entre voces de

«Al final no se publicó nada, porque era época de elecciones y los amigos y enemigos del editor tenían ya reglas precisas para el contenido de todos los números de la revista hasta bien entrado el año siguiente.»

sorpresa, y mantener a raya, del otro lado del cristal, a la angustia.

* * *

(Apéndice: un texto de la carpeta de Kustos)

Curioso equipo, el Astros, que sorprende en la cancha desde la hora de entrar porque entra uno solo: Luis Augusto, el portero, quien va hasta su lugar y se afana en calentamientos de lo más raro. Sube tan alto un brazo que parece a punto de desprendérsele del hombro y salir volando; una pierna se tensa y se relaja, la otra se estremece, la cabeza gira y la cintura también y la lengua sale y bailotea entre los dientes (—¡El zangolotéyle! —exclama el comentarista de la televisión), y los once del equipo contrario, por no hablar de los miles de espectadores en el estadio y los millones en sus casas, se llenan de terror (o creen que todo es un truco, parte del show, efectos especiales) cuando los arduos pases mágicos de Luis Augusto logran por fin su cometido y la portería, o más bien el espacio rectangular que delimita su arco, se ilumina y resplandece con viva luz blanca, y de ella, como de una niebla, salen uno por uno los Luises Augustos delanteros, los mediocampistas, los defensas, prestos a comenzar el juego, todos con el mismo rostro y el mismo cuerpo flaco, duro, listo para correr y correr.

Al rato: —¡Luis Augusto! ¿Qué tal el partido?

—Muy bien, muy entregados... Jugamos muy compenetrados... Tuvimos buenas llegadas...

—¿Cómo se coordinan tan bien en el equipo?

—Pues es que somos... como hermanos...

—Oye, ¿y no serán hermanos? —pregunta el otro comentarista, cuando la transmisión vuelve al estudio— Así como... cuatrillizos... Pero más. ¿No?

Junto a él, la cantante famosa no sabe qué decir, así que guiña y sonríe a la cámara. A su derecha, Juan José Arreola no se digna a mirarla, pero tampoco (pues ya casi no se invita a narradores ni a poetas a discutir los encuentros de fútbol) opina sobre ella ni sobre el hombre, quien justo ahora agrega:

—¡Oncellizos!

En cambio, levanta un poco su mano derecha y con perfecta dicción, sin tropezar una sola vez, comienza a perorar acerca del libro de no recuerda qué autor comunista, que postula la idea de infinitos universos simultáneos en los que cada hombre se repite hasta la eternidad. El comercial entra antes de que pueda terminar, pero en los vestidores, lejos ya de toda otra mirada, los Luises Augustos platican y se cuentan historias [u once veces una misma historia (o casi una misma historia: salen siempre los mismos personajes, los mismos lugares, pero de un Luis Augusto al otro varían los detalles, las tribulaciones, la tristeza y la alegría de los finales)].

© Alberto Chimal

El autor:

Alberto Chimal (México, 1970). Escribe narrativa, ensayo y dramaturgia; colaborador frecuente de revistas y suplementos. Es también profesor y coordinador de talleres literarios. Su obra ha sido distinguida en varias ocasiones: "Premio Nacional de cuento San Luis Potosí", "Premio Nacional de cuento "Nezahualcóyotl", "Premio Benemérito de América", "Premio Kalpa" y "Premio de narrativa "Sizigias". Su página personal es "Las historias": <http://www.lashistorias.com.mx/>

LA MANO QUE ME TOCA EN LA NOCHE

por Rosa Silverio

[La mano que me toca en la noche es lisa, delgada y pequeña. Resbala por la estirada curvatura de mis piernas cuando estoy dormida. Trepa por mis muslos y poco a poco se acerca al capullo que alberga todas mis ganas. Al centro de mí misma. Al centro de todas las cosas.]

Hoy me levanté cansada, quizás por la embestida de anoche. Me faltaban fuerzas para preparar el acostumbrado desayuno familiar. Pero tuve que hacerlo. No hubo escapatorias. Al salir del dormitorio me encontré con la mirada acusatoria de mi padre para quien dormir un poco más de seis horas era sinónimo de vagancia y nunca perdonaba un retraso en su comida mañanera. Así que sin darle demasiadas vueltas a las cosas, me deshice de la modorra y comencé a batir huevos, a calentar leche y a tostar el pan. En diez minutos todo estuvo listo. Mi hermano menor y mi padre esperaban en la mesa con impaciencia. Mi madre no esperaba. Hace tiempo que ella no espera. Desde que un tiro la mató una tarde en la que salió corriendo rumbo al parque y en lugar de encontrarse con la caída del sol se tropezó con una bala que puso fin a su vida.

«A mí no me gustaba aquello pero me tranquilizaba saber que para él yo era la mejor hija del mundo. Quizás hubiera permanecido sumida en esa tranquilidad si mi madre no nos hubiera visto.»

Por eso sólo ellos desayunaron esta mañana y sólo ellos me miraron como si yo hubiera cometido un pecado imperdonable. Pero no me importaba. Tenía cosas más importantes en qué pensar. En especial en las cosas que hacía y decía papá. Cuando yo tenía siete años él me dijo que yo, y todas las niñas del planeta, teníamos una cueva que escondíamos entre las piernas. Una cueva con la que a nuestros padres les

gustaba jugar. El juego consistía en lo siguiente: Nos ocultábamos en algún rincón de la casa, en un lugar en el que ni mi madre ni mi hermano nos pudieran encontrar, y ahí yo dejaba que me quitara las bragas, se sacara la manguera que guardaba en sus pantalones y la escondiera en mi interior. Eso nunca duraba más de diez o quince minutos. Yo acostada en el piso, en el clóset, en mi cama o en la cama de mi padre, y él meciéndose sobre mí mientras me decía cuánto le gustaba y lo feliz que se sentía porque yo sabía hacerlo muy bien.

[La mano que me toca en la noche es blanca. No lleva anillos y sus uñas nunca están pintadas. De día es familiar y servil pero cuando oscurece no la reconozco. Se vuelve ruda, autoritaria, demandante y en muchas ocasiones me toma por sorpresa, sin pedir permiso.]

A mí no me gustaba aquello pero me tranquilizaba saber que para él yo era la mejor hija del mundo. Quizás hubiera permanecido sumida en esa tranquilidad si mi madre no nos hubiera visto. No le gustó lo que hacíamos porque se abalanzó sobre papá y lo golpeó con todas sus fuerzas. Luego salió a dar un paseo del que jamás regresó. Una bala la había herido de muerte mientras corría por el parque.

Desde entonces pensaba que no era correcto que jugáramos a la cuevita y me sentía culpable por la muerte de mamá. Así que cuando él se acercaba con su mirada encendida y sus pantalones hinchidos, el corazón me latía aprisa y recordaba la violencia con la que ella lo había golpeado y el borbotón de palabras que emergió de su garganta. «Perro desgraciado, cómo te atreviste, dime, cómo te atreviste...». Por eso lloraba cada vez que tenía que soportar con estoicismo los diez o quince minutos en los que él se movía y se movía sobre mí como quien se mueve sobre una hoja que sólo quiere deshacerse.

El tiempo no consiguió que la situación mejorara y un día pasó algo que logró desconcertarme, sumirme en una mayor confusión y aumentar mi culpabilidad. Una noche, en lugar de mecerse rápidamente sobre mí, me despojó del sostén y comenzó a acariciarme lentamente los senos. Primero uno. Luego el otro. Después bajó sus labios hasta las delicadas protuberancias que escondía mi cueva

y con la misma lentitud paseó su lengua roja y ardorosa por cada línea, por cada rincón y cada trozo de piel. En principio estaba asustada. No sabía qué nuevo juego implementaba esta vez y temía un desenlace tan fatal como el anterior. Pero le ganó la lentitud de su roce a mi conciencia y a mis miedos, y de repente sentí que un mar de sueños, luces, corales y peces estallaba en mi interior y repicaba como la campanada que anuncia el principio y el fin de todas las cosas.

[No puedo evitarlo. La deseo. Cada vez que se acerca me enciende la sangre y se alborota la excitación propia de lo secreto... de lo que para todos es prohibido. Por eso la dejo que me toque, que invente paraísos, que haga planes y prometa cosas que jamás podrá cumplir.]

A partir de ese día ya no sentía que algo desgarraba mi sexo cada vez que a él se le ocurría retozar conmigo. Había conseguido hacerme partícipe de la travesura, cómplice de cada uno de sus movimientos. Había logrado que el juego que mató a mi madre me gustara. Por eso, los encuentros entre él y yo se habían convertido en algo odiado y al mismo tiempo anhelado. Aunque lo detestaba, no podía dejar de sentir ese ligero cosquilleo que apremiaba al contacto cada vez que lo escuchaba resoplar sobre mí y cada vez que su mano recorría mis dimensiones como quien acaricia una cruz, una Biblia o un manto sagrado del que no te puedes desprender.

[La mano que me toca me habla en susurros, me dice que soy hermosa y me desea, que mi interior es una flor, un globo, una perla, un pez dormido en el vientre acuoso de los mares que sólo ella puede despertar. Es dulce y mentirosa. Ingenua y perversa a la vez. Derrama su odio sobre todas las cosas y abriga una amargura de la que sólo yo puedo liberarla.]

Esas emociones ambivalentes tenían a mi conciencia como un yoyo. Subiendo y bajando constantemente sin saber en qué punto reposar. Por un lado me sentía la víctima de todo, una niña grande que había sido usada y engañada por quien se supone debía protegerla. Sentía que yo no era la culpable de nada y que estaba cargando con una alforja muy pesada de la que sólo mamá intentó librarme alguna vez. Pero por otro lado me sentía culpable. La causante de las desgracias de mi familia, la niña-Lolita-provocadora que con sus juegos e indiscreciones había despertado al monstruo que dormía en el interior de papá. Por ese motivo, por considerarme en cierta forma la causante de todo ese lío sucio y morboso que se había extendido por casi dos décadas, había decidido hacerle caso a ella, a la mano que me toca en la noche, y terminar con mi tragedia.

«A partir de ese día ya no sentía que algo desgarraba mi sexo cada vez que a él se le ocurría retozar conmigo. Había conseguido hacerme partícipe de la travesura, cómplice de cada uno de sus movimientos. Había logrado que el juego que mató a mi madre me gustara.»

[Una mano invisible, casi transparente, que se mezcla con la noche y con el sueño. Una mano que da y que exige, que entiende mi agonía y la comparte, que me incita a lo obsceno y ya no provoca en mí otra cosa que no sea el deseo de sentirla adentro, de hacer lo que ella me pide, de complacerla en todo hasta en aquello que, sin lugar a dudas, ella misma no se atrevería a ejecutar.]

¿La mano? Sí, fue precisamente ella, la misteriosa, la amable, la sutil, la posesiva e inteligente mano que me sugirió el plan.

Mi padre y mi hermano se habían marchado al trabajo y yo estaba sola en casa. Ellos no regresarían hasta la noche por lo que tendría tiempo para preparar el escenario. Sabía que él llegaría mucho antes que mi hermano. Era la costumbre. Así que limpié todo, le hice su guiso favorito, me puse mi mejor vestido y esperé sentada. A las ocho treinta regresó. Estaba cansado. De inmediato se sentó a la mesa y mientras comía le dije: –Te voy a matar –él dejó de comer y me miró sin entender.

–¿Qué dices?

–Que te voy a matar.

–Já, ya lo creo.

–Mira –y le apunté con el revólver que él guardaba en su mesita de noche.

–¿Estás loca?

–Quizás.

–Dame eso e inventa otra cosa –me dijo sin creérselo mucho.

–No te la daré... ¿Crees que no soy capaz de matarte?

–Claro que no. Soy tu padre –dijo y mirándome fijamente a los ojos agregó– Si disparas irás a la cárcel.

–No me importa. Aunque vaya a la cárcel te mataré, papá.

–¡Mira muchacha, dame eso ahora mismo si no quieres que...! –gritó mientras se levantaba del asiento pero no tuvo tiempo de hacer nada. Cuatro disparos. Uno fallido y otro que apenas le rozó un brazo. No importa. Los otros dos acertaron.

«En ese instante llegó mi hermano. Cruzó el umbral de la puerta, miró el cuerpo inerte de mi padre y dijo: –Lo has hecho.»

Él cayó en el suelo echando sangre por la boca y diciendo todavía: «¿Qué has hecho?». Luego de unos larguísimos segundos me acerqué temblando para comprobar si había muerto. Entonces me acordé de ella y dije entre dientes, para escucharlo yo misma, para saber que lo decía y que jamás lo olvidaría: «¡Perro desgraciado!».

[La mano que me toca en la noche es una pluma y al mismo tiempo es una piedra. Es un ojo oscuro que me mira desnuda y una espada que me hiere hasta hacerme sangrar. Es un secreto compartido, el rastro de la inocencia perdida, el presagio de la tragedia y la sentencia del horror. Mano hermana-amante que me empuja al abismo y se detiene en el borde para verme caer.]

En ese instante llegó mi hermano. Cruzó el umbral de la puerta, miró el cuerpo inerte de mi padre y dijo: –Lo has hecho.

–Sí.

–¿Tuviste miedo?

–Sí, pero casi no lo dejé hablar –le dije sintiendo leves escalofríos en cada parte de mi ser–. Seguí tus instrucciones.

–Bien hecho.

–Ahora... ¿qué hacemos?

–Llamaré a la policía y cuando lleguen dirás que él quería hacerte lo mismo de siempre y tú te negaste. Recuerda que yo hablaré a tu favor.

–¿Estarás conmigo?

–Siempre.

–¿Sabes que te quiero? –le inquirí y los leves escalofríos se convirtieron en temblores.

–Lo sé –me dijo y se acercó a mí. Lo miré a los ojos, a esos pozos oscuros en los que casi siempre me encontraba. Su mano tocó los rizos que se derramaban sobre mi frente y sus dedos rozaron mis labios.

–Bésame –supliqué, y su cabeza se inclinó hasta que sus labios devoraron los míos. Luego se alejó, levantó el auricular del teléfono y marcó el número de la estación policial más cercana.

© Rosa Silverio

La autora:

Rosa Silverio (República Dominicana). Periodista y escritora. Coordinó por varios años el Taller Literario Tinta Fresca. Sus cuentos han recibido varios premios y han sido publicados por revistas y suplementos culturales de diversos países. Ha publicado sus poemarios *De vuelta a casa* (2002) y *Desnuda* (2005). Distinguida con el "XXI Premio Internacional Nosside" que organiza el Centro de Estudios Bosio en Reggio Calabria, Italia (2006). Su obra ha sido traducida a varios idiomas. Su página personal: <http://homepages.nyu.edu/~jr132/rosasilverio.htm>

¿EN QUÉ PIENSAS?

por Edilberto Aldán

—¿En qué piensas?

—En nada.

—Qué, ¿no piensas nada?

—No.

—Siempre dices lo mismo.

—Es que no pienso nada, nomás me quedo callado, viendo las cosas. A veces siento como si me fueran a decir algo, como si... pero no, cuando parece que ya voy a descubrir qué quieren que oiga, se me va el avión. Nada más callado, viéndote, tu cara, tus brazos... Pero no pienso nada.

—Estás bien loquito.

—Estás bien loquita.

—No me arremedes.

—No me arremedes.

—Ya. ¿Y no se te antoja hacer el amor?

—Sí, pero no lo pienso, nada más se me antoja.

—¿Por qué no me dices?

—Tú tampoco me dices, ¿se te antoja?

—Sí. A veces se me antoja.

—¿Ese a veces es ahorita?

—Contigo a veces es siempre ahorita.

—¿Entonces por qué no me dices?

—No sé. Debe ser algo que surja ¿no?, espontáneo, algo así como las ganas de hacerte cosquillas.

—Quién sabe. Apaga la luz.

«Desnuda, del ombligo para arriba, Ana es como otra mujer, otra que no hace cosquillas antes de hacer el amor.»

Ana siempre se desviste primero, se queda acostada en la cama, derecha, muy recta, con los brazos pegados al cuerpo. A veces me avisa que no se ha depilado o que tiene la regla, otras, casi siempre, no habla, sólo me toma la cabeza para guiarme hasta sus senos, se los chupo mucho tiempo, a ratos lamo los pezones, a ratos son lengüetazos rápidos en el hueco de su pecho, de pronto, apresurando un seno,

sorberlo, querer llenar mi boca de un solo golpe, un seno y luego el otro, uno y otro...

Desnuda, del ombligo para arriba, Ana es como otra mujer, otra que no hace cosquillas antes de hacer el amor. Será que tiene los pechos grandes y eso la hace verse mayor, sin embargo, las caderas desmienten esa impresión, las piernas también, no puede evitar que se le vean los diecisiete que tiene y no los veintidós que confiesa cuando le preguntan su edad.

Me gusta hacer el amor con Ana, aunque a veces creo que ella no lo disfruta como yo. A mí me gusta besarla mucho tiempo, no sólo los pechos, me gusta saborearla por todas partes, comérmela, meter la cabeza entre sus piernas y beber, beber aunque ella diga que se le hace sucio; así que debo rogarle para poder lamerla, entonces ya no dice no, simplemente me deja hacer, como si no se diera cuenta, como sin darle importancia, hasta el momento en que me aprieta los hombros, cierra las piernas y me jala de la cabeza para abrazarme.

Casi no cambiamos de posición. La que más me excita es cuando se pone arriba de mí, pero no duramos mucho tiempo así, a ella le gusta más de otra forma: se acuesta boca abajo, alza las nalgas por encima de la cabeza y me guía hasta quedar atrás de ella, donde acaricio su espalda al penetrarla; ella apoya la mano en la pared y se mueve, así hasta que se viene y luego yo, casi siempre.

«Después de hacer el amor vamos al baño, ahí nos limpiamos. Ella entra a la tina, hincada frente a la llave se enjabona y enjuaga.»

A la mejor nada más estoy inventando y sí lo disfruta, o soy injusto porque me gustaría que Ana se agarrara los senos, que me abrazara más fuerte o no sé... siempre está como lejana, quizá no le guste tanto, pero de ser así, seguro me lo diría.

Después de hacer el amor vamos al baño, ahí nos limpiamos. Ella entra a la tina, hincada frente a la llave se enjabona y enjuaga. Yo hago lo mismo pero en el lavabo, me quito el condón y lo envuelvo muy bien en el papel, hago un cuadrito apretado y pequeño que meto hasta abajo del bote de basura.

—¿Y tú en que piensas?

—En nada.

—Ya ves, estás contestando lo mismo que yo.

—Es que no estoy pensando en nada. ¿Y tú?

—En si te gusta hacer el amor.

—¿A ti te gusta?

—Mucho, pero siento que a ti no tanto.

—Si algo no me gusta no lo hago.

—Es que no parece.

—No tiene que parecer, tiene que gustarte.

«No hacía frío, pero igual me abrazó, me dejé hacer. Desabotoné su blusa, traía un sostén de esos que tienen el broche adelante.»

Por eso que dice Ana no hablamos de sexo, porque las cosas no tienen que parecer, y que cuando las platicas no son, parecen. La vez que durante más tiempo hablamos, fue la primera. Ella todavía con el uniforme de la escuela, sólo se quitó el suéter para usarlo de almohada. Como estaba dormida yo estuve oyendo un disco y viendo las fotos del librito hasta que me aburrieron y me acosté junto a ella.

No hacía frío, pero igual me abrazó, me dejé hacer. Desabotoné su blusa, traía un sostén de esos que tienen el broche adelante. No estaba excitado, ni siquiera pensé que íbamos a hacer el amor, simplemente me dieron ganas y comencé a pasar la lengua por sus pechos, igual que hago ahora; se quitó la falda, los calzones, me desabrochó el pantalón, ¿tienes condones?

No estuvo nada mal, incluso no me vine tan pronto como pensé que me iba a pasar la primera vez que

hiciera el amor, eran más mis nervios que otra cosa. Fue andar por el pasillo de la casa sin prender la luz, como si de antemano supiera dónde estaban las cosas y no necesitara ayuda.

La seguí hasta el baño, sin saber cuál era el momento de quitarme el condón. Nos lavamos y luego nos dormimos un rato. Yo estaba incómodo, pensando en que la sangre iba a pasar de las sábanas al colchón, por eso aproveché cuando nuevamente salió al baño, levanté la colcha para ver cómo estaba ese asunto. No había sangre.

«No estuvo nada mal, incluso no me vine tan pronto como pensé que me iba a pasar la primera vez que hiciera el amor, eran más mis nervios que otra cosa.»

—¿Te gustó?

—Sí.

—Estás muy callado.

—Es que no sé qué decir.

—Pregúntame si me gustó.

—¿Te gustó?

—Me besaste rico los pechos.

—¿Otras veces no te ha gustado?

—A veces sí, a veces no. Depende.

—¿De qué?

—Nomás depende. Cuando no me gusta no me dan ganas de nada, nomás me quedo así, viendo el techo. Cuando me gusta me dan ganas de dormir abrazada. Ven.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me abracés.

Ahora, antes de irnos a lavar le pregunto si le gustó. Ella me abraza y ya no decimos nada, porque ahora sé; en cambio, la primera vez pregunté todo: si la abrazaba fuerte o quedito, si también con las piernas, si nos metíamos a la cama o nos quedábamos encima de las cobijas, si...

—Estás hablando mucho. Abrázame y ya, que las cosas pasen y salgan como te vaya naciendo, es mejor.

—¿Sabes? Fue mi primera vez.

—¿Quieres que te abrace yo a ti?

Nos quedamos dormidos mucho tiempo.

© Edilberto Aldán

El autor:

Edilberto Aldán (México, 1970). Egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM. Cuenta con dos libros publicados. Ha recibido el "Premio Literario Salvador Gallardo Dávalos de narrativa" y obtenido los primeros lugares en el "IX Concurso internacional de poesía" y en el "VII Concurso de cuento Juana Santa Cruz". Ha Colaborado en: *Uno más Uno*, *El Universal*, *Universal gráfico*, *Punto y Págin*a 24. Su página personal es "Recuerdos inútiles": <http://edilbertoaldan.blogspot.com/>

KAYLA

por Agustín Fest Salazar

Kayla se levanta en las noches muy frías y mira el lado vacío de la cama, es cuando Kayla lo extraña. Si la miraran como yo, entonces verían unas alas azules, unas alas llenas de tristeza, rencor y melancolía. Esas alas, esa aura es lo único vivo en Kayla cuando despierta en medio de la noche y mira ese vacío en la cama. Hace tantos años que se fue y hace tantos años que le prometió a Kayla regresar. Tantos años como sus kilos, como sus ojeras, como las canas y las estrías en su espalda. Es una viejecita dulce que gruñe demasiado cuando está sola, cuando observa durante largo rato la ausencia y la única promesa rota. Los primeros dolores, de hace años, vinieron cuando hizo un desayuno en vez de dos. Los segundos dolores, de hace muchísimos meses, fueron cuando discutió sola por el control remoto. Los terceros dolores, de incontables segundos, se presentaron cuando nadie respondió sus pensamientos en voz alta.

Muchos piensan que Kayla está loca porque ya no se maquilla, porque se contesta a sí misma cuando pregunta en el super qué quiere de cenar, porque finge marcar a su casa cuando está en el trabajo para saber si él está bien, porque a cada momento mira el asiento del copiloto a doquiera que maneje. Pero no es cierto, Kayla está lejos de enloquecer. No hay mirada más cuerda en el mundo, a las tres de la mañana, mirando ese espacio vacío en el colchón. Y si miran a Kayla como yo, sabrán que mañana sus alas en vez de azules, se volverán naranjas y verdes... sabrán que mañana se despertará a medio día y se mirará al espejo, desempolvará el maquillaje y será la viejecita más hermosa del mundo. Tal vez, comprará tinte para el cabello y empezará una dieta que seguirá rigurosamente durante tres meses. Tal vez, Kayla por fin se anime a ir a aquella reunión de solteros de la que tanto le han hablado.

Kayla ayer estaba cuerda y mañana, enloquecerá.

© Agustín Fest Salazar

El autor:

Agustín Fest Salazar (México, 1981). Desde muy joven le ha gustado escribir. Trabaja en el área de la publicidad, actualmente estudia Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Su página personal "Árbol de los mil nombres": <http://arbol.milnombres.net/wp/>

* * *

CELEBRACIÓN DE DON ALONSO QUIJANO

por Rogelio Guedea

Un libro saca otro libro y otros libros otro y otro otros libros y todos los libros se van juntando de uno en uno los de historia los de literatura novelas poesía historia de la poesía de la novela novela histórica cuento no cuento sino canto no canto sino teatro y de ahí los personajes de los libros que uno saca de otros que sacamos antes empiezan a juntarse en la mesa a comer con nosotros a comerse nuestro pan a utilizar nuestra cama nuestra ropa nuestros calzones empiezan a posesionarse de la casa chica y de la casa grande de la mujer y de la amante se vuelven desvergonzados hijos de perra impertinentes exigen piden reclaman no renuncian a nosotros tienen cara de libros son libros con pies nos roban nuestro camino y uno quiere meterlos no sacarlos sino meterlos al librero de donde salieron the time is over se ha acabado sefiní adiós nadie pagará más un peso por ti pero ya no puede.

© Rogelio Guedea

El autor:

Rogelio Guedea (México, 1974). Doctor en Letras. Fue becario del Fondo para la Cultura y las Artes y director de la colección de poesía *El pez de fuego*. Poeta, narrador y ensayista, su obra ha sido distinguida con el "Premio Internacional de Poesía Rosalía de Castro", "Premio Nacional de Poesía Amado Nervo" y "Premio Nacional de Poesía Sonora". Es columnista de los periódicos mexicanos *Ecos de la Costa*, *El Informador* y *Excelsior* y profesor en la Universidad de Otago (Nueva Zelanda). Página personal: <http://www.colimaonline.com/rogelioguedea/index.html>

MOSCAS

por Juan Carlos Márquez

Son casi las siete de una tarde de julio. Benjamín debería estar pletórico. Ha aprobado la selectividad y, por primera vez, sus padres le han liberado de acompañarlos a Motril, al chalé de la tía Úrsula. Pero sus planes de pasar un verano inolvidable emporrándose y ligando como un poseso se desmoronan. No le queda ni un amigo en Madrid, todos han ido escapando, como si hubieran dejado abierta la verja del zoo. Rodrigo se ha marchado a Camagüey a visitar a sus abuelos. Santos vuela en este preciso instante hacia Ibiza. Se ha apuntado con su hermano Lucas a un intensivo de buceo y no regresarán hasta finales de verano. De Berta, Gracia y Antonio solo sabe que en sus casas no contestan al teléfono. Solo queda la borde de Estela, con su *piercing* en el labio inferior que le recuerda a un guerrero yamomami y las uñas pintadas de negro. Hoy mismo se han cruzado en el híper, en la sección de congelados, pero ella no se ha dado ni cuenta y a él le ha dado apuro llamarla.

«Debe de tener unos treinta y tantos, se llama Alicia y, antes de convertirse en la mujer del hombre alto, fue modelo de lencería. Ha parado de llorar y ahora se siente humillada y dolida.»

Benjamín está en casa, en calzoncillos, un poco empalmado, y curioseas tras la ventana del salón. Hace bochorno, pero no luce el sol, y el cielo parece el vientre hinchado de un viejo. Acaba de despertarse de una siesta en el sofá y se siente pegajoso y aturdido. Una mosca gorda, peluda, de un verde fosforescente, zumba, practica acrobacias y se restriega contra el

cristal de la ventana. Benjamín quiere ver lo que sucede al otro de la calle, en casa de la mujer de carnes prietas que se asoma en sujetador y vive con el hombre alto del maletín, pero la mosca le distrae, le crispa. Consigue arrinconarla contra una esquina, entre el cristal y el marco, zanja el problema entre dos dedos y la mosca cruje mientras la mujer y el hombre hablan a la vez y no paran de agitar los brazos sobre un montón de maletas. Benjamín ve cómo el hombre alto hace un gesto como el de un árbitro al pitar el final de un partido, desaparece y aparece saliendo aprisa del portal. La mujer se asoma, y los dos, sin reparar el uno en el otro, lo siguen calle adelante hasta que lo pierden de vista. Ella se retira lentamente de la ventana, se sienta en una de las maletas y se cubre la cara con las manos. Benjamín quisiera dejar de mirarla, pero no puede.

Debe de tener unos treinta y tantos, se llama Alicia y, antes de convertirse en la mujer del hombre alto, fue modelo de lencería. Ha parado de llorar y ahora se siente humillada y dolida. Había puesto mucho empeño y paciencia en esa relación y el hombre alto, Aníbal, acaba de dejarla plantada por una estudiante, apenas una niña a la que ha conocido en una galería de arte. Aníbal es concejal de Cultura del Ayuntamiento y se pasa la vida inaugurando, pero antes de

«Alicia se levanta de la maleta y se asoma. Mira al frente y ve cómo el chico en calzoncillos bosteza, se estira y se aparta apresurado de la ventana. Desde hace varios días, cada vez que tiene ocasión, viene observándolo entre visillos. Le recuerda a un novio que tuvo hace muchos años, un chico misterioso de esos que flotan por la vida como pompas de jabón.»

meterse en política, cuando se conocieron, era crítico de pintura y le enviaba rosas rojas casi a diario. Alicia llevaba varios meses temiéndose lo peor, pero no pensaba que la ruptura ocurriría tan de repente, ni que se fuera a sentir tan desarmada, tan vacía, justo cuando estaban a punto de marcharse a las Seychelles, después de planear los pormenores del viaje durante semanas. Las ausencias de Aníbal

eran cada vez más frecuentes y prolongadas y ya solo hacían el amor los domingos primeros de cada mes, y no siempre, pero Alicia se había convencido de que en esta vida casi todas las pasiones terminan arrinconadas, como moscas contra un cristal.

Alicia se levanta de la maleta y se asoma. Mira al frente y ve cómo el chico en calzoncillos bosteza, se estira y se aparta apresurado de la ventana. Desde hace varios días, cada vez que tiene ocasión, viene observándolo entre visillos. Le recuerda a un novio que tuvo hace muchos años, un chico misterioso de esos que flotan por la vida como pompas de jabón. Pero en cierta forma le atrae, le atrae como atraen esos anuncios surrealistas de perfume o el rojo de una caja de bombones. Alicia mira cómo el chico se tumba en el sofá y hojea algo que parece una revista. A veces se incorpora de sopetón y camina titubeante hasta el teléfono. Marca un número, pero no termina de marcarlo, cuelga y regresa al sofá. A ella le gustaría llamarlo, sería muy sencillo encontrar su número en la guía, y susurrarle que piensa en él algunas noches, que se han besado en sueños como medusas, y que el martes, cuando lo vio entrar en la panadería, tan despeinado, le entraron ganas de espolvorearlo de azúcar y lamerlo entero. Pero no se atreve. Alicia sigue fisgando. El chico esta otra vez al teléfono. Ha descolgado, mueve la boca y asiente de cuando en cuando. Cuelga y sale corriendo como si siguiera siendo un niño y repartieran calcomanías en el pasillo. Alicia continúa en la ventana. Al rato, el chico vuelve a asomarse, lleva puesta una camisa roja. Sus miradas solo coinciden un segundo.

Benjamín baja la persiana y sonríe. Piensa que no estaría nada mal que la mujer de carnes prietas se acostara esta noche con él y que al amanecer se asomaran juntos por la ventana: él en sujetador y ella en calzoncillos. Se aburre tanto y se encuentra tan solo que hasta le ha rondado la idea de tomar el primer autobús a Motril y presentarse de improviso en el chalé de la tía Úrsula. Pero ha terminado por llamar a la borde de Estela, porque a veces, muy pocas veces, es preferible una victoria amarga a una derrota digna. Benjamín y Estela se conocen desde la guardería. Todavía no eran capaces de orinar solos y ya se besaban a escondidas en la boca bajo un tobogán. Crecieron juntos, y juntos, recostados sobre la hierba, descubrieron que los parques más escuetos son como una feria de atracciones cuando uno se siente enamorado y es correspondido, y vive en una noria, en un dulce mareo, reteniendo cada palabra y cada gesto del otro como si fueran lo único. Pero una mañana, unos dos años atrás, Estela se levantó de la cama y, sin saber muy bien por qué, se sintió toda una mujer, se prendió un *piercing* en el labio inferior, se pintó las uñas de negro y Benjamín dejó de interesarle. Él comenzó a llamarla por teléfono con las excusas más absurdas; la perseguía como a una mosca en un cristal por los pasillos del *Insti*; y desafiaba a cualquier intruso que se atreviera a acercarse a ella. Su insistencia, sin embargo, resultó inútil, y acabó resignándose. Y así, se fueron alejando, sin que mediaran serios reproches, hasta

«Benjamín baja la persiana y sonríe. Piensa que no estaría nada mal que la mujer de carnes prietas se acostara esta noche con él y que al amanecer se asomaran juntos por la ventana: él en sujetador y ella en calzoncillos. Se aburre tanto y se encuentra tan solo que hasta le ha rondado la idea de tomar el primer autobús a Motril y presentarse de improviso en el chalé de la tía Úrsula.»

llegar a esta cordial indiferencia de hoy, en que Benjamín ha decidido llamarla, un poco porque no sabe a quién recurrir y otro poco porque en cierta forma la echa de menos. Se han citado a las ocho menos cuarto en la puerta del Museo Sacro, en Lavapiés, y Estela le ha advertido de que ha quedado allí con no sé quién, pero que no se preocupe, que para eso están los amigos.

Alicia está sentada sobre la maleta. No puede sacarse a Aníbal de la cabeza y la saliva se le hace engrudo. Ya no siente dolor, siente despecho. A estas horas, el muy cabrón debe de andar en el asiento trasero de un coche oficial, camino del Museo Sacro de Lavapiés. El Ayuntamiento ha donado un lienzo de la escuela de Murillo a la orden de los Salesianos, propietarios del museo, y está previsto que Aníbal y un arzobispo robusto y sonrosado descubran las cortinas al alimón. Después estaba previsto

que embarcaran rumbo a las Seychelles, pero esa parte del programa ha quedado cancelada. El lienzo, en sí, no pasa de ser una medianía, y muestra a una mujer que mira extasiada a las alturas. Aníbal lleva meses alimentando entre la crítica el rumor de que se trata de la Virgen María y que mira cómo desciende, fuera de cuadro, el Ángel de la Anunciación. Alicia sabe que miente, porque la virgen, que nadie sabe si lo es, en realidad mira su propia imagen en un espejo. Ella misma vio cómo Aníbal, un domingo por la mañana, cortó el lienzo original en dos mitades con un *cutter* y se deshizo de la mitad del espejo. Que, por cierto, el muy cabezota se empeñó en enmarcar el cuadro con un tablón de ocume y envejecerlo a fuerza de betún de judea y dejó la cocina hecha un cristo de serrín y de barniz. Alicia se imagina la que se montaría si ella largara la verdad y ríe: los salesianos se subirían literalmente por las paredes y Aníbal sería cesado antes de la tercera edición del telediario. Sería tan fácil. Ella aún conserva varios amigos periodistas de cuando era modelo. Solo tendría que buscar la agenda, agarrar el teléfono y ale, fiesta. Sería muy sencillo y aún está a tiempo. Pero eso sería una venganza y ella no es vengativa, al menos hasta la fecha no lo ha sido.

Benjamín y Estela se encuentran en la entrada del museo sacro. Se saludan con un beso, aunque apenas se rozan las mejillas. Un resplandor amenaza tormenta, pero el cielo sigue pareciendo el vientre de un viejo. Ella le tiende una invitación entre las uñas pintadas de negro y él la recoge y le pregunta qué dónde está su amigo. Estela enciende un cigarrillo, da una calada y responde que dentro. Benjamín la mira de arriba abajo y le recrimina que esté tan delgada y ella se encoge de hombros, suelta una bocanada de humo, aplasta el cigarrillo y entra. Él la sigue por un largo pasillo de paredes desnudas. Al fondo, un hombre alto con un maletín charla con una azafata. El hombre está de espaldas, pero Estela avanza decidida hacia él y le rodea la cintura con los brazos. Él se vuelve sorprendido, se abraza a ella y se besan en la boca. Benjamín lo reconoce como el hombre que vive con la mujer de carnes prietas y abandona el museo sin despedirse. Afuera diluvia.

«Alicia mira la lluvia por la ventana y ve cómo se levanta la persiana y se enciende la luz en el salón del chico. Se está desvistiendo y arroja sus prendas al suelo hasta que se queda en calzoncillos. Alicia se retira de la ventana, tumba una maleta de un puntapié, busca en la guía de teléfonos y marca un número. Benjamín oye sonar el teléfono y lo coge como un resorte.»

Alicia mira la lluvia por la ventana y ve cómo se levanta la persiana y se enciende la luz en el salón del chico. Se está desvistiendo y arroja sus prendas al suelo hasta que se queda en calzoncillos. Alicia se retira de la ventana, tumba una maleta de un puntapié, busca en la guía de teléfonos y marca un número. Benjamín oye sonar el teléfono y lo coge como un resorte. Una voz desconocida de mujer le pregunta si le queda azúcar en casa y cuelga, y Benjamín se tiende en el sofá. Minutos más tarde suena el timbre de la puerta. Benjamín abre y ve a la mujer de carnes prietas. Está empapada y va descalza y murmura que se llama Alicia. Se acercan, se abrazan, se besan, se restriegan como moscas contra un cristal y entran en la casa. Ella le dice que no quiere parecerle una perversa, pero que le gustaría saber si le queda azúcar. Él sonríe, la besa en los párpados y le dice que sí, siempre que después se asomen juntos por la ventana.

© Juan Carlos Márquez

El autor:

Juan Carlos Márquez (Bilbao, España 1967). Tiene varios cuentos publicados y en los últimos años ha obtenido, entre otros, el premio Unión Latina (Premios Juan Rulfo) y el primer premio en el "Concurso Cruel de Relato". Actualmente aguarda con expectación la publicación de su primera antología de relatos *Norteamérica profunda*, reciente ganadora del "Certamen Internacional de Novela Rafael González-Castell". Página personal "Relataduras": <http://juancarlosmarquez.blogspot.com/>

DAR POSADA AL PEREGRINO

por Fernando Arrojo

Es el año 1118. La primavera ha llegado a los Pirineos Occidentales, asomándose tímida por valles y montañas. El frío del amanecer hace tiritar a los peregrinos que van de camino a Compostela; sus siluetas desaparecen apresuradas entre retazos de niebla. Unos romeros franceses entonan, nostálgicos, canciones de su tierra, *Quand nous partîmes de France, nous dîmes adieu à nos femmes...* Otros lanzan gritos estentóreos, «Roncesvalles... Roncesvalles...» valles... valles... Sus voces resuenan por la naturaleza, amparo de comunión entre los bosques de hayas.

Nueve horas de camino. Fin de jornada. Ya se ha oído el toque de las campanas de vísperas. Flaquea la luz del día.

En una casa medio oculta entre los montes se hallan siete personas: el abuelo, un anciano vigoroso de barbas largas, distraídas; su nuera, todavía joven, servicial, callada; sus nietos, un niño y una niña, bulliciosos y preguntones; y tres peregrinos extranjeros –dos franceses y un griego– devotos y hambrientos. Los bordones de los peregrinos descansan en la pared rugosa, a un lado del hogar; los adornan imágenes pintadas y rosarios, cuentas de obligados rezos.

Tres veces al año el abuelo da cobijo a tres peregrinos; tres veces él y su único hijo, muerto en una batalla años atrás, peregrinaron a Compostela y, haciendo voto de pobreza, vivieron de la caridad a lo largo del camino. Los recoge en la iglesia del pueblo. No le importan su origen ni sus motivos; van a Compostela, y eso le basta. Tiene presente las palabras de Cristo en el Evangelio, *Quien os recibe, a mí recibe.*

«En una casa medio oculta entre los montes se hallan siete personas: el abuelo, un anciano vigoroso de barbas largas, distraídas; su nuera, todavía joven, servicial, callada; sus nietos, un niño y una niña, bulliciosos y preguntones; y tres peregrinos extranjeros –dos franceses y un griego– devotos y hambrientos.»

Desde joven el abuelo se distinguió como guerrero luchando contra moros, primeramente en las huestes de Pedro I y después en las de Alfonso el Batallador, soñando, como su rey, con rescatar los Santos Lugares. Siempre se había repuesto de las muchas heridas recibidas en escaramuzas y batallas, pero no de la que sufrió peleando, en Campdespina, contra la nobleza castellana, cuando una lanzada insospechada le dejó irremediablemente ciego. Tenía entonces cincuenta y dos años. Incapacitado ya para la guerra, se quedó a vivir en Roncesvalles, donde, de algún

modo, imagina haber participado en el combate en que murieron Roldán y Oliveros con miles y miles de guerreros cristianos y sarracenos. La vida le hace una ronda apremiante: realidad amarga a veces, maravillosa fantasía otras.

La inmensidad montañosa del Pirineo asombra y amedrenta a los tres peregrinos, que se sienten disminuidos ante tan imponente muestra de la creación divina. El abuelo les habla de las lanzas que clavaron en el suelo las doncellas que acompañaban a los guerreros de Carlomagno, como tributo a sus héroes muertos, y les afirma que los metales florecieron, convirtiéndose en los bosques de hayas que llegan hasta las nubes por los mil senderos que conducen a Hispania.

Todos se sientan en el suelo, en torno de una gran mesa redonda, baja, tosca, y comen ávidamente de la misma olla, con las manos, sin cruzar palabra. Acostumbrados a bodigos y gallofas, los peregrinos agradecen la comida, que les parece digna de reyes o prelados. El peregrino más joven, que aparenta dieciocho o diecinueve años, bien parecido, de pelo ensortijado y ojos codiciosos, roza con sus dedos los de la mujer, en la coincidencia de la olla.

Terminada la cena, los niños, como siempre hacen cuando paran peregrinos en la casa, piden al abuelo que cuente la historia del señor Sant Yagüe; los peregrinos también se lo ruegan. La mujer se levanta y

retira la olla. Algún atractivo hay en sus facciones de honrada lugareña. El brial que lleva, ajustado al talle con cordones, ha perdido el colorido que una vez tuviera; cuando va al pueblo, se cubre la cabeza con una toca blanca que publica su viudez. Se pone a avivar el fuego del hogar, chispean los leños, las llamas cobran vida; luego se vuelve a sentar con el grupo. El joven peregrino la observa con disimulada persistencia.

La voz del abuelo es honda, estimulante. Podría haber sido un buen predicador. Lo que cuenta lo oyó de su abuelo y éste de su abuelo. Habla lentamente para que los peregrinos entiendan bien sus palabras.

—Todos sabemos —empieza el abuelo— que el apóstol Sant Yagüe era uno de los predilectos de Nuestro Señor Jesucristo. Tras la muerte de Nuestro Señor, Sant Yagüe predicó por muchas partes de Hispania, sobre todo en Galicia, y más tarde fue degollado, en Jerusalén, por orden de un traidor romano. Sus discípulos recobraron el cuerpo y la cabeza y los metieron en una talega de piel de ciervo. Dicen que entonces se esparció por el aire un olor exquisito.

—¿Era olor a santo? —quiere saber la niña.

—Pues, claro, hija, ¿qué otro olor podía ser? —responde paciente el abuelo, y continúa—: Pusieron la talega en una barca, y en siete días, guiados por las olas y por los vientos y por un ángel del Señor, llegaron a Galicia.

El abuelo se detiene, sopesando el interés de su auditorio. El silencio es elocuente. Su fino oído percibe el grito apagado de un mochuelo en la lejanía; dentro, sólo se oye el chisporroteo del fuego en el hogar. Los niños querrían repetir casi todas las palabras del abuelo pero callan temerosos de su riña. La mujer se levanta y se desenvuelve por la casa, silenciosa, expectante. Dos o tres veces sus ojos se cruzan con los del peregrino. «Siéntate, mujer», dice el abuelo, y prosigue:

—Llegaron los discípulos a Galicia y, en Iria Flavia, pusieron el cadáver de Sant Yagüe sobre una piedra grande que absorbió milagrosamente el cuerpo del apóstol, sirviéndole por el momento de sepultura.

El niño lo interrumpe, porque a veces la historia varía un poco.

—¿Y qué hicieron con la cabeza, abuelo?

—Pues... también la pusieron allí.

El abuelo carraspea.

—Los romanos gobernaban entonces en Hispania. Los discípulos fueron a ver a la reina Lupa, que mandaba en la comarca, para enterarle del milagro y decirle que al cuerpo del apóstol Sant Yagüe había que darle la sepultura que merecía. Pero la reina Lupa, que como todos los romanos adoraba a muchos dioses, se mofó de ellos y los persiguió con saña. Acontecieron a la sazón varios milagros instigados por Sant Yagüe. La reina quedó entonces convencida, abrazó la religión verdadera y mandó que hicieran una iglesia de su palacio, cediendo a los discípulos cierto lugar para enterrar a Sant Yagüe, cuyos restos mortales, recuperados de donde permanecían, depositaron en un sarcófago de mármol.

El peregrino joven pregunta:

—¿Qué es un sarcófago?

El peregrino griego, adelantándose a la explicación del abuelo, trata de aclarar con alguna dificultad:

—Un sarcófago es la piedra donde se pudre la carne. Es una palabra de mi lengua.

Salvo los niños, todos se santiguan, horrorizados.

«Todos se sientan en el suelo, en torno de una gran mesa redonda, baja, tosca, y comen ávidamente de la misma olla, con las manos, sin cruzar palabra. Acostumbrados a bodigos y gallofas, los peregrinos agradecen la comida, que les parece digna de reyes o prelados.»

—El señor Sant Yagüe jamás se pudre —protesta el abuelo, ofendido, y da un suspiro—. Como iba diciendo, lo pusieron en un sepulcro de mármol. Muchos siglos más tarde, ya después de llegar los moros, ocurrió algo maravilloso que pasmó a toda la cristiandad y también a los infieles. Estamos otra vez en Iria Flavia, un pueblecito abrazado de colinas de verdor bajo un cielo gris y lluvioso (el abuelo dramatiza). Por sus colinas, pasando hambres y penalidades, viven muchos ermitaños. Uno de ellos se llama Pelayo. Una noche, aquel buen anacoreta no pudo creer lo que veía: una estrella de mucho esplendor se presentó en los cielos y parecía concentrar su luz sobre una espesa colina. Algunos pastores habían visto también la misma estrella y luces que se movían entre la espesura. Además, se habían oído cantos religiosos y voces angelicales. No sabiendo qué hacer, contaron el suceso a su obispo, don Teodomiro, que decidió ir en persona al lugar. Los habitantes de la comarca tomaron picos y palas, se pusieron a excavar y...

Al niño se le despierta la curiosidad.

—Abuelo, ¿por qué iban con picos y palas? ¿Por qué querían excavar?

—Pues... porque sí, y no me vuelvas a interrumpir.

El abuelo ha perdido un poco el hilo de la narración.

—Los habitantes, don Teodomiro, no sé, bueno, excavaron, sí, con picos y palas, y hallaron un pequeño altar con un... *sarcófago*. Al levantar la lápida comprobaron que contenía tres cuerpos, que ciertamente no se habían podrido, uno de ellos decapitado. El señor obispo comprendió en seguida que era el del apóstol Sant Yagüe, acompañado en su descanso por dos discípulos; lo decía además un pergamino que había en el sarcófago. El pergamino se perdió, seguramente por las malas artes del diablo.

«La mujer y el peregrino se miran intensamente; hay un relámpago de urgencia en sus ojos. Los niños se van obedientes; la mujer con ellos.»

El abuelo se detiene. Se está haciendo tarde. Los niños tienen que acostarse. Refunfuñan, quieren escucharlo todo, aunque sea por enésima vez, pero el abuelo se mantiene firme. «No olvidéis decir vuestras oraciones».

La mujer y el peregrino se miran intensamente; hay un relámpago de urgencia en sus ojos. Los niños se van obedientes; la mujer con ellos.

El abuelo prosigue entonces con su relato,

—Don Teodomiro fue a la corte a comunicar al rey su descubrimiento. El rey visitó el sitio y mandó construir un monasterio y una pequeña iglesia que albergara la tumba del apóstol. El lugar se llamó Compostela, que significa Campo de la Estrella, y desde entonces lo visitan peregrinos de todas partes, y sus pecados les son perdonados por la gracia de Dios, pues el señor Sant Yagüe habla con Él.

Los peregrinos suspiran de emoción, cada uno sumergido en el estanque de sus propias esperanzas.

Regresa la mujer y se sienta en el suelo, junto al peregrino joven.

El abuelo va a contar ahora las apariciones del apóstol, espada en mano, montado sobre un hermoso caballo blanco, para el triunfo de los cristianos sobre los sarracenos, pero se lo impide el tañido de campanas llamando a completas, que llega nítido en la quietud de los bosques. Todos se arrodillan, con la cabeza gacha. Dos de los peregrinos cierran los ojos devotamente. El abuelo dirige los rezos, repetidos por los peregrinos, *Te agradecemos, Señor...* Arrodillados al otro lado de la mesa, apartados de los demás, se hallan la mujer y el peregrino joven; él detrás de ella, ambos silenciosos. La distancia, la mesa y la escasa luz de los candiles protegen los designios del peregrino.»

«Arrodillados al otro lado de la mesa, apartados de los demás, se hallan la mujer y el peregrino joven; él detrás de ella, ambos silenciosos. La distancia, la mesa y la escasa luz de los candiles protegen los designios del peregrino.»

Extiende la mano derecha hacia la mujer sabiendo que no va a encontrar resistencia. Las puntas de sus dedos recorren sobre el brial la espalda de la mujer, descendiendo muy despacio hasta la cintura. Ella dirige la mirada hacia el abuelo y los dos peregrinos, que rezan en voz alta, *Padre nuestro*

que estás en los cielos.... Él la abraza por el talle; posa las manos sobre su vientre terso; después las va ascendiendo hasta abarcar los pechos anhelantes; con las yemas de los dedos le acaricia los pezones. *El pan nuestro de cada día....* Ella se muerde los labios, apenas puede contener un grito de años reprimidos, y, urgida por la inevitable brevedad, se alza levemente, dejando suelto el brial aprisionado entre las rodillas. *No nos dejes caer en la tentación....* El deseo es ya incontenible. El joven peregrino recorre excitado sendas que lo reciben gratas, ardientes, y la mujer, a tientas, se diligena en satisfacer el ansia del caminante. *Dios te salve, María....* *¡Bndita tu eres entre todas las mujeres..* Instantes de placer penosamente silenciados que culminan en un suspiro medio ahogado. Terminan las oraciones. «Amén», dice el abuelo. «Amén», repiten los demás. «Que la paz sea con vosotros», dice él. «Y contigo», le responden.

El abuelo contará la historia del apóstol en un caballo blanco en otra ocasión y a otros peregrinos. Todos se recogen. El abuelo, la mujer y los niños duermen en el mismo aposento; los peregrinos en el establo, entre el olor de las bestias, una mula, una vaca, dos cabras y tres ovejas.

La mujer tarda en atraerse el sueño. Revivirá lo ocurrido cuando esté junto al hogar remendando ropa, cuando ordeñe la vaca con el alba, cuando adobe la comida, cuando trasquile las ovejas, cuando trille la mies con la mula, cuando se consuele de su viudez en el estrecho camastro. Ahoga un sollozo. Piensa que su vida es un sollozo contenido.

Dos de los peregrinos, muy envueltos en sus tabardos, se han dormido rápidamente. El peregrino joven, aún despierto, piensa en la mujer; apenas había hablado con ella, y sin embargo... Piensa en la suavidad de su piel, en sus pechos férvidos, en sus partes secretas. Hubiera querido besarle los labios.

*«La mujer tarda en atraerse el sueño.
Revivirá lo ocurrido cuando esté junto al
hogar remendando ropa, cuando ordeñe
la vaca con el alba, cuando adobe la
comida, cuando trasquile las ovejas,
cuando trille la mies con la mula,
cuando se consuele de su viudez en el
estrecho camastro. Ahoga un sollozo.»*

No había estado con mujer desde que dejó su aldea, a orillas del Loira, un mes atrás. Allí quedaba su esposa, de dieciséis años, y su hijo, de siete meses. Considera que ha cometido un pecado venial; pedirá perdón a Sant Yagüe cuando llegue a Compostela. Se arropa con el tabardo. Mañana se echará al camino con las campanas de laudes, al rayar el alba. Le espera una jornada larga. Los ojos se le empiezan a cerrar.

Entretanto, el abuelo, que casi siempre está en vela, pide a Sant Yagüe su intercesión para que sea perdonada la ligereza de una mujer todavía joven, débil en su soledad a las tentaciones de la carne. «Discúlpala, señor, que no sabe lo que se hace».

Sabiéndose incapaz de alterar el curso de las cosas, el abuelo intenta conciliar el sueño, recreando los pormenores heroicos del triunfo aragonés frente a la nobleza castellana, in Campdespina, aquel 26 de octubre de 1110, cuando una lanza rezagada le dejó desfigurado el rostro y lo hundi6 en la oscuridad para el resto de sus días.

© Fernando Arrojo

El autor:

Fernando Arrojo Ram6s (Madrid, España). Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Connecticut (USA). Profesor emérito de Literatura Española y Ex-Director Programa Literatura. Ha publicado diversos relatos en Papeles de Son Armadans (Madrid-Palma de Mallorca); Insula (Madrid); Turia (Teruel); Bitzoc (Mallorca); Lucanor (Pamplona); Plural (Ciudad de Méjico); Europe Plurilingue (Paris); El Extramundi (Padr6n, La Coruña); La casa de Asteri6n (Barranquilla, Colombia); Ariadna (Madrid); el prólogo (33 páginas) de la novela *Gran Sol* de Ignacio Aldecoa (Madrid, Noguer), a partir de la undécima edición; artículos y ensayos publicados en Plural; Hispanofila; Hispania; University of Wyoming Press; Explicaci6n de Textos Literarios; The American Hispanist; High Plains Literary Review, y otras revistas literarias. Tiene escritas tres colecciones de cuentos y una novela, *En busca de Moreira*.

LOS FELICES AÑOS CUARENTA

por Antonio Tausiet

Recuerdo con especial emoción aquella década, cuando la abundancia regaba de felicidad todos los rincones de la mansión familiar. Los sirvientes daban de sí todo lo que sus fuerzas les permitían, los estraperlistas a nuestro cargo nos proporcionaban los manjares que solicitábamos, y adelantos tecnológicos como la radio estereofónica o la freidora eléctrica no faltaban en cuanto la industria los ponía a nuestra disposición. Era una España feliz, luminosa y pacífica. Acabábamos de salir de una guerra que nunca me llegó a afectar, excepto por algunos estallidos en la lejanía mientras jugaba en el jardín, junto a la piscina.

Y llegaste tú, serena y blanca. Fuiste mi primer amor y nunca te olvidé. Luego, a partir de 1950, todo cambió. Las gentes de la aldea ya no nos miraban con respeto, y todos parecían tener una radio, y poco a poco, una lavadora, una televisión y hasta un primer amor. Cuando el galanteo volvió a popularizarse, te abandoné y me dediqué en cuerpo y alma a buscar las mejores prostitutas de la nación. Pero durante los años cuarenta la vida fue una delicia para todos los españoles.

«Cada jueves a las doce venía el sacerdote a darnos la comunión en nuestras habitaciones, Sagrada Forma que había que tomar en ayunas. Y a mí eso no me costaba ningún esfuerzo añadido, porque siempre me despertaba a media mañana.»

Cada jueves a las doce venía el sacerdote a darnos la comunión en nuestras habitaciones, Sagrada Forma que había que tomar en ayunas. Y a mí eso no me costaba ningún esfuerzo añadido, porque siempre me despertaba a media mañana. Los rayos que iluminaban mi ventana mientras Cristo transubstanciado jugaba aquellos jueves con mis jugos gástricos, me recordaban el nuevo Imperio que se estaba gestando, evitando por fin a los seres inferiores. Como Patrocinio, la sirvienta, que era un poco antipática y a mi juicio demasiado morena para el proyecto común.

Un domingo memorable nos comimos al hijo del jardinero. Era un bebé de un año, que ya empezaba a dar sus primeros pasitos. Mi madre, que era muy certera cazando, lo capturó a la primera y lo asó al horno con patatas a lo pobre. No sé qué comía el niño, pero estaba muy lustroso y aquel día no tuve ganas de cenar, de la cantidad de carne de aquella criatura rolliza que había ingerido. En aquel tiempo se vivía en la abundancia, con el estómago siempre lleno y la carcajada dispuesta.

El día que se celebraban los diez años de paz todo empezó a torcerse. Que a papá le diera un infarto de alegría yuviésemos que enterrarlo con sólo cuatro carrozas en el cortejo me dio mala espina. Pero lo que desencadenó la decadencia del proyecto patriótico fue la injerencia de las potencias aliadas. ¿Quién había pedido esa leche en polvo o esa tecnología? En poco más de veinte años, todo se acabó y los traidores ocuparon el poder. Y hoy, cansado y triste, debo vivir oculto con mis prostitutas, pagar al sacerdote para que venga a darme la comunión y, lo que es peor, mis contactos cada día me ponen más inconvenientes para servirme niños frescos. Pero siempre me quedará el recuerdo de los felices años cuarenta, la década más floreciente de nuestra España eterna.

© Antonio Tausiet

El autor:

Antonio Tausiet (Zaragoza, España, 1967). Pasa de carecer de brazos y piernas en 1966 a configurarse como un modelo de artista aragonés en los primeros años del siglo XXI. Un paso por la vida que resulta casi siempre silencioso, salpicado de gritos ahogados, como para calmar su furia contenida por haberse quedado sin tabaco. Página personal: <http://www.tausiet.com>

Carlos Castán

Barcelona (España), 1960

Carlos Castán nació en Barcelona en 1960. Es licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado los libros *Frío de vivir* (Barna., Salamandra, 1997) y *Museo de la soledad* (Madrid, Espasa, 2000) y *El aire que me espía* (Huesca, IEA, 2005). Parte de su obra ha sido publicada en alemán, griego y francés. Sus relatos han formado parte de numerosos libros colectivos y de antologías entre las que cabe destacar: *Pequeñas Resistencias*, *Antología del nuevo cuento español* (Madrid, Páginas de Espuma, 2002), *Lo que cuentan los cuentos* (Veracruz, México, 2001) y *Cuentos contemporáneos* (Madrid, SM, 2001). Ha colaborado en revistas especializadas como *Letras Libres*, *Turia*, *El Extramundi*, *La Expedición* o *Prima Litera*. Actualmente trabaja en Huesca como profesor de filosofía en un instituto de enseñanza secundaria.

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *Hasta la fecha has publicado dos libros de relatos, "Frío de vivir" y "Museo de la soledad". Aunque la pregunta suene a tópico, ¿para cuándo tu primera novela?*

CARLOS CASTÁN: Lo próximo que aparecerá, creo que bastante pronto, será un tercer libro de relatos. Todavía no estoy seguro del título pero es un libro que está ya casi listo. Y seguramente lo siguiente será una novela.

N.: *Muchos de los personajes de tus relatos parecen debatirse un tanto despistados entre aceptar las comodidades y la seguridad que proporciona la vida común, sencilla pero sin alicientes de la mayoría, o asumir el fracaso que representa la imposibilidad de encontrar otros caminos menos frustrantes. ¿Realmente resulta tan difícil en esta vida encontrar otras alternativas más satisfactorias y ambiciosas?*

CC.: Creo que resulta difícil entre otras cosas porque para mucha gente el descontento es como su casa, la felicidad viene siempre acompañada de un vértigo y de una sombra de culpa. Muchos de mis cuentos tratan en el fondo sobre el deseo y la enorme distancia que lo separa de la realidad. El deseo es una fuerza que nos hace seguir, pero también presencia de una ausencia.

N.: *En tu relato "Una historia barata", el personaje principal se siente agobiado por el hecho de vivir casi prisionero en una localidad pequeña y cerrada, donde todos se conocen. Tú has vivido en Madrid y ahora resides en Huesca. ¿Se llega a escribir de diferente manera viviendo en una gran ciudad que en una localidad pequeña?*

CC.: Ese relato dice bastante de mi costosa adaptación a lo que podríamos llamar la provincia. A veces yo mismo me he preguntado por qué viviendo en Huesca la mayoría de mis historias transcurren en escenarios madrileños y creo que tiene que ver con la memoria, las calles en que he crecido, mis amigos, el barrio. Es decir, no sé qué pesa más, si Madrid o el pasado. Y es posible que se escriba de otro modo. Madrid es puro estímulo, vivir en medio de una riada de historias que se entrecruzan, y Huesca es el tiempo derramándose sobre las cosas.

N.: *He creído observar en tus relatos una evolución que va desde unas primeras historias lindantes con lo mágico y lo extraordinario, hasta llegar a relatos bastante descarnados y un tanto sórdidos, donde apenas dejas a tus personajes opciones reales para sobreponerse.*

CC.: Muchas veces he querido escribir sobre el cansancio, el hastío, y como contraposición a todo eso, la sed de intensidad. Me interesan los personajes en plena búsqueda, aunque ni ellos mismos sepan de qué, gente que bracea en aguas turbulentas y que se sabe, de alguna manera, viviendo a la intemperie.

N.: *Entrando en la realidad literaria actual, ¿no resulta curioso que a autores que han superado los cuarenta todavía se les califique como "jóvenes promesas"?*

CC.: Es verdad. Se habla de joven narrativa y de jóvenes promesas y los nombres que salen a continuación son de gente de esa edad. Casi todos somos jóvenes. Lo malo de todo esto es que pasaremos directamente a la vejez más decrepita sin haber conocido término medio.

N.: Formas parte de un colectivo de escritores, estudiosos y críticos literarios llamado Banda Aparte que, entre otras cosas, mantiene un blog dedicado a la crítica literaria. ¿Puede ser la asociación entre escritores una manera de hacer frente al predominio casi absoluto que las grandes casas editoriales mantienen sobre los principales medios de comunicación de masas?

CC.: Algo de eso se espera con esta iniciativa. Muchas veces parece, leyendo los suplementos culturales, que no existen las editoriales independientes ni los libros que publican ni sus autores. Todas las críticas son de "obras maestras" curiosamente publicadas por el mismo grupo al que pertenece el periódico. La gente que lee eso y tiene dos dedos de frente ya no puede creerse nada. Lo único que pretendemos es compartir las lecturas que creemos pueden valer la pena, recomendar buenos libros desde la más absoluta independencia.

N.: Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?

CC.: Julio Cortázar, Julián Ayesta, Juan Marsé, Luis Landero, Eloy Tizón... gente, como se ve, de muy distinto pelaje, que quizá tengan como denominador común una preocupación por el lenguaje, una búsqueda, una inclinación inequívoca hacia la belleza.

N.: Con sólo dos libros publicados, te has convertido en un autor de culto cuyo nombre suena a menudo en importantes círculos literarios y en internet. ¿De qué manera llega a afectar eso al estilo o al ritmo de trabajo de un escritor?

CC.: Mi ritmo de trabajo ha venido siendo bastante lento. He procurado decir sólo lo que tenía verdadera necesidad de decir. También se le puede llamar a esto falta de oficio. En cualquier caso, no creo que eso tenga que ver con el poco o mucho reconocimiento que haya podido alcanzar.

N.: Por último, ¿te has preguntado alguna vez para qué escribir?

CC.: Quizá porque no sé hacer bien muchas más cosas. Y me gusta pensar en ese momento en que un desconocido, al otro lado de la noche en la que escribo, se adentrará en una de mis historias y se verá atravesado por palabras que antes eran sólo mías. En algún momento dije que se escribía para saltar la tapia del colegio, y lo sigo creyendo: se escribe para saltar esa tapia o cualquier otra y correr, irnos lejos, dejar atrás la escasez de la vida al tiempo que descendemos al fondo del idioma.

* * *

Relato

EL HUÉRFANO

por Carlos Castán *

Todo lo sucedido durante la mañana parecía a la hora de la siesta como de otro país o de otro tiempo, el sueño feliz de un desconocido. Madrugara para ir al instituto, mal dormido como siempre y con una cartera repleta de deberes sin hacer y apuntes viejos doblados por las esquinas, y también el tedio infinito de las clases, mirar a Susana un día más, sus brazos dorados, y mirarla y mirarla sin esperar nada, un triste avión de papel, resulta que eran la gloria, la dicha absoluta pero él entonces no podía saberlo.

No podía imaginar que estaba habitando el paraíso, más bien le parecía una mierda todo aquello, el bocadillo con el pan de ayer, el fútbol sin ganas, los granos en la cara, no saber ya ni cómo sentarse, dónde coño poner las piernas después de cinco horas en el aula. No podía saberlo porque todavía su padre no le había llamado para decirle, con toda la ternura de que es capaz un oso, que su madre siente sólo que se agota a cada paso, pero que en realidad lo que le pasa es que se está muriendo y, en opinión de los médicos, en pocos días se quedarían solos.

El infierno podría ser eso, el golpe brutal que de repente te obliga a mirar la actualidad más hiriente como dulce pasado y, por el giro vertiginoso de esa mirada, comprender que una existencia derrotada

* Este relato forma parte del libro *Frío de vivir* (1997), publicado por Salamandra en su colección Narrativa.

y sin esperanza había estado siendo el cielo y él sin sospecharlo ni de lejos; y que en la verja del edén, junto a la puerta de salida, la madre va a morir como puede morir una tarde, borrosamente y sin saber.

Días de aire, días de vivir como flotando en medio de las cosas que van perdiendo su forma y su relieve, de ver cómo el dolor se impone a fuerza de empequeñecer todo lo demás, devorando el sentido del mundo y la gravedad de sus asuntos. Lo que hasta ayer le preocupaba tanto, la soledad, las notas, las fatigosas búsquedas deja de pronto de importar y toda esa libertad amarga, todo ese sucio peso que se sacude de encima, deja lugar tan solo a un frío inacabable contra el que nada puede la comprensión solidaria ni los refrescos gratis, la silla que le ceden sus compañeros ni la humedad de las miradas que le envían. Días de llegar a casa, descargar los libros en el suelo del vestíbulo y entrar corriendo a su cuarto para verla. Y pensar «verla» y pensar «todavía». Y hallarla rodeada de cojines con su camisón nuevo de recibir a los médicos, casi siempre merendando a esa hora, su tazón de leche templada, el temblor de la galleta mojada hasta llegar a la boca. Días de prometer ayudar a su padre y de prometer estudiar mucho, de prometerlo todo, todo, y traer de la cocina vasos de agua, de vencer el rubor y acariciarle el pelo. Y notar el alma como ostra sumergida en limón. Días de no poder llorar para que no sepa. Días de cenar solo, de televisión bajita y cielo que se desploma.

Si ella desaparece, quizá no regrese más el sentido de las cosas, ni la urgencia de los asuntos. Quizá todo se quede para siempre dando igual y el mundo con todos sus cachivaches y a caballo del mundo él mismo se conviertan sin más en algo que simplemente no importa, como parece ser en este gris ahora en que, sentado en el balcón sobre una caja de gaseosas, ha hundido en sus manos la cabeza. Como cuando estás empapado y continúa lloviendo, como cuando estás muerto pero nadie está dispuesto a dejarte de herir. Y cada cuchillada da lo mismo, y cada dolor es como un dolor en sueños.

«Días de aire, días de vivir como flotando en medio de las cosas que van perdiendo su forma y su relieve, de ver cómo el dolor se impone a fuerza de empequeñecer todo lo demás, devorando el sentido del mundo y la gravedad de sus asuntos.»

Algunos familiares se han ido acercando por el pueblo, sobre todo los fines de semana, los domingos no faltan palmadas en la espalda. Los hombres no dejan de ofrecerse para viajes a la farmacia, lo que haga falta, tienen el coche en la puerta, cualquier gestión, cualquier cosa y se sientan a leer el periódico si no hay nada que hacer y se levantan de nuevo y van y vuelven de comprar tabaco, mientras las mujeres se ponen los delantales de la enferma, colores de madre, y preparan guisos, menús de batalla que luego todos comen entre ruidos de cristal y cucharas y murmullos que hablan de salir del paso, goteros y salir del paso, la primavera que viene y salir del paso, huérfano y salir del paso.

Ahora que las cosas comienzan a ponerse realmente mal y la madre ya casi no habla y respirar es algo que empieza a cansarle demasiado, también ha venido tía Marta, la de Barcelona, la prima hermana más joven de su padre, con el que se ha quedado a hablar de madrugada y ha preparado el café de las confidencias y los proyectos. Pero son de papel de fumar las paredes del insomnio y el chico escucha desde su habitación agarrado a la bolsa de agua caliente cómo su rudo padre, vacilante y envejecido más que nunca esta noche, habla con tía Marta, de la que él sólo conoce los comentarios del pueblo cogidos al vuelo de aquí y de allá, cosas sueltas, como que fuma rubio americano y gasta demasiado en peluquería, que el pobre de su marido tuvo que dejarla aborrecido, que no es buen ejemplo para su hija Inesita porque todo se acaba sabiendo y ha tenido amantes y amantes era una palabra que al muchacho le remitía sin saber por qué, quizá por obra y gracia de alguna vieja película olvidada, a la parte alta e interior del muslo femenino, justo donde está la frontera entre la media y la carne, entre el tejido y la piel pura y terrible, donde termina la seda y empieza la mujer, lo que es mujer mujer, con esa otra manera de ser suave, suave con temblor y respuesta, no suave seda sino suave calor. Y en todo esto había pensado aquella vez, en una de las raras ocasiones en que la había visto, en una boda, bailando sola después de la cena, con una reluciente copa de champán en la mano, zigzagueando entre

medio de mesas y miradas, amante, haciendo girar su falda entre todas las miradas, amante, y echando con un movimiento de cabeza la melena hacia atrás, garbanzo negro, bomboncito negro, fatal bombón de licor. Y ahora tía Marta, en zapatillas y dulce en el silencio de la noche, tía Marta, a la que él había oído tantas veces referirse como «esa guarra», se preocupaba por él que supuestamente dormía en el piso de arriba como nadie hasta ahora había hecho. Trataba de convencer a su padre de que en el pueblo no estaría bien atendido, que sería bueno para él abandonar por una larga temporada esta casa que sólo iba a traerle recuerdos y más recuerdos y ninguno alegre porque a su edad estas cosas son todavía más terribles, aunque terribles lo son para todos, claro, y había que mirar por los estudios,

«Ahora que las cosas comienzan a ponerse realmente mal y la madre ya casi no habla y respirar es algo que empieza a cansarle demasiado, también ha venido tía Marta, la de Barcelona, la prima hermana más joven de su padre, con el que se ha quedado a hablar de madrugada y ha preparado el café de las confidencias y los proyectos.»

sobreponerse y pensar en los estudios del pobre chico, y cerca de casa está el mismo colegio al que va Inesita, por ejemplo, que si no son del mismo curso poco se llevarán, y es un colegio mixto, y él desde arriba leyó mixto, chicas de ciudad, chicas no como Susana, mientras Tía Marta seguía hablando en el salón, empezaba a arañar los muros de su angosta mazmorra, y su economía ahora parece que anda bien y el piso es grande y cosas así, mundo que se desmorona, distraerse un poco, alma que cae a los pies, sobre todo que el muchacho se distraiga un poco.

Tía Marta, la amante que bailaba sola con sus largos guantes y la bebida en la mano, venida de la ciudad inmoral y lejana, surgida del cine como una diosa de las aguas, opinaba que lo mejor para el chaval iba a ser de momento irse con ella y con la prima Inés, la que había sido aunque nadie lo sepa, su novia preferida de la infancia, princesa del desván, traviesa como nadie a la hora de la siesta hasta que dejó de venir los veranos a raíz del divorcio de sus padres y todas esas habladurías de las que había que mantenerla a salvo. No será ya la niña que devoraba tebeos y destrozaba sus vestidos al trepar a los graneros ni la enfermera maliciosa con su cofia de papel de cruz coloreada con pinturas Alpino que amenazaba con chivarse a lo que habían jugado consiguiendo así cromos y promesas, canicas y sonrojados besos. Hoy, a buen seguro, atravesará la ciudad veloz sobre su motocicleta, iluminada por todas las farolas y neones a la orilla del mar.

Terminada la conversación en la planta de abajo, el muchacho continuaría varias horas con los ojos abiertos en la oscuridad. Inés, en su imaginación, seguía recorriendo sin fin las calles nocturnas de una ciudad, hecha de sábados y luminosas imágenes de tarjeta postal, que acogería la nueva etapa de su vida, los días de libertad bajo gaviotas y torres de cristal. Y soñó un colegio repleto de muchachas, amigas de su prima, y ser allí el huérfano recién llegado del que hay que estar pendiente, sobre todo cuando pierde la mirada en el vacío. Y una habitación con mesa y flexo de delineante, de esos que se doblan por todas partes y citarse en bares de tres pisos al empezar las noches de los viernes, y los cuidados de tía Marta, el vaso de leche de antes de dormir servido por unas manos con las uñas pintadas de granate. Y escuchar después, desde su habitación, los ruidos de los hombres que en la madrugada entran y salen como Pedro por su casa.

«Terminada la conversación en la planta de abajo, el muchacho continuaría varias horas con los ojos abiertos en la oscuridad. Inés, en su imaginación, seguía recorriendo sin fin las calles nocturnas de una ciudad, hecha de sábados y luminosas imágenes de tarjeta postal, que acogería la nueva etapa de su vida, los días de libertad bajo gaviotas y torres de cristal.»

Los siguientes días, los más duros hasta ahora de la enfermedad de su madre, los vivió el chaval secretamente sedado por esa esperanza frágil que, sin hacer menor el mal, lo embellecía sin embargo con una belleza como de mar de nubes porque hacía temblar en cada minuto la fuerza del destino con su arco tensado. Quizá no sea posible dejar a la tristeza sin sujeto, arrebatándole la víctima, resbalar de sus fauces sedientas de amargura inocente y huir disfrazado a un territorio lejano y desconocido, pero todo antes que sentarse a esperarla aquí, de brazos cruzados, en el destartado pueblo, capital del

hastío, con su insoportable hedor a tiempo de descuento, a pescado ya vendido, a la cera que arde es toda la que queda. Al menos allí, más allá del dolor que habrá de arrastrar como a un oscuro perro, asomará algo a lo que pueda llamarse la vida por delante y al futuro dejará de contemplarlo como a un gran bloque de cemento detenido, colosal y helado ante sus ojos.

«Una de esas tardes, al llegar el chico a casa, encontró el ambiente totalmente distinto. Había un alborozo contenido que, sin llegar a romper del todo el grave clima de silencio, se traducían sólo en cuchicheos y rapidez al andar.»

Los veranos regresaría al pueblo con camiseta y gafas de sol y preguntaría a los chicos en el bar si las cosas siguen como siempre, si a esto le llaman vivir, si de una vez por todas no se cansan del autobús de los sábados a la capital de comarca perdiendo el culo detrás cada fin de semana de las mismas cuatro estrechas o de la humedad del local de juventud con su estufa de butano y sus cajas de cervezas caducadas y carteles descoloridos de conciertos en los que ninguno de ellos puede decir que estuvo. Les preguntaría si en serio pueden soportarlo y, como quien no quiere la cosa, también

les sacaría cosas de Susana, a ver lo feliz que era ahora que él se había ido y en qué habían quedado todos aquellos humos, sus aires de princesa, los perfumados sueños que lo excluían. Seguramente se arrepiente, ahora que ya es tan tarde, y va escribiendo su nombre en cuadernos escondidos.

Una de esas tardes, al llegar el chico a casa, encontró el ambiente totalmente distinto. Había un alborozo contenido que, sin llegar a romper del todo el grave clima de silencio, se traducían sólo en cuchicheos y rapidez al andar. Por primera vez en mucho tiempo, se oyó cómo una de las tías que preparaban aquel día la cena silbaba entre sartenes una canción de moda. Habían llegado buenas noticias y resultaba que, sin echar las campanas al vuelo, ni mucho menos, los médicos ahora opinaban, por los resultados de las últimas pruebas realizadas, que la madre no estaba en realidad tan mal como ellos habían creído, que se había recuperado sorprendentemente bien y que si seguía, atención, si seguía a rajatabla el riguroso tratamiento había fundados motivos para la esperanza. Después de la cena, su padre quiso que brindaran todos con un poco de sidra y agradeció a todo el mundo sus oraciones y los cuidados y las molestias que se habían tomado y animó al chaval a que echara el resto ahora con los estudios, recuperar el tiempo perdido y darle duro y que para la siguiente evaluación tratara de sacar adelante las asignaturas que pudiera. No valían excusas gracias a Dios ahora que la camisa empezaba de nuevo a llegar al cuerpo, porque gracias a Dios parecía ser que todo había quedado en un inhumano susto, pero susto al fin y al cabo, gracias a Dios, al Dios gris que de paso le robaba su aventura fugitiva, la espuma del futuro, todo un tiempo por vivir de uñas rojas y fuegos artificiales, de ciudad latiendo a la velocidad de la música más vertiginosa. Todos, incluido él mismo, todo aquel coro de tías meteretes y visitas hipócritas habían estado rezando para impedir aquellos días de seda y oleaje, apartarlo para siempre del campus universitario y los labios de Inés y de la libertad y del sonido de las noches de tía Marta en la habitación contigua. Entre todos, cuántas promesas bañadas en lágrimas habrían llegado a hacer al infinito a cambio de que las cosas fueran tales que él permaneciese allí, en el triste pupitre rodeado de vacío, soñando no estar para que Susana muriera de añoranza y lo imaginase reír, apoyado en su moto, rodeado de muchachas bajo altísimas torres de cristal.

«Como cuando hierve la leche en la cacerola y alguien que llega corriendo apaga el fuego, las cosas recuperan de golpe su lugar.»

Como cuando hierve la leche en la cacerola y alguien que llega corriendo apaga el fuego, las cosas recuperan de golpe su lugar. Ahora que su madre lentamente comenzaba a recuperarse, atisbó por vez primera la dicha que como oro sucio se ocultaba en cada pliegue del sufrimiento pasado y sus lágrimas fueron ahora por esas burbujas y esa efervescencia que no habrían de volver si no reaccionaba pronto, si no se decidía de una vez por todas y bajaba las escaleras a hurtadillas en el silencio de la noche para sustituir en sus frascos todas aquellas carísimas pastillas que los médicos habían recetado a su madre, por vulgares analgésicos del mismo color.

© Carlos Castán

Días sin tregua

Miguel Mena

Ediciones Destino, 2006

En plena transición, tras el golpe de estado de Tejero, en una España convulsa y llena de incertidumbres y con atentados todas las semanas en los noticiarios, transcurre la acción de *Días sin tregua*. El hilo conductor de esta novela de personajes es un policía que investiga el secuestro del futbolista Quini. Cruda pero sin tremendismo, *Días sin tregua* da una vuelta de tuerca al género negro y hace una profunda indagación del alma humana. Ganador del I Premio Málaga de Novela.



Cielo de tango

Elsa Osorio

Siruela, 2006

Año 2000. Le Latina, una milonga del centro de París. El azar une en un tango a Ana y Luis. Ana es francesa y ama el tango con la misma pasión con la que rechaza el país de su padre: Argentina. Luis es porteño, de paso por París, como última apuesta para salir de una profunda crisis económica y creativa. El proyecto de una película sobre el tango, dirigida por Luis y en la que Ana colaborará, los ligará a partir de ese momento. *Cielo de Tango* recrea la historia de una ciudad y de una música a través de la saga de dos familias, en los extremos de la escala

social. Un cóctel explosivo de amores, luchas, alegrías y traiciones, y una danza peligrosa y sensual que los funde en un abrazo.

La mitad del diablo

Juan Pedro Aparicio

Páginas de espuma, 2006

La mitad del diablo constituye un excelente ejemplo de una literatura que podríamos llamar cuántica, según nos propone su autor, al presentarse sus elementos narrativos en forma de partículas brevísimas que obedecen a una mecánica de cadencia menguante basada en los principios de la elipsis, la riqueza de invención y el humor. Desde su mismo excelente título, sugeridor de una posible esencia del propio microrrelato, nos hallamos ante la presencia del maligno y sus efectos, ante múltiples situaciones, mundos y pareceres, donde un bombero se enamora de la chica que rescata, un hombre recupera de improviso a todos los perros que ha tenido en su vida o unos novios se suicidan el día de su boda...



La trama del pasado

Cristina Bajo

Editorial Sudamericana, 2006

1840, Vigo, Galicia. Una joven aristócrata, Ignacia Arias de Ulloa, abandona a su marido y huye con una criada llevándose muy poco: su estuche de esgrima, y el halcón preferido de aquél. Al llegar a la casa solariega de su madre se encuentra con que ésta ha decidido regresar a las provincias del Río de la Plata, su tierra de nacimiento, para ajustar viejas cuentas. Sin pensarlo, Ignacia se embarca con ella.

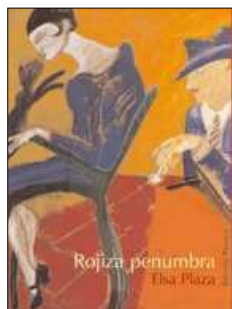
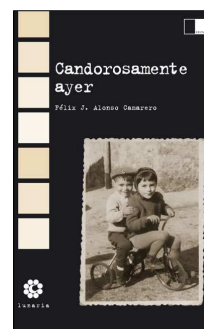
Mientras el país se desangra en la guerra civil, don Fernando Osorio y Luna, descendiente de un antiguo linaje, emprende con sus hombres un viaje a caballo desde la Córdoba americana hacia Buenos Aires con un mensaje secreto para don Juan Manuel de Rosas, jefe de los federales. A mitad de camino, y en una de las batallas más cruentas de la historia argentina, Ignacia y Fernando se encontrarán, sin saber que sus lazos provienen del pasado, de trágicos misterios familiares que, desde los orígenes de su estirpe, parecen alcanzarlos como una maldición.

Candorosamente ayer

Félix Alonso Camarero

Editorial Celya, 2006

Un retrato rural al uso hispánico en una historia protagonizada y narrada por tres niños de pueblo. Todo un mosaico de personajes, animales, situaciones y paisajes, vistos y contados con agudeza, imaginación insuperable, la inocencia en estado natural y curiosidad insaciable. Félix Alonso Camarero (Castrociniza -Burgos-, 1943) ha publicado: *El nogueral vencido* (2003); *El retrato* (2004) y *Candorosamente ayer*, Ed. CELYA, 2006. Ha participado en numerosos libros de relatos. Es articulista en "El Diario de Burgos".



Rojiza penumbra

Elsa Plaza

Ediciones Barataria, 2006

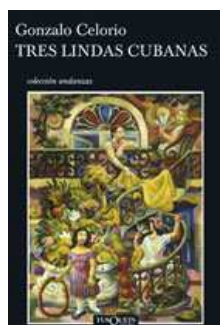
«Quiero explicarte a ti aquello que no le conté a nadie, porque precisamente fue en ti sobre quien cayó el castigo por una acción en la que nada tuviste que ver. Mañana por la noche saldré hacia el sur, porque allí encuentro lo más cercano al paisaje de mis ensueños. El sol, un maravilloso templo pagano donde recobrar la religión de los míos, y ese ambiente donde está viva aún la cultura de la que vengo. No quiero ir más lejos. Ya soy casi anciana y no puedo concebir grandes planes. Me imagino sentada en un patio florido, con mucha luz, y yo con los ojos cerrados. Allí se me aparecen diminutas escenas de otras vidas. Y las recorro despacio, sintiéndome bien conmigo misma, porque los dioses me concedieron ese don. Luego quiero, simplemente, que al retornar de mi viaje interior y abrir los ojos, todo se encuentre en perfecta armonía conmigo misma. Porque habré logrado rodearme sólo de lo necesario para sentirme cómoda, lo necesario que yo haya elegido: mis flores, el aroma del limón, las paredes de piedra, mi sillón.»

Damas chinas

Mario Bellatín

Anagrama, 2006

Un ginecólogo combina el pulcro ejercicio de su profesión con visitas regulares a prostíbulos. Un niño con una cabeza de "dimensiones algo anormales" le cuenta al ginecólogo la historia de una vieja tocada con una corona, mientras aguarda a su madre en la sala de espera. No hay espacio ni tiempo, sino un presente en el que se articulan los recuerdos de las relaciones entre individuos y el vacío que éstas conllevan: la relación del ginecólogo con su mujer, con su trabajo, con sus hijos, con las pacientes, con un niño, con sus amantes, con la enfermedad, con el dinero, con los propios padres... Una vida narrada desde el escepticismo, donde la ausencia de juicios mantiene al lector en vilo, intentando captar el sentido del universo.



Tres lindas cubanas

Gonzalo Celorio

Tusquets Editores, 2006

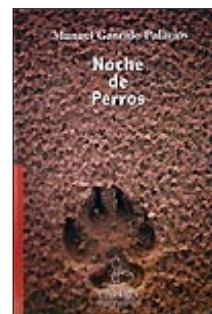
Una tarde habanera de 1921, el diplomático Miguel Celorio se sentó en el cine Tosca y, antes de que comenzara la película, vio entrar a tres lindas y jovencísimas cubanas acompañadas de una sirvienta: la mayor era bellísima, la menor muy inquieta y la mediana... lo conquistó; tímido por naturaleza, Miguel optó por escribirle una carta: sería la primera de las más de trece mil que le escribió, ya casados, a lo largo de su vida. Esas tres lindas cubanas –la madre y las tías del autor–, Rosita, Virginia y Ana María, sus andanzas e historias, sus ancestros y descendencia, sus exilios y fidelidades, son el eje en torno al que Gonzalo Celorio teje magistralmente una saga familiar llena de personajes apasionantes, de bonanzas y ruinas, de muertes y amores.

Noche de perros

Manuel Garrido Palacios

Calima Ediciones, 2005

Es un libro de fábulas contadas al revés. Su eje central son, como se deja ver en el título, los perros. Los perros desde su doble papel de observadores y protagonistas de la realidad. Los perros como immaculados periscopios de nuestros dislates, de nuestra estupidez, acaso como su más rabioso contrapunto. Los perros que jalonan cada uno de estos cuentos –algunos de ellos antológicos, como *La forja de un líder*, *La canción del hambre*, o los chispazos de *La piel o Poemario*, sin olvidar *El lazo mortal*–, son perros perplejos, perros llenos de ternura, simples víctimas de nuestras veleidades e inquinas, perros esquineros, adosados y tiernos perros sinvergüenzas. Los perros que sobreviven en estos cuentos son perros cosidos a nuestras vidas y son, en realidad, la ropa con que nos vestimos, los ojos que nos asisten, la patria que hemos perdido. Arrobas de conmiseración y de ternura las que irradian estos personajes convertidos en sombras asombradas, que Garrido Palacios encuadra para hacer más plausible el banal *atrezzo*. Un libro escrito con el resplandor, pero también con el asombro de quien en el fondo de sí no deja de ser ciertamente un perro.



Son de almendra

Mayra Montero

Alfaguara, 2006

El capo mafioso Umberto Anastasia acaba de ser asesinado en Nueva York. Corre el mes de octubre de 1957, y se avecina una guerra por el control de los casinos habaneros. Joaquín es un joven periodista que decide investigar las conexiones de importantes personajes cubanos con el bajo mundo. En su búsqueda, comienza a frecuentar a un cuidador de fieras de zoológico, quien aparenta conocer las claves de una macabra conspiración, y se enamora de una mujer de circo, que le revelará un mundo de posibilidades trucadas: el desencanto como juego de espejos y el doble fondo de los amores imposibles.

Pero tanto no importa

Pablo Rizzo

Beatriz Viterbo Editora, 2006

«Mariano y Augusto que van, con su propósito en mente, caminando, sus ideas bien de gente, tan como las de cualquier otro. Y ríen, sonríen, de nada, por nada, de ellos, por ellos, de la gente, sonríen mientras ellos, dos tipos, dos de ellos, caminan con la impunidad del que acepta, metidos hasta las bolas en ese truco de parecerse. (...) Y comparten la misma música en distintos walkmans, ajenos absolutamente de todo, absolutamente de todo. Y cantan.»

Pablo César Rizzo nació en Sarandí, cerquita de la cancha de Arsenal, el 15 de octubre de 1976. Abogado, trabajó cinco años en la Fiscalía Nacional en lo Criminal de Instrucción N° 8. *Pero tanto no importa* fue premiada por el jurado del Fondo Nacional de las Artes, año 2005, integrado por Esther Cross, Luis Gusmán y Juan Martini.



El camino de las hormigas

María Laura Fernández Berro

Editorial de la Flor, 2006

Época de incertidumbres, de miedos, de persecuciones y de muertes, en la que una niña vio vivir a la gente en sus casas, en sus sótanos, en las catacumbas de la soledad y el odio.

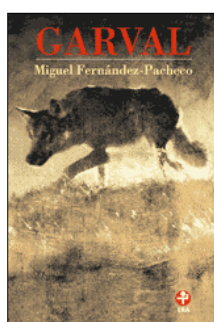
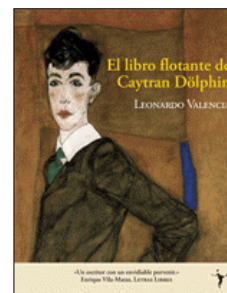
Contada como una fábula, en la que es difícil separar la representación de lo cotidiano de lo fantástico; lejos de la literatura de denuncia o de la testimonial, de la periodística y del pobre realismo, *El camino de las hormigas* es un arduo intento, muy logrado, de narrar lo inenarrable.

El libro flotante de Caytran Dölpin

Leonardo Valencia

Editorial Funambulista, 2006

¿Quién es Caytran Dölpin? ¿Quién se oculta tras ese misterioso autor que ejerce una influencia letal en cuantos lo rodean y que desapareció después de publicar su única obra, *Estuario*, mítico y fragmentario libro que domina la vida de todos los que lo leen? Iván Romano, vástago de una familia judía emigrada a América, pretende acabar con el último ejemplar de *Estuario* lanzándolo a las aguas del lago Albano, en Italia. Una niña que hace un castillo de arena en la orilla le reconviene y él decide rescatarlo. Así comienza una apasionante novela –tan laberíntica como hipnótica– que nos traslada a la ciudad de Guayaquil, medio sumergida por una repentina inundación, y habitada por unos extraños supervivientes que se refugian en las colinas. Ésta es la historia de Caytran Dölpin, de los sorprendentes hermanos Fabbre y de una mujer misteriosa que se oculta tras la abreviatura V. y, al parecer, la única conocedora del secreto que liberará a todos de su destino.



Garval

Miguel Fernández-Pacheco

Ediciones Era, 2006

Miguel Fernández-Pacheco, un escritor que se mueve con soltura en la noche encantadora de la Edad Media, juega de nuevo la apuesta de Odo de Cheriton, combinando la certeza de nuestra ferocidad y oponiéndola a la brutalidad inocente de la naturaleza. Con elementos tomados de las leyendas que conforman el antiguo venero que alimenta su obra, mezclados sabiamente con una sensibilidad contemporánea, Fernández-Pacheco transfigura una vieja historia –envuelta en una «agreste fragancia»– y nos la devuelve nueva y animada por un lenguaje en

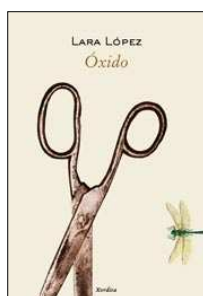
el que resuenan los ecos de las fábulas, esas cartografías que señalan el curso de los viajes espirituales en los que todos nos hemos embarcado.

Y verás mis espaldas

Gabriel Schutz

Ediciones Trilce, 2006

Alguna forma de fe mueve a los personajes de estos seis cuentos de Gabriel Schutz. Atrapados en la duda, todos ellos recurren al sentido oculto, a lo que se entrevé de soslayo y buscan –lo sepan o no– algo que trascienda sus existencias cotidianas. Una búsqueda que puede desembocar en otra forma de conocimiento, en la felicidad, o en la violencia desatada. Con pleno dominio de sus instrumentos narrativos, Schutz narra estas curiosas aventuras íntimas desde el ámbito de lo común y lo doméstico (un enjambre de polillas en la cocina, una taza de té, un bizcocho de membrillo, una gata, un Chevette naranja), y lo hace con un sentido del humor, una ironía y una calidad reflexiva que son la clave de su originalidad. Imaginativos, admirables en su rigor constructivo, estos cuentos confirman la vitalidad y capacidad de renovación de un género que es una de las tradiciones más sólidas de la literatura uruguaya.



Óxido

Lara López

Xórdica, 2006

Óxido, el excelente debut literario de Lara López, cuenta el final de una historia de amor. Las fotografías se amontonan sobre la mesa. Una mujer quiere saber por qué las cosas no han salido bien y para ello ordena sus fotografías, soldando momentos íntimos aparentemente intrascendentes. Mientras se reposta en una gasolinera, una breve conversación sobre el amor, de repente caducado, puede hacer que todo un año se oxide. Lugares tan distantes como Daimuz, San

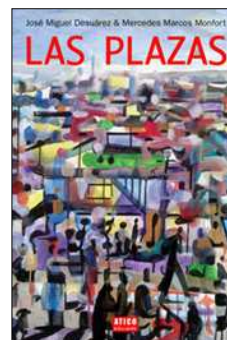
Francisco o Barcelona aparecen en las fotografías de *Óxido*, un puzzle donde las piezas, láminas de aromas que estallan en la boca, acaban encajando, soldadas unas a otras, y brillan como el metal.

Las plazas

José Miguel Desuárez y Mercedes Monfort

Ático Ediciones, 2006

Las plazas es una novela inusual por muchos motivos. El primero y más evidente, porque en la portada descubrimos que está escrita a cuatro manos. José Miguel Desuárez y Mercedes Monfort han empleado seis años de su vida en escribir esta «novela de novelas», como a ellos les gusta definirla. Una novela poblada por más de ciento cincuenta personajes que entrecruzan sus vidas un día de marzo de 2002 en los alrededores de una plaza imaginaria de un Madrid inventado, pero que también podría existir con el nombre de Barcelona, Marsella, Dublín o Bolonia. Esta pareja de escritores han creado un microcosmos donde la noción del tiempo y del espacio desaparece para que cobren vida personajes entrañables que también podrían haber salido de la pluma de Miguel de Cervantes o Jaques Prévert.



Aproximaciones a la razón narrativa

Vicente Huici

Ediciones Bassarai, 2006

Es previsible que quienes hayan abordado estas cuestiones en clave de reflexión estética desconozcan el registro sociológico; que psicólogos y terapeutas no hayan encontrado la ocasión para profundizar en los supuestos de lo que escuchan; o que algunos narradores (o historiadores o sociólogos) nunca se hayan planteado preguntas de teoría literaria por considerarlas impropias o, en algún caso, sacrílegas. La función de los textos que siguen es precisamente ofrecer un contraste a la hora de analizar la razón narrativa, abriendo camino a

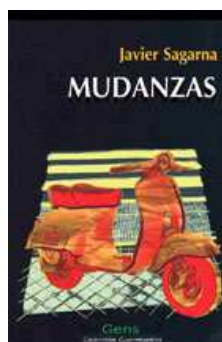
sus diferentes dimensiones.

Serafina Altieri

Miriam Marinoni

Ediciones Akal, 2006

Nacida en el Piamonte italiano, Serafina emigrará con su marido anarquista de mirada de águila a Uruguay, donde él logrará hacerse con una posición desahogada y ella con una cultura que le dará alas y quebraderos de cabeza. Todo su mundo se vendrá abajo con el asesinato de su marido y la detención de su nieta, activista política que es detenida y torturada, pero ella sacará fuerzas de flaqueza para salvarla. Vida y muerte, hombre y mujer, eros y tanatos, instinto y cerebro, Miriam Marinoni hace que cualquiera logre reconocerse en sus personajes, a veces valientes, a veces cobardes. *Serafina Altieri* reivindica el trabajo que hacen las mujeres anónimas que son el eje de las familias, pequeños mundos que, como el ancho y grande, se ven con frecuencia amenazados.



Mudanzas

Javier Sagarna

Gens Ediciones, 2006

Una vespa a punto del desguace y sobre ella dos adolescentes que transportan una mochila cargada de cocaína. Esta imagen pone en marcha la trama de la novela, pero es también una metáfora de ese tiempo de cambio radical que es la adolescencia. Contada con una prosa ágil y descarada, *Mudanzas* es la crónica de una huida, de un cambio inevitable, de las experiencias límite que a veces necesita el crecimiento. Ari, el narrador de esta historia, nos traslada a un Madrid violento y obsesionado por la seguridad, una ciudad de ficción que mantiene tabiques comunes con el Madrid de la realidad. Los protagonistas, en la frontera

de la adolescencia, se encontrarán con la necesidad del cambio y con los aspectos a veces dolorosos que ello implica.



ANILLO DE COMPROMISO, de Luis Valera

Brosquil Edicions
Colección Sin Fronteras
Fecha Publicación: 2005
162 páginas
ISBN: 84-9795-183-2

* * *

LA POESÍA DE LA VIOLENCIA

Adiós Toni Butxana, adiós.

Y demos la bienvenida a una nueva pareja de perdedores. A un par de cazadores de sueños. Dos hombres legendarios por su actitud frente a la ponzoña en la que se hunde Valencia. Se hacen llamar *El Largo* y *Triple Erre*.

Un profesor de Historia en excedencia y un policía retirado. Detectives por accidente. Soñadores inconscientes en busca de una segunda oportunidad en la vida, que amargados de sus vidas mundanas emprenden un viaje por las zonas más oscuras de su ciudad. Siempre al filo de la muerte, de la tortura, del golpe mortal.

Recuperar un anillo de compromiso. Será su primera misión. En apariencia, nada de particular. Pero tal vez, ese anillo, *esté hecho del material de los sueños*. De sus propios sueños. El reencuentro entre dos viejos amigos, algo entumecidos por el sedentarismo de sus trabajos, será el pistoletazo de salida hacia su segunda oportunidad en la vida. Tienen billete de ida, pero ¿y el de vuelta? Tal vez nunca regresen de aquel viaje, tal vez.

Nos encontramos ante un novelón de altura. Una historia palpitante. Policíaca. Intensa. La esperadísima *PULP* valenciana. Donde el autor, Luis Valera, husmea por los rincones más inhóspitos de la Valencia nocturna. Donde la más mínima decisión desembocará en un desastre. Nada es lo que parece en *Anillo de compromiso*. El más mínimo gesto esconde un efecto devastador. ¿Juego de espejos? ¿Dobles caras? La teoría de los *Yoes hegemónicos* de Antonio Tabucchi en *Sostiene Pereira*, sigue vigente. Es difícil aguantar la presión, y más cuando a uno lo encañonan. Ahí es cuando la lealtad se te escurre entre las manos como gotas de sudor y no hay más opción que la de claudicar. Despersonalizarse, y acusar. Y el amigo ya no es amigo.

Nadie dijo que las segundas oportunidades fueran fáciles. La traición, el que se va de la lengua, el soborno, navajas y enormes pistolas, les están esperando al *El Largo* y a *Triple Erre*. La acción esta servida desde la primera página. Y como en toda novela *PULP*, no podía faltar la poesía. La poesía de la violencia. Porque matar, a fin de cuentas, no deja de ser un arte, como diría Raymond Queneau. Aquí la palabra poesía es como una gran almohada y cuando abrimos su cremallera, aparte de la espuma, nos encontramos: balas, filos de navaja acariciando orejas, mafiosos sin escrúpulos atrincherados en sus mansiones, y macarras de poca monta, que matarían por unos cuantos euros. Mejor cerremos la almohada y sigamos soñando con la novela.

Me faltaba hablar de Carmen. Deliciosamente bella. Y deliciosamente puta. Frágil, inteligente y con unas piernas infinitas. El *Largo* volverá a la vida con sólo mirarla. Cualquiera lo haría, yo me incluyo. Seguro que Sam Spade, enamorado y cínico, le diría aquello de: *Si te ahorcan, siempre te recordaré*. Atención a esa mujer, se lo aseguro, es irresistible. Por donde se la mire. Y también necesita una segunda oportunidad. Pero, ¿la tendrá?

En fin, todo esto y mucho más, sucede en una ciudad como Valencia. En unas calles mediterráneas, tranquilas, aparentemente románticas, donde nunca pasa nada. Pero si uno pone los ojos donde no debe, siempre encuentra una historia. Dura, macabra, ajena a la ley. *Triple Erre* y *El Largo* se metieron donde no debían. En el vientre de una *PULP-FICTION*. Inconscientemente, eso sí. Y aquel universo paralelo, aquel viaje por la poesía de la violencia, les engulló. ¿Para siempre? Esperemos que sí. Que haya *Largo* y *Triple Erre* (primos lejanos de Vincent Vega y Jules) durante mucho, mucho tiempo.

Adiós, Butxana, adiós.

© Sergio Llorens



EL ASTILLERO, de Juan Carlos Onetti

Seix Barral
 Colección: Biblioteca Breve
 Fecha de publicación: 2002
 240 páginas
 ISBN: 84-322-1143-5

* * *

Hay personas a quienes debemos muchas de nuestras lecturas. Quizás les hemos visto leer ávidamente un libro, o nos han recomendado más de uno, o leemos alguno que creímos haberle oído mencionar, o se lo robamos directamente de su estantería, o se lo pedimos, o ella misma nos lo regala. Pero, a veces, también les debemos las deslecturas, los tomos relegados a un rincón nunca visitado, los autores preteridos para siempre de nuestra lista de lecturas pendientes, los tildados categóricamente con baldones de los que nunca sabremos salvarlos, los grandes convertidos en silencio. Juan Carlos Onetti ha sido siempre uno de ellos. Casi no me atrevía a sacar un libro de Onetti de la estantería, no fuera una oleada de tedios, murciélagos y tristezas inundarme el alma para siempre.

Quizás por eso me ha gustado tantísimo *El astillero*, un libro de las no-historias, un documental minucioso sobre cómo acontece la nada, sobre cómo pasa el tiempo, que de pronto son años, sobre como las ausencias hacen más real la soledad. *El astillero* es un vidrio nítido por el que van pasando con lentitud de pez que se sabe observado, una serie de sucesos sin significado oculto, totalmente nimios e intrascendentes. En pos de estos sucesos, manotean unos personajes que se aferran a estos peces baladíes, intentando darles trascendencia a estos hechos, encontrarles sentido e importancia y transferir estas cualidades, una vez halladas, a sus vidas sin significado oculto, totalmente nimias e intrascendentes.

Probablemente resulte sencillo escribir grandes novelas acerca de hechos trascendentes, conflictos amorosos con familias preguntonas de por medio, guerras que asolan países ya asolados, adulterios fatales fruto de la desidia o ansiosas búsquedas de la identidad perdida. Retratar la nada, la intrascendencia, el silente pasar de los días tediosos, la caliginosa desidia de hacer siempre lo mismo, con levísimas variaciones que abren una brecha de aterradora esperanza entre lo inmutable, parece más difícil. Dar pinceladas primorosas del no acontecer con detallismo preciosista no lleva más que al bostezo y regodearse en esa nada alba e inocua ni siquiera nos lleva a escribir novelas. Lo que hace Onetti nada entre la abstracción y lo concreto, su retrato es brumoso, pero guarda la apariencia del detalle, su narración corre ágil, pero por aguas estancadas, los sucesos inocuos, son puertas hacia preguntas mucho más sañudas. La novela se va alimentando a sí misma, en una suerte de antítesis de las novelas policíacas: nada se remonta sobre nada y como nada sucede, un hombre que no es detective y que no tiene ninguna pista, no investiga acerca de unos hechos que, quizás no ocurrieron. Las descripciones, con su apariencia de concreción, no son, en realidad, más que un velo que diluye las formas que se encuentran por debajo, la forma perfecta para plasmar este continuo suceder que no sucede.

«Las bisagras y las letras en la puerta, los cartones en las ventanas, los reminedos del linóleo, el orden alfabético en el archivo, la desnudez desempolvada del escritorio, los infalibles timbres para llamar al personal.»

Y sin embargo, a través de todos estos hechos, va creciendo el hilo inquietante y pavoroso de la dejadez, la aterradora sensación de ser entre la inercia, el impulso inevitable de querer dar manotazos ante un mar que ni siquiera se nos opone, sino que más bien es un lechoso limbo inmutable, que a fuerza de no querer devorarnos, termina por hundirnos en él.

La historia acontece en un astillero de Santa María, un lugar creado por Onetti, su pequeña Comala, fantasmal sin ser mágica, cercada por un río que en vez de darle vida se la quita, formada por trozos, chozas, tabernas que no terminan de derrumbarse, sino que están sumidas en el momento atemporal previo a ese desastre catártico que nunca ha de llegar.

Allí llega Larsen, también conocido como Juntacadáveres, para asumir un puesto de Gerencia en El astillero de Jeremías Petrus. Larsen, además, dedica las tardes a hacer la corte a la hija de Petrus. Por otra parte, en su trabajo inexistente en el astillero que no funciona, tendrá que relacionarse y

ganarse a Kunz y Gálvez. Básicamente esta es la historia. Larsen es un hombre ni joven ni viejo, que acepta con facilidad la nueva situación en la que se encuentra: por las mañanas finge que trabaja en un astillero que ya no existe, que ha ido desapareciendo como empresa de forma casi imperceptible, con la lentitud con que se hundan algunos barcos sin que nadie los vea; la hija de Petrus, algo loca, no es una niña pero tampoco es una mujer, es simplemente, una persona de sexo femenino. Gálvez y Kunz trabajan sin trabajar en el astillero desde hace tiempo, fingiendo que la empresa existe. Pero al tiempo, esta impostura es la que les confirma su existencia. El astillero es el punto inexistente que mantiene a los personajes con vida. Es la irrealidad que los vuelve reales.

«Pero trepan cada día la escalera de hierro y vienen a jugar a las siete horas de trabajo y sienten que el juego es más verdadero que las arañas, las goteras, las ratas, la esponja de las maderas podridas. Y si ellos están locos, es forzoso que yo esté loco. Porque yo podía jugar a mi juego porque lo estaba haciendo en soledad; pero si ellos, otros, me acompañan, el juego es lo serio, se transforma en lo real.»

Parece que algo quiere ocurrir cuando Gálvez, en posesión de ciertos documentos falsificados de la empresa, puede hacerla desaparecer por completo, hundirla por acción (y no por inacción, como venía enterrándose suavemente), terminar con ella. Sin embargo, cuando Larsen se propone evitarlo todo converge para que de nuevo, nada suceda. Larsen termina por irse de Santa María. Una vez tomada esta decisión comienza a enfermar y por fin, fuera de la novela, fuera de Santa María, fuera de este limbo sin oposiciones ni dicotomías, muere una semana después, en la que parece la única acción de la novela.

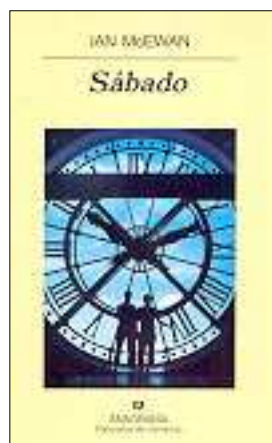
Los capítulos se sitúan en Santa María, el astillero, la glorieta, donde Larsen hace la corte a la hija de Petrus y la casilla, donde Gálvez vive con alguien que, alguna vez, fue una mujer. Como vemos, el libro es una narración activa de cómo las cosas no suceden, los personajes fueron en otro momento, o podrán ser en otra novela, pero en ésta, se han quedado sumidos, estancados, en el horroroso estadio de transición desde o hacia algún lado, que, sin embargo, no se consigue entrever. El breve espacio y el breve tiempo en que no sucede nada son las aguas que bañan la novela. Y este estado es el que resulta tremendamente agotador y el que acaba por minar al hombre.

«Estaba ahora en la Gerencia General, sentado frente a su escritorio, apoyando en la pared los hombros y el respaldo del sillón de espinazo flexible, descansando, no de la mala noche ni de lo que había hecho en ella, sino de las cosas, de los actos aún desconocidos que empezaría a cometer, uno tras otro, sin pasión, como sólo prestando el cuerpo.»

Viendo lo que no son los personajes de *El astillero*, se me ocurre que vivimos gracias a las oposiciones, a las pequeñas batallas diarias; la necesidad de decidir nos mantiene vivos. Unas veces son decisiones mínimas, como pequeños respaldos diarios; otras veces, son Decisiones Importantes; parecemos zozobrar con ellas, pero son, en realidad, virajes espléndidos de nuestras botavaras, con los que conseguimos saber a dónde vamos y que suponen ya, un principio de acción, de existencia, por más que sucedan en la oscuridad de la incertidumbre. De eso vivimos, del camino que es brújula porque es sendero.

© Cristina Núñez Pereira

<http://blogs.ya.com/lomejordeloslibros/>



SÁBADO, de Ian McEwan

Anagrama
Colección: Panorama de narrativas
Fecha de publicación: 2005
328 páginas
ISBN: 84-339-7076-3
Traducción: **Jaime Zulaika**

* * *

TRAMPAS PARA LA RAZÓN

Lograr que el lector lea los pormenores de un día en la vida de un personaje cotidiano con la misma excitación con que lee un *thriller*, significa haber

alcanzado la cúspide del genio narrativo, que es justo lo que sucede en *Sábado*, la más reciente novela del británico Ian McEwan (Aldershot, 1948). Por supuesto, lo de *cotidiano* es relativo, pues una de las lecciones de la novelística de McEwan es que todos, por más anodinos en apariencia, tenemos un lado extraordinario, *narrable*. Henry Perowne, el protagonista de *Sábado*, es un neurólogo lo bastante compenetrado con el cerebro humano y la complejidad de sus funciones como para interesarse en el realismo mágico y en el misterio. «¿Quién podría calcular el daño que infligen al amor y la amistad y a todas las esperanzas de felicidad un exceso o una disminución de uno u otro neurotransmisor? (...) (Perowne) no posee el don de ver más allá: es un realista y no tiene escapatoria.» (p.p 113, 199). Nada más antiliterario que un personaje fanático del raciocinio, que no es capaz de limpiar de cinismo su mirada y eventualmente incursiona en la lectura de novelas no con interés de lector sino de zoólogo, y asocia las pasiones con estados neurológicos y neurotransmisores, sin embargo, McEwan lo despoja paulatinamente de sus velos con habilidad escalofriante.

Perowne empieza a reflexionar sobre sí mismo y quienes lo rodean cuando, inocentemente, mirando a través de la ventana de la habitación que comparte con su esposa, presencia la explosión de un avión en cielo londinense. ¿Qué probabilidad, se pregunta, existe de que alguien levante la vista justo en el momento en que se perpetra un ataque terrorista?, porque esa es la primera idea que acude a su confundida mente. En pleno 15 de febrero de 2005, fecha única en que se sitúa la acción de la novela, el recuerdo del atentado contra las torres gemelas de Nueva York está demasiado fresco. Es así como arranca este sábado de 350 páginas: Perowne ha adquirido sentido de lo extraordinario, de lo que rebasa toda lógica, toda ciencia.

Aunque McEwan no lo aclara, quizá por no ser necesario, el presenciar algo tan fuera de lo rutinario activa en Perowne algún trauma aletargado. Aunque la explosión ocurre lo suficientemente lejos de su ventana como para percibir algún sonido (Rosalind, su mujer, permanece plácidamente dormida), se ha suscitado lo bastante cerca para hacerlo tomar conciencia de que acaba de presenciar la muerte violenta de varios seres humanos... y no es lo mismo la agonía del cuerpo enfermo que una masacre a gran escala. Así pues, Perowne se propone olvidar el incidente (¿podrá?), ni siquiera se lo comenta a su mujer (prefiere hacer el amor con ella) y vivir ese sábado como cualquier otro... pero la evidencia de que no se trata de un sábado cualquiera no tardará de golpearlo en el rostro.

El lector, claro, esperará a que se retome el asunto del atentado, más aún, que Perowne termine involucrado de algún modo. Difícil suponer que se trata de un hecho por completo incidental (¿acaso la vida nos ha cambiado luego de presenciar algún hecho extraordinario?), de un pretexto para desencadenar las reflexiones del protagonista, y todo parece indicar que así será... parece (aunque, y no lo voy a decir, es probable que el autor se esté guardando un as bajo la manga). Perowne, habituado a analizar el comportamiento de los demás, adquirirá insospechada conciencia de su propia y desconocida naturaleza; se descubrirá, no sin horror, incapaz de experimentar compasión; se cuestionará su habilidad para alternar con sus subordinados y su rendimiento como padre, esposo y amante. Se reprochará sobre todo la necedad de mantenerse atento a las noticias del radio y la televisión para conocer los pormenores de *su accidente* (sí: siente que lo que ha visto le pertenece). Ese sábado, debido a un distraimiento, el neurólogo se verá atrapado, a bordo de su flamante Mercedes, en una manifestación pacifista que sacará a relucir su inclinación por las soluciones radicales, es decir: está a favor de la guerra, lo que posteriormente desencadenará una batalla campal con su hija, a la que descubrirá de pronto como una perfecta extraña; estará a punto de ser víctima de un asalto que librárá (momentáneamente) con asombroso ingenio; será humillado por un subalterno en una partida de squash; visitará por primera vez en muchos años a su madre, ex atleta, recluida en un asilo con graves problemas de memoria... y en el ínter se irá armando el rompecabezas de lo que creyó un atentado terrorista, aunque la posibilidad de que se esté falseando la información, peor aún, de que se esté ocultando la verdad, lo obsesiona, lo mantiene en vilo.

Sábado es lo que el propio McEwan denomina «novela de ideas». La verdadera acción transcurre a nivel subjetivo, en la mente del protagonista. El hecho de tener una esposa que funge como abogada de un diario, un hijo músico y una hija poeta (extraordinario personaje esta Daisy, como todas las desconcertantes mujeres de McEwan), propicia la reflexión de Perowne acerca de la política, la música y la literatura, en razón de lo cual accedemos asimismo a la extraordinaria facultad de McEwan de ensayar no con sus conceptos éticos y estéticos, sino con los de su personaje que, en este caso, son absolutamente opuestos a los suyos. La mayor semejanza entre McEwan y su protagonista, expuesto de pronto a la irracionalidad del naciente siglo XXI, es que aquel disfruta de la escritura tanto como este de intervenir los cerebros de sus pacientes. La detallada descripción de las cirugías de Perowne, contrario a lo que pudiera pensarse, transmite la pasión del autor por la

escritura. La tercera parte del libro es una inteligente diatriba contra la descarada manipulación de los medios informativos hacia las masas. «Ha perdido el hábito del escepticismo, le ofuscan las opiniones contradictorias, no piensa con claridad y, lo que es peor, intuye que tampoco lo hace con independencia.» (p. 213).

Una novela en la que Tony Blair y Charlotte Brontë alcanzan a rozarse pero sin mezclarse, siempre valdrá la pena leerse. Ian McEwan, sin duda, tiene un secreto, una fórmula personal, como él mismo ha dicho a Miguel Ángel Quemain en el libro *Voces cruzadas*: «Amo escribir novelas de literatura seria en las que el lector simplemente no pueda parar de leer.» En ese sentido, *Sábado* sea probablemente la más seria de sus novelas.

© Eve Gil



CONFESIONES DE UNA MÁSCARA, de Yukio Mishima

Espasa Calpe
Colección: relecturas narrativa
Fecha de publicación: 2002
239 páginas
ISBN: 84-670-0176-3
Traducción: **Andrés Bosch**

* * *

El personaje de *Confesiones de una máscara* de Yukio Mishima,¹ una novela escrita en primera persona, nace en Tokio, en un momento en el que su familia experimenta una fuerte decadencia a causa de problemas familiares que inician diez años antes, cuando su abuelo dimite de su puesto de gobernador colonial. Desde el *aquí y el ahora* narrativo un jovencito nos cuenta su historia, un chico que durante muchos años afirmó que podía recordar cosas que había visto en el instante de su nacimiento y que marcaron su vida. Recuerda, por ejemplo, cuando tenía apenas cuarenta y nueve días de nacido y con el pretexto de que criar a un niño en el piso de arriba era peligroso, su abuela lo arranca de los brazos de su madre (sus padres y él vivían en la planta alta y los abuelos en la baja): «Intalaron mi cama en el dormitorio de enferma de mi abuela, siempre cerrado y con el aire impregnado de los olores de la enfermedad y de la vejez, y fui criado allí, junto a la cama de la enferma». Después, rememora aquél suceso que lo atormentó y aterró toda su vida. Tenía cuatro años e iba de la mano de una mujer (no recuerda si era su madre, una tía o la niñera) cuando:

Quien bajaba hacia nosotros era un hombre joven, de hermosas y coloradas mejillas y ojos resplandecientes, con una sucia tira de tela alrededor de la cabeza para contenerle sudor. Bajaba, llevando sobre un hombro una larga pieza de madera de la que pendían cubos de inmundicia nocturna, y hábilmente armonizaba sus pasos con el balanceo de la madera, manteniéndola así en equilibrio. El hombre de las inmundicias nocturnas era el encargado de llevarse los excrementos.

Al levantar la vista y mirar «al hombre de las inmundicias nocturnas», se siente ahogado por el deseo, pensando «quiero ser él»:

Recuerdo que mi deseo se centraba en dos puntos principales. El primero de ellos eran los ceñidos pantalones azules, y el segundo era el trabajo del muchacho. Los ceñidos pantalones destacaban claramente las líneas de la parte inferior de su cuerpo, que avanzaba con suave agilidad y parecía dirigirse directamente hacia mí. En mi interior nació una inexplicable adoración hacia aquellos pantalones. No comprendía por qué.

Otro importante recuerdo primerizo era un libro con ilustraciones, en especial había una ilustración que pasa mirando tardes enteras: «pero si alguien se acercaba al lugar en el que yo me encontraba,

¹ Kimitake Hiraoka (1921-1970), mejor conocido como Yukio Mishima, decide suicidarse muy joven, realizando el ritual del harakiri delante del jefe del estado mayor del ejército para protestar por la desmilitarización de su país.

me sentía culpable sin razón alguna y me apresuraba a pasar la página». Era una ilustración que «mostraba a un caballero en un blanco corcel y con la espada en alto. El caballo, dilatados los ollares, golpeaba el suelo con sus poderosas patas delanteras. En la armadura del caballero había un hermoso escudo de armas. El caballero, de bello rostro, miraba con la celada y blandía la temible espada, recortada contra el cielo azul, enfrentándose con la Muerte o, por lo menos, con un objeto que le atacaba rebosante de maligno poderío». Un día, su institutriz abre el libro justamente en esa página y le dice al niño:

—¿Sabe el señorito la historia de este cuadro?

—No, no la sé.

—Parece un hombre, pero es una mujer. De veras. Se llamaba Juana de Arco. La historia dice que fue a la guerra vestida de hombre, y que así sirvió a su patria.

—¿Una mujer...?

Me quedé de una pieza. La persona que yo creía él, resultó ella. Si aquel hermoso caballero era una mujer, ¿no quedaba todo reducido a la nada? (Incluso ahora siento repugnancia, profundamente arraigada y de difícil explicación, por las mujeres vestidas de hombres). Esa fue la primera “venganza de la realidad” que la vida me deparó, y me pareció una cruel venganza que se cebaba sobre todo en las fantasías que acariciaba referentes a la muerte del caballero, de él.

Por último, tiene otro recuerdo fijo a través del tiempo, el olor a sudor, un olor que despertaba sus deseos y lo subyugaba, era el olor a sudor de los soldados que pasaban frente a su casa al regresar de la instrucción: «Aquel olor como el de la brisa marina, como el del aire de la playa quemada por el sol hasta dejarla de oro». Todas estas emociones y sensaciones son las primeras que el protagonista encuentra en su vida, una vida que hace lo posible por subsistir en el mundo.

Las primeras percepciones que el protagonista tiene de su vida son, pues, los recuerdos señalados, recuerdos que viven en él, que están fijos en su memoria como un «menú completo de todos los problemas que tendría en la vida» y que son como una especie de predestinación. «El porteador de inmundicias nocturnas, la Doncella de Orleans y el olor de los soldados», forman el primer prólogo de su vida. De todo esto nos enteramos a través del libro que ha escrito que es, asimismo, el libro que estamos leyendo, *Confesiones de una máscara*. Kochan es escritor y nos cuenta su propia historia. Así, nos narra cuando una noche, todavía siendo niño, entra a escondidas a la recámara de su madre y de entre sus kimonos elige uno y se lo pone, cubriendo su cabeza con «crespón de China». Su pasión por disfrazarse se agrava hasta los nueve años de edad, cuando va a ver una película sobre Cleopatra y se da a la tarea de disfrazarse de reina de Egipto. Este disfraz, más el primero, forman un segundo prólogo. Pero todavía hay un tercer prólogo que guarda la historia de la infinidad de cuentos de hadas que leyó en su niñez, adonde no le gustaban las princesas, solamente los príncipes. «Y entre éstos los que más me agradaban eran aquellos que morían asesinados o aquellos otros a los que su sino había condenado a una muerte violenta. Me enamoraba de todo joven que muriera a mano airada. (...) La debilidad que mi corazón sentía por la muerte, la noche y la sangre era innegable». Pero todo cambiaba para Kochan cuando visitaba a sus primas, ahí todos esperaban que se comportara como lo que era, un chico. «Así comenzó, nos dice, la desgana interpretaci3n de mi comedia».

Más llega el día en que la infancia se aleja. Su padre había traído (para estos momentos ya vive solamente con sus padres y dos hermanos, se han cambiado de casa) varios volúmenes de libros con reproducciones de arte, y Kochan tiene su primera eyaculaci3n al mirar la reproducci3n del *San Sebastián* de Guido Reni, pintor de la escuela ecléctica surgida del Renacimiento. En el cuadro hay un joven desnudo «—que recordaba el de Antínoo, el amado de Adriano—», en cuyo cuerpo «sólo había juventud primaveral, luz, belleza y placer»:

En el instante en que mi vista se posó en el cuadro, todo mi ser se estremeció de pagano goce. Se me levantó la sangre y se me hincharon las ingles como impulsadas por la ira. Aquella parte mounstruosa de mi ser que estaba a punto de estallar esperó que la utilizara, con un ardor sin precedentes, acusándome por mi ignorancia, jadeando indignada. Mis manos, de forma totalmente inconsciente, iniciaron unos movimientos que nadie les había enseñado. Sentí que algo secreto y radiante se elevaba, con paso rápido, para atacarme desde dentro de mí. De repente estalló y traje consigo una cegadora embriaguez...

Como todas las fechas llegan, adviene la hora en que Kochan conoce al primer amor de su vida, «un amor íntimamente vinculado con los deseos carnales». Fue en el último trimestre del segundo año de secundaria y se llamaba Omi, un chico unos cuantos años mayor que la generalidad, burlón, altanero y solitario:

Comencé a esperar con impaciencia el verano, o, por lo menos el principio del verano. Pensaba que el verano me proporcionaría ocasión de ver desnudo el cuerpo de Omi. Y también alentaba en lo más hondo de mí ser un deseo todavía más descarado. Ver la "gran cosa" de Omi.

«Si realmente existe el amor sin duración y sin avances, ése era exactamente la emoción que Omi suscitaba» en el pálido y débil adolescente Kochan, fascinación que termina para él porque decide renunciar a ella por celos, esos celos «tan feroces que me inducían a renegar voluntariamente de mi amor por Omi». La reflexión del narrador-personaje que a partir de este momento tiene lugar, es todo un despliegue de la admiración y anhelo por el ideal de belleza que lo abarca, que tiene significativo enlace con un erotismo que describe con intensa hermosura. Hay un pasaje que merece mención especial: en unas vacaciones de verano, Kochan va a la playa con su madre y sus dos hermanos y se queda por unos momentos solo en una roca mirando el mar. De pronto, recuerda la atracción sexual que le causó mirar la velloidad de las axilas de Omi durante una clase de gimnasia, así que dirige su vista a sus propias axilas y «un misterioso deseo sexual se alzó en mi interior»:

Llevaba los calzones de baño, de lana azul marino, desagradablemente pegados al cuerpo. Despacio bajé de la roca y penetré en la charca de agua atrapada junto a la playa. Mis pies, dentro del agua, parecían blancas conchas muertas, y, a través del agua, podía ver con toda claridad el fondo, moteado por las conchas y con móviles ondulaciones. Me arrodillé allí y esperé la llegada de la ola que rompía en aquel instante y que avanzaba hacia mí con un rugido violento. Me golpeó en el pecho, casi cubriéndome con su rompiente cresta... Cuando la ola retrocedió, quedé lavado de mi corrupción. Juntamente con las aguas en retirada, juntamente con los incontables organismos vivos que en ellas había, mis millares de espermatozoides habían sido absorbidos por el mar espumeante y arrastrados lejos de mí.

Kochan, además, está convencido que entre Omi y el joven del cuadro de San Sebastián, hay íntima afinidad.

Paralelamente a su «vicio» (la masturbación) como él lo llama y al que incurre hasta «en plena clase» (al ver a su joven profesor de geometría cuya imagen era para él como la de Hércules desnudo), a nuestro protagonista le producen deleite todas las formas de la pena de muerte. Aunque no conocía todavía la obra de Sade, «dentro de la cabeza de aquel estudiante de secundaria, innumerables víctimas iban, con las manos atadas a la espalda, debidamente escoltadas, hacia el Coliseo», este pensamiento adquiría fuerza en su mente, hasta forjó sueños en su imaginación.

«Por qué es malo que siga siendo cómo soy?», se pregunta un día Kochan, «aquello que me asqueaba era mi verdadera forma de ser, formaba parte de mi verdadera vida». El joven estudiante sentía la necesidad de comenzar a vivir su verdadera vida, necesita comprenderse a sí mismo. Mientras que sus demás compañeros se comportan con su natural manera de ser, él debía interpretar un papel ante la sociedad y ante su familia. Empieza a dar los primeros pasos en la vida pensando que bastaba con ser «una máquina de fabricación de falsedades» a pesar de que en su interior, ya siendo un estudiante preuniversitario, nace y crece «un amor de protección, algo parecido al amor hacia los muchachitos». Pero siempre bajo el conocimiento de que el futuro representaba para él «una pesada carga»; por ello, «ansiaba la gran sensación de alivio que la muerte traería consigo».

Son muchas las tribulaciones que siguen en su vida: dudas, preguntas, cuestionamientos, pruebas, lágrimas, descubrimientos, decisiones, reflexiones sobre sí mismo y su identidad. Kochan ya tiene en estos momentos de la historia veinte años y pasa desde ser alistado en filas por unas horas (el tema de guerra se presenta), atravesando por sentirse profundamente enamorado de Sonoko, una chica, sin comprender por qué hasta la llegada de un beso que le muestra una realidad que le es difícil de aceptar. Todo esto teniendo siempre presente «sus deseos carnales contra natura». Así, asoma por primera vez en su vida el pensamiento del suicidio...

Una gran novela escrita con maestría. Desgarradora, poética, pero sobre todo muy humana.

© Magda Díaz y Morales



DE LO CANALLA, DEL AMOR Y DE LO ABSURDO, de Sergio Llorens

Brosquil Edicions
Colección Sin Fronteras
Fecha de publicación: 2006
203 páginas
ISBN: 84-9795-181-6

* * *

LABERINTOS SENTIMENTALES

Escribir es siempre una aventura. Y esa condición aventurera de la escritura la cumple con creces este libro. Con creces. Yo había leído ya, o eso supongo, la mayor parte de sus relatos, los fogonazos disparados a mil por hora sobre las relaciones que se establecen entre los protagonistas, el estupor que se dibuja en la cara de bobo que se les queda a veces al hombre, otras a la mujer y casi siempre a los dos juntos una vez han pasado, dejando las huellas que haga falta, las nubes nada imposibles de la tormenta.

Nos dejan muchas veces los relatos de Sergio Llorens la sonrisa helada en la boca. Nos invitan a pasar dentro de la página con la visa de la amabilidad para de repente romper esa amabilidad y estrellarnos con risa burlona en las paredes de una pesadilla que nunca habríamos sospechado leyendo el anverso y el reverso de aquella invitación. Pasen ustedes, vean lo que les pasa a los personajes de este cuento y cuando intenten salir será imposible porque se habrán convertido en un escarabajo torpe, desaliñado, sometido a las leyes nada compasivas de una escritura que conoce a la perfección las reglas de la seducción. Ahí estamos, pues, extraviados en las redes cruzadas delante del camino que siguen los cazadores de historias. Ahí estamos, viviendo a la desesperada las caricias de los amantes, los laberintos sentimentales de las estaciones de tren, las miradas canallas que desde la traición se lanzan los canallas para dejarse bien claro entre ellos, y de paso advertirnos a nosotros, que donde las dan las toman y que las estrategias amorosas están hoy, ya, al alcance de cualquier conocimiento. Y es ahí, donde se cruzan los caminos del cazador de historias y los de quienes pueblan las páginas del territorio en que tiene lugar la cacería, donde urde Sergio Llorens sus propias estrategias de escritor nada primerizo: historias cotidianas que son como chispazos y finales sorprendentes que corroboran las escasas dotes para ser felices que tienen la mayoría de sus personajes. Más o menos, digo yo, como nos suele pasar a quienes habitamos fuera de sus páginas. Y entre esas estrategias que les contaba está también la distribución a que en el propio libro ha sometido el autor a sus historias. Hay un ritmo de canción señalando aquella distribución, deja caer pedazos de ironía cuando la tensión está a punto de destrozarlo todo y de arrastrarnos a las afueras del texto a quienes asistimos a la representación de la aventura ajena y amorosa. Se ríe el autor y dispone esa misma risa entre los muebles de la casa, entre las sábanas que humedecen los sueños de las noches sexualmente inacabables, entre las despedidas que van y vienen por las páginas del libro como Pedro por su casa.

Y la soledad también. La soledad, esos «diez centímetros de silencio entre tus manos y manos» que decía Mario Benedetti. La soledad está ahí, agazapada junto al miedo de los finales del libro, y nos dice que es muy difícil driblar con mentiras la lealtad que exigen los amores largos, como también decía en otro poema el escritor uruguayo a quien tanto queremos, a veces por sus poemas, otras contra sus poemas, y las más de las veces por él mismo. Es difícil ser felices. Y tanto. Y para intentarlo, para que lo intenten al menos, pone en juego Sergio Llorens a una serie de personajes y los obliga a pasearse por los laberintos del riesgo, por una sólo aparente frivolidad, por los desvinculados parapetos que los separarán inútilmente de un destino que, cual las piedras de colores de uno de los relatos últimos del libro, no será otro que el regreso al comienzo de la historia, al principio de donde salen todos los personajes para ocupar su lugar en el escenario, en ese escenario que hace años empezó Sergio Llorens el día en que, después de contarme que estaba más del lado de la ficción que de la realidad, llamaría desde lejos para decirme que escribía. O sea, que sí, que escribía.

Y que aquí está lo que escribía, en este libro lleno de amores breves, de estupores a destajo, de personajes que ni se han dado cuenta, al levantarse de las caricias y de las soledades y de tanto miedo, de que no podían ponerse de pie porque se habían convertido en escarabajo.

© **Alfons Cervera**

• PRIMER CONGRESO NACIONAL ARGENTINO DE NARRATIVA

Del 12 al 16 de julio de 2006, organizado por la Fundación de Poetas de Mar del Plata y el Grupo Época, se va a celebrar en el Partido de la Costa (Argentina) el I Congreso Nacional de Narrativa. El Congreso girará en torno a las siguientes mesas de trabajo: 1- "Biografía y Autobiografía"; 2- "Género Epistolar"; 3- "Nouvelle"; 4- "Non ficción"; 5- "Producción de la narrativa en la era masmediática"; 6- "Narrativa y Cine"; 7- "Géneros híbridos"; 8- "Fronteras entre la narrativa y la Poesía"; 9- "Narrativa y Traducción"; 10- "Oralidad"; 11- "Comic y Humor"; 12- "Ciencia Ficción"; 13- "Psicológico, fantástico y policial: ¿caducidad de las divisiones?"; 14- "Quiroga, Cortazar, ¿y después?". Igualmente, y entre otras muchas actividades, tendrán lugar mesas de lectura y debate, presentaciones de libros, evocaciones, ponencias y talleres.

* * *

• NÚMERO ESPECIAL DE LA REVISTA ALMIAR PARA CELEBRAR SU 5º ANIVERSARIO

La revista electrónica Almiar / Margen Cero, dirigida por Pedro M. Martínez Corada, cumplió el pasado mes de mayo su 5º aniversario. Y para celebrarlo, acaba de publicar un número especial en el que recoge numerosos relatos breves, poemas, fotografías, artículos, reportajes escritos por amigos y colaboradores. Almiar apareció en 2001 buscando ampliar el campo de participación y fomentar la relación entre personas, potenciar la libre expresión y apoyar la creación personal y colectiva. El cuaderno quiere abundar en estos objetivos y recoger las aportaciones de autores y autoras que ya han colaborado en la publicación o que lo hacen por primera vez. Este cuaderno especial se puede visitar en el siguiente sitio: <http://www.margencero.com>

* * *

• EL INSTITUTO CERVANTES Y LA REAL ACADEMIA PRESENTARON EN BOGOTÁ EL IV CONGRESO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Los directores del Instituto Cervantes, César Antonio Molina, y de la Real Academia Española, Víctor García de la Concha, presentaron el pasado día 28 de marzo en Bogotá (Colombia) el IV Congreso Internacional de la Lengua Española, que se celebrará en la ciudad colombiana de Cartagena de Indias en marzo de 2007 bajo el lema "Presente y futuro de la lengua española: unidad en la diversidad". Este IV Congreso, que continúa la labor de los celebrados en Zacatecas (México, 1997), Valladolid (2001) y Rosario (Argentina, 2004), será inaugurado dentro de un año por los Reyes de España y el presidente colombiano. Intervendrá, entre otros, el premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, a quien se le rendirá un homenaje. Unos 200 congresistas de todos los países hispanohablantes y expertos de otras naciones participarán en esta cita: científicos, empresarios, escritores, periodistas, pensadores, profesores, hispanistas, cineastas, artistas, lingüistas, sociólogos, políticos, editores, responsables de medios de comunicación, miembros de las Academias de la Lengua y del Instituto Cervantes y representantes de todos aquellos sectores para los que la lengua constituye un elemento esencial de su actividad.

* * *

• FERNANDO OLMEDA GANA EL LII PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

El periodista y escritor Fernando Olmeda obtuvo el LIII premio de novela Ateneo Ciudad de Valladolid (España) con la obra *Contraseñas íntimas*, una historia que tiene como telón de fondo la transición y que rinde homenaje a la Guardia Civil. Impregnada de una fuerte carga autobiográfica –reconocida por el propio autor–, la obra se desarrolla entre septiembre de 1980 y noviembre de 1982. «Es una historia familiar, protagonizada por dos hermanos, uno guardia civil y otro periodista, que está marcada por aquel periodo; la época explica en buena parte sus caracteres y sus destinos», explicó el galardonado. Quedaron finalistas *Paraísos perdidos*, de Luis Auñón, *Las huellas extraviadas*, de Javier Vázquez, *Tengo tiempo para usted*, de Víctor Canicio, y *La buena moza*, de Miguel Ángel Cabrera.

* * *

• LAS EDITORIALES INDEPENDIENTES DE LATINOAMÉRICA SE REUNIRÁN EL AÑO PRÓXIMO EN GIJÓN

Las editoriales independientes latinoamericanas celebrarán el próximo año, en el marco del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón (España), un congreso en el que analizarán su situación y los desafíos que afrontan, según anunciaron en rueda de prensa los responsables del denominado "Cuarteto de Gijón", encargados de la organización. El congreso, en cuyo programa han comenzado a trabajar los editores y los organizadores del Salón del Libro, tratará temas como la relación entre la edición independiente y la diversidad cultural, el intercambio

entre América Latina y Europa a través de España, las nuevas tecnologías y la edición independientes o el papel de las librerías como soportes de la diversidad cultural.

* * *

• XXVII SIMPOSIO INTERNACIONAL DE LITERATURA BAJO EL LEMA “LA MUJER EN LA LITERATURA DEL MUNDO HISPÁNICO”

Del 5 al 7 de octubre de 2006 se celebrará el XXVII Simposio Internacional de Literatura, organizado por el Instituto Cultural y Literario Hispánico de Westminster, California (EE.UU.), con la colaboración del Departamento de Lenguas Extranjeras de California State University, Dominguez Hills. Entre los temas que se abordarán en dicho simposio se encuentran: "Las escritoras hispanas y la literatura global"; "Aporte de la mujer al progreso de nuestra sociedad desde todos los campos"; "La mujer en la literatura del Mundo Hispánico, desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta el presente"; "La respuesta mítica en la literatura femenina"; "La mujer y el ensayo. Epistolarios femeninos célebres"; "La mujer desde la narrativa y el drama histórico"; "Semiótica de los sexos. Gramáticas verbales y no verbales. Lenguajes simbólicos de mujeres"; "La escritura femenina como espacio de rebelión". Asimismo, el programa incluye sesiones de homenaje a escritoras, presentación de libros recientes y encuentros de poetas y narradores. Se incluirá una selección de las ponencias, poemas y cuentos aceptados por el Consejo Editorial en *Alba de América*, órgano oficial del Instituto Literario y Cultural Hispánico.

* * *

• MATEO DÍEZ PUBLICA EN UN SOLO VOLUMEN TODOS SUS CUENTOS

El escritor Luis Mateo Díez ha reunido en un solo volumen todos los cuentos que ha publicado entre 1973 y 2004 y lo ha titulado *El árbol de los cuentos*, una obra que llega ahora a las librerías y que refleja su mundo narrativo, sus obsesiones, sus débitos, homenajes y recuerdos literarios. "Este libro es un buen espejo de lo que he sido como escritor, está lleno de mis pesquisas como narrador, de mis intereses y contradicciones", afirma Mateo Díez en una entrevista con Efe, en la que habla de su "fascinación" por el cuento y de las deudas que tiene contraídas con sus maestros en este género, una larga lista en la que figuran Chejov, Capote, Maupassant, Cheever, Pavese, Clarín, Valle-Inclán y Baroja, entre otros. Los inicios literarios de este "contador de historias", como le gusta definirse, fueron en el cuento, pero llegó un momento en que las ideas que se le ocurrían no encajaban en ese género, en el que ha dado sobradas pruebas de maestría, y comenzó a escribir novelas, cortas y largas, "porque ese era el destino que pedían las historias". Mateo Díez eligió la metáfora del árbol para titular el libro, en el que los más de cien cuentos que contiene aparecen reunidos por orden cronológico y sin apenas cambios. Es el árbol bajo el cual se reunían las tribus africanas o del Amazonas para contar y escuchar los viejos relatos, y es también "el árbol de la memoria".

* * *

• LA REVISTA DIGITAL LETRALIA CUMPLE DIEZ AÑOS

De doce suscriptores en su primer boletín a más de cuatro mil en la actualidad: ese es el recorrido ascendente que la revista electrónica Letralia, que con mano maestra dirige Jorge Gómez Jiménez, ha llevado desde sus inicios, allá por el año 1996, y cuyo portal alcanza la impresionante cifra de cinco mil visitas diarias. Letralia ha logrado establecerse como una de las publicaciones literarias más importantes de la red de habla hispana, así como en un valioso proveedor de información cultural y un canal de excepción para procurar el contacto entre autores, editores y lectores. En las 141 ediciones publicadas hasta hoy se pueden leer materiales de 1.052 autores, además de cientos de noticias, reseñas editoriales y más de 30 libros digitales que comparten un cúmulo ya superior a los 200 megabytes en línea. Su dirección es la siguiente: <http://www.letralia.com>

* * *

• BALANCE POSITIVO DE LA 65ª EDICIÓN DE LA FERIA DEL LIBRO DE MADRID

La 65ª edición de la Feria del Libro de Madrid que se clausuró el pasado 11 de junio superó las expectativas más favorables con la firma de más de 2.000 escritores y una afluencia masiva de pública que, en esta ocasión, ha batido récords. Además del fuerte incremento de ventas, merece la pena destacarse la alta participación que en general ha experimentado el sector del libro: 346 casetas con 355 firmas expositoras, de las cuales 116 son librerías (60 especializadas), 182 editoriales, 23 distribuidores y 34 organismos oficiales llenaron el madrileño parque del Retiro desde el 26 de mayo, fecha en que la Feria se abrió al público. En total, durante los 17 días de feria se desarrollaron 385 actos culturales, 113 de ellos dedicados a los niños, y 60 a la Ciencia. La Feria del Libro de Madrid es una actividad organizada por la Asociación de Empresarios del Comercio del Libro de Madrid (Gremio de Libreros de Madrid), en colaboración con la Asociación de Editores de Madrid y la Federación de Asociaciones Nacionales de Distribuidores de Ediciones (FANDE).